

VERÓNICA ESPINOSA



¿A QUÉ SABE EL
AMOR?

Copyright © 2024 Verónica Espinosa

PERFILES SOCIALES:

[instagram.com/ veronicaespinosa.autora](https://www.instagram.com/veronicaespinosa.autora)

twitter.com/AutoraVeronica

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:

Diseño de cubierta: Verónica Espinosa

Maquetación: Verónica Espinosa

Corrección: Rocío García Yuncal

Todos los derechos reservados. Queda prohibido, sin la autorización de los titulares del copyright y bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción de esta obra por cualquier medio o procedimiento. No obstante, sí está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

Este relato ha sido publicado de forma autónoma por el titular del copyright, sin el apoyo de una editorial y/o terceros. Por este motivo, es posible que el contenido pueda tener algunas erratas y/o errores ortográficos.

A mis abuelos, por enseñarme la importancia
que tiene amar de verdad.

Verónica Espinosa



1

EL TIEMPO PASA LENTO CUANDO EL CORAZÓN TE DUELE

AMELIA

Verona. 24 de diciembre, 2023

Nunca imaginé que podría llegar a odiar mi profesión. Los días avanzan y este año, cargado de instantes oscuros y demasiado dolorosos, pronto se convertirá en pasado. Me gustaría tener la capacidad de retroceder en el tiempo y volver a esos momentos en los que era feliz. Eso me ayudaría a traerla de vuelta a la vida, a borrar el dolor que llevo dentro y convertir el agotamiento que siento en felicidad.

Si Anne estuviera aquí con todos nosotros diría que un buen equipo no se deja llevar por las emociones, que nuestra vida queda fuera de la cocina y que el restaurante debe seguir y continuar como estaba antes de que ella muriese. Sin embargo, llevamos meses hundidos en una rutina pésima que nos pesa y nos ha arrastrado a un estado tan difícil que todos los que estamos presentes hoy en Giovanni's necesitamos que el reloj marque las doce para desconectar y desearle al viejo del traje rojo, que el próximo año nos brinde la oportunidad de mejorar.

Hoy es uno de esos días en los que familias y parejas se reúnen para disfrutar de la velada más importante del año. Nochebuena siempre ha sido uno de nuestros mejores pases, pero, al contrario de años pasados, no lo estamos disfrutando como deberíamos. Su muerte nos ha hecho tanto daño que su vacío, el hueco que ha dejado, duele tanto como una herida que sangra y no cierra. Y aunque han pasado meses de ello y todos decidimos seguir adelante por ella, sé que no podemos más y que necesitamos salir de aquí para no volvernos locos.

Amaba la cocina incluso más de lo que la amo yo; era mi compañera, mi tándem perfecto y esa pieza que dotaba a cada uno de los platos su propia personalidad. Perderla ha abierto una grieta entre mi yo del pasado y la que quiero ser en el futuro. Ha conseguido derribar el muro tras el que me sentía segura y la extraño, la echo tanto de menos que desde que no está aquí me está costando salir de este pozo en el que me he estado hundiendo.

A mi alrededor mi equipo se mueve desincronizado. En otro momento de la historia de Giovanni's todos seguirían un patrón, un compás pautado y escrito por la misma mujer que

hace varios años me robó el corazón. Pero hoy, como tantas semanas atrás, avanzamos renqueantes, tropezando, dispersados en nuestros propios mundos, desencajados. Anne, así como yo, sabía que cada receta está compuesta por una serie de pasos que no pueden saltarse si lo que se quiere es dar lugar a una melodía de sabores que se grabe en el alma y despierte los sentidos; y, aunque agradezco que ella instruyera a todos de esta manera, ahora el restaurante se viene abajo como un castillo de naipes ante una ráfaga de viento descontrolada.

—Muy bien, esto ya está, podéis servirlo así. Pastel de calabacín con queso de cabra, ¡marchando!

Frente a mis ojos, los camareros, tan agotados como todos los presentes en la cocina, recogen los platos y salen por la puerta de servicio en dirección al salón principal. Me llevo las manos a la cintura unos segundos, me paso una mano por la frente y suelto un suspiro sintiéndome derrotada. Sé que debo volver al trabajo, esforzarme por ser la única pieza que no se salga de su lugar y que no puedo darme un descanso. Pero, a mi alrededor, la paz del restaurante se desmorona dejándonos sin aire, convirtiendo esta última noche de servicio en una agonía que se está alargando demasiado en el tiempo y que no terminará hasta que el último plato de postre sea servido.

—Amelia, a la carne aún le quedan más de quince minutos, ¿cómo lo solucionamos? — Mis ojos van a parar al reloj que tenemos en la columna de al lado. Tenemos muy poco tiempo para servir el segundo plato y quince minutos es demasiado tiempo.

—Sube el horno de temperatura y ponle el ventilador. Se secará un poco, pero al menos lograremos que esté preparada para servirla.

Ella decía que en nuestro trabajo debemos exigirnos la perfección y la excelencia. Que, si no nos superamos cada día, un chef y el restaurante que está en sus manos pierde prestigio. Giovanni's es uno de los restaurantes más famosos de Verona y un paso en falso puede provocar que todo esto se venga abajo.

—Decidme que las verduras contorneadas ya están listas —ruego al girarme y no ver nada preparado. Los platos han empezado a extenderse encima del banco de servicio y los demás han untado la base de estos con la salsa acompañante—. ¡Os he dicho que no podíamos tener fallos! ¡Esta noche no! —grito desesperada a sabiendas de que esto no ayuda nada.

—Lo siento, chef, aquí están. —Ismail y Martha corren hasta dejar la bandeja de metal junto a mí y su mirada, una mezcla de apuro y nervios, me dice mucho más que las palabras—. Tuvimos un problema, se nos deshicieron las zanahorias y tuvimos que repetirlas.

—Lo bueno es que lo habéis solucionado a tiempo. Bien hecho, chicos —comento mientras coloco sobre la salsa de vino tinto un pequeño montón de ellas—. ¿Queréis ayudarme?

—¿Estás segura?

—Algún día tendréis que hacerlo sin que yo os dé indicaciones. Anne os enseñó bien —explico siendo perseguida por la curiosidad de ambos. A nuestra espalda, los hornos se abren y el aroma de la carne lo inunda todo anunciando que está preparada—. Martha, ve con Xhen y deshíla la carne. Una vez que esté lista, regresa y comienza a colocar montones junto a las verduras —indico sin levantar la mirada—. Sigue tú, Ismail. Yo te observo. Todos iguales, ¿sabrás hacerlo?

—Sí, chef.

—Yo le daré el último toque.

Con Ismail pendiente de parte del plato, me separo de la zona de servicio para dejarle espacio y respirar. Esta representación del asado navideño tiene los aromas y los sabores del mismo plato que servía mi abuelo en Le Monde; descubrí su libro de recetas entre las cosas viejas que mi padre guardaba en el desván de casa y ella no dudó en darle vida de una manera muy diferente a como él lo servía.

—Con más cuidado y limpieza, Ismail. Si lo hacemos bien a la primera, luego nos evitamos tener que perder tiempo retocando las imperfecciones —exijo al ver que por culpa del temblor de sus manos ha manchado ya varios platos. Debo ser estricta, aunque me encantaría no tener que serlo—. Eso retrasará el servicio y no queremos que los platos lleguen fríos a la mesa, ¿verdad?

—No, chef.

—Lo estás haciendo bien, disfruta —le digo apoyando una de mis manos sobre su hombro—. Vale la pena respirar un par de veces y calmar los nervios antes de fallar. Y si lo haces, no estás solo, tienes un gran equipo, una familia que está detrás, que te ayudará y te levantará.

Mis palabras me llevan de viaje al pasado, a esos meses después de la muerte de Anne, semanas en las que el restaurante estuvo cerrado porque no podía volver a la cocina sin romperme en mil pedazos. Gracias a todo el equipo pude regresar, cocinar y mantener el nivel de Giovanni's lo más alto posible; y no puedo evitar verlos como esa familia que elegí en algún momento de mi vida para compartir cada uno de mis días.

—Creo que ya está.

—¿Lo crees o lo sabes? —pregunto a conciencia, acercándome a Ismail un par de segundos antes de que Martha regrese con la bandeja de la carne y culmine el plato—. Un gran chef debe saber cuándo dar el siguiente paso. ¿Estás seguro de que el plato está totalmente listo?

—No, chef, aún quedan los últimos detalles.

Sonrío y, sin más, chasqueo los dedos para llamar la atención de los demás. Rota, Xien y Mikai aparecen para colocar una espuma de trufa, un pequeño caviar de frutos rojos y un poco de sal.

—¡Preparaos para culminar el postre! —alerto y, a mi espalda, todos se mueven con rapidez generando esa melodía de platos y pasos que alguna vez me llenaron el alma y que hoy me recuerdan que este año por fin se termina.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que los últimos comensales se levantan de la mesa que han estado ocupando para dejar el salón principal vacío; pero, cuando lo hacen, mi corazón descansa y se ve envuelto por la pesadez y el agotamiento provocado por el dolor. Es Nochebuena, la primera en años que paso a solas y, aunque quisiera tener energía para celebrarla, lo cierto es que lo único que quiero es meterme en la cama y desaparecer.



2

TODOS TENEMOS DERECHO A FORJAR NUESTRO DESTINO

ABIGAIL

Milán. 24 de diciembre, 2023

Este año las luces de Navidad brillan con más fuerza que nunca a pesar de las circunstancias. Mi cuñado Josef y los niños se han esforzado porque todo luzca más bonito que nunca, y Katy, mi hermana mayor, ha conseguido que la mesa luzca espectacular. Estos últimos años han sido demasiado difíciles para todos y aunque no tengamos muchas ganas de celebrar, estar en familia y poder juntarnos este día es motivo suficiente para sonreír de felicidad. Desde la cocina puedo escuchar a mis sobrinos reír y Tania, mi hermana pequeña, ameniza el ambiente tocando en el piano una melodía que acompaña cómodamente los latidos de mi corazón. Mamá, después de haber tomado un sedante que su médico nos recetó, permanece sentada en su sillón favorito con la mirada perdida en algún punto del salón, ahora más tranquila y serena; sacarla de la residencia no fue bueno, pero ahora ya está hecho.

En la cocina todo está preparado para servirse, así que me he tomado un par de segundos para pensar en si hacerle caso a Katy o no. Ella dice que no debería contarle a mi madre que en cuestión de días me marcharé a Verona a trabajar pero, después de tanto tiempo cuidando de ella, se lo debo. Aunque su alzhéimer haga que se olvide de ello en el momento.

Ante mis ojos y sobre la isla central, las bandejas y los platos llenos de comida se despliegan a la espera de ser servidos. Decidí empezar la noche con un corto picoteo compuesto por esos platos que mi padre cocinaba en días como estos: el embutido, los pequeños bocaditos de pan y paté, los buñuelos de brócoli... El capón sigue en el horno y estoy deseando llevarlo a la mesa para trincharlo tal como lo hacía mi padre cuando éramos unas niñas.

Mientras que me lavo las manos, no puedo evitar observar a toda la familia reunida. No estamos pasando por nuestro mejor momento, pero sonreímos, disfrutamos, reímos y permitimos que nuestros ojos brillen incluso más que las luces que iluminan toda la ciudad. Sé que esta noche será inolvidable, pero soy consciente de que, una vez que me marche, echaré de menos todo lo que tengo aquí. Mi padre decía que las grandes oportunidades

llegan una sola vez en la vida y, por mucho que mis hermanas intenten advertirme de que es una locura de la que me arrepentiré en cuestión de tiempo, no pienso dejarla escapar. Aunque eso no quita que será difícil para mí teniendo en cuenta que me he estado encargado de mamá hasta hace unos meses, cuando decidí ingresarla en una clínica tras uno de sus últimos episodios.

—Mamá no ha dejado de sonreír, parece que la siesta le ha sentado bien.

—Es por culpa del sedante —le digo a mi hermana mayor, que se ha acercado a la cocina y se encuentra junto a mí—. Sacarla de la clínica no fue una buena decisión. Los médicos dijeron que...

—No podía pasar este día en una habitación fría y sin nadie —comenta sin apenas mirarme a los ojos—. Es cruel, y teniendo en cuenta que aún tiene a su familia, más.

—Lo único que hice fue pensar en ella, Katy —le recuerdo señalando a nuestra madre que, gracias a Tania, parece estar soñando despierta—. Ella necesitaba ayuda.

—Y tú tiempo libre para alejarte de todo, ¿verdad?

Todos los músculos de mi cuerpo se tensan y, aunque decido dar por finalizada la conversación, no puedo evitar sentir que la frustración y la falta de empatía me ataca por dentro cambiando la sensación de felicidad por una tristeza que me rompe el alma y también el corazón. Busco a mi alrededor, lo hago en un intento por reconocer entre todos los presentes los ojos de la única persona en el mundo que me conocía bien, mi padre; pero no encontrarlo provoca que mi corazón tropiece en mi pecho, cayendo y rompiéndose un poquito más de lo que ya lo está.

—Disfrutemos de esta noche. Ella se lo merece.

Katy rompe nuestro silencio y, sin más, se marcha de la cocina para ir a buscar a los niños y llevárselos al baño para que se laven las manos. Me gustaría tener la fuerza suficiente para dar un golpe sobre la mesa y exponer cómo me siento; sin embargo, hago todo lo contrario, me coloco una máscara en la que la felicidad borra cualquier rasgo de dolor y, sin más, comienzo a llevar los platos a la mesa sirviendo una cena que espero sea el antídoto para una noche como esta.

Tania, al verme, da por finalizado su pequeño concierto por Navidad, Katy llama la atención de Josef y es él el que se encarga de acompañar a mi madre hasta su lugar en la mesa que poco a poco nos da la bienvenida a todos, invitándonos a disfrutar de lo que sería una noche para no olvidar. Yo me siento en la silla libre que hay junto a mamá y, cuando lo hago, sujeto su mano y ella me dedica una sonrisa. No sé cuánto tiempo le permitirá el alzhéimer seguir disfrutando de instantes como estos y aunque me duele tener que marcharme, sé que está a mano poder alcanzar mis sueños.

—Te quiero, mamá...

—Y yo a ti, mi pequeña luz —murmura acariciando mi mejilla con una suavidad que se me clava dentro y provoca que mis ojos ardan en lágrimas—. Todo huele delicioso...

—Pues espero que esté exactamente igual. Ya podéis comer.

El ruido de los platos se mezcla con nuestras voces y así, juntos en familia, damos la bienvenida a una Navidad que sabe diferente. Cargada de esperanza, tristeza, despedidas, incertidumbre, miedo y promesas rotas.

No sé qué pasará mañana, pero deseo seguir adelante con esto. Sé que me costará adaptarme, que una vez que llegue a Verona y empiece a trabajar mi vida ya no será la misma que fue hasta ahora; y, aunque desearía poder hacer realidad mis sueños en Milán, lo cierto es que la idea de marcharme lejos me invita a esforzarme mucho más para

conseguir lo que quiero.

No sé si estoy o no preparada, pero estoy ilusionada con este proyecto, y pase lo que pase, sea bueno o malo, esté o no equivocada, daré todo de mí. Porque como decía mi padre: «El que lo entrega todo, jamás sentirá que ha perdido nada...»



3

NO NECESITO QUE ABRÁIS MIS HERIDAS

AMELIA

Verona. 5 de enero, 2024

Los días festivos han pasado volando y, tal como esperaba, la llegada del nuevo año sabe a descanso y desconexión. Soy consciente de que estas semanas me sabrán a poco, que mis ganas de volver al restaurante son nulas, que ya ha pasado un año sin ella y que lo único que espero es verla aún aparecer por casa. Sé que ella querría que disfrutase y que me reuniese con la familia. Cuando estábamos juntas, verme con mi madre, Isabella y Carlo era mucho más fácil; nadie se apiadaba de mí, nadie me miraba con ojos de tristeza y cara de pena. Desde el entierro de Anne que no los veo y admito que he usado el trabajo como excusa, como barrera, como coraza; que me he obsesionado y autoexigido más de lo que debía, y que ni siquiera he estado comiendo o durmiendo como Dios manda.

Me queda poco más de veinte minutos para llegar a la villa familiar situada a las afueras de Verona. Yo crecí rodeada de árboles y viñedos, en un paraíso italiano para todo aquel que le guste perderse por los rincones más bonitos de este país. Es un lugar plagado de recuerdos que aún no han muerto, que permanecen tan vivos como el de Anne y que arden en mi pecho. No creo que pueda olvidar por mucho que pase el tiempo...

Estos últimos días no he dejado de darle vueltas a lo que estará pensando de mí. Este año pasado sin ella ha sido difícil, me he hundido por completo y he estado capeando el temporal como he podido. No he sido la Amelia fuerte que ella conocía, me he dejado arrastrar por el dolor en un centenar de ocasiones y, por culpa de mi orgullo, me llevé a todo el equipo conmigo. No lo he hecho bien porque debería haber hecho caso de los consejos de mis hermanos, pero ahora el mal ya está hecho y en mí queda la opción de mejorar.

Aunque suene a locura, a veces la imagino hablándome. Puedo escuchar su voz entre susurros, sobre todo durante la noche, cuando estoy a punto de dormirme y el sueño se cierne sobre mí. De contárselo a mi madre me dirá que es normal, pero yo sé que no lo es. No he superado su muerte y me aferro con uñas a su recuerdo para seguir adelante a pesar de que sigo deseando que aparezca por los rincones de nuestra casa, despertándome con uno de sus desayunos especiales. Sigo enamorada de mi mujer, y eso mi corazón no lo ha olvidado por mucho que yo le haya explicado que ella no va a volver.

El camino flanqueado por los fresnos que da acceso a la finca me da la bienvenida a la

misma vez que una brisa fría se cuela por la ventanilla del coche rozándome las mejillas. No hay más que silencio cuando abandono el coche, avanzo hasta la puerta y toco el timbre. Me había olvidado de la paz que se respira en este lugar, de la melodía que generan las ramas de los árboles al moverse con el viento y ese ligero aroma a tierra húmeda procedente de los viñedos.

—¡Amelia, querida! —Ni siquiera me da tiempo a tocar el timbre cuando la voz de mi madre me trae de vuelta a la realidad y su abrazo repentino pone mis pies en el suelo. Me estruja con tanta fuerza que creo que me quedará sin aire, sin embargo, logro zafarme de él con facilidad—. Cariño estás más delgada... ¿estás comiendo bien?

—¿Si te dijese que sí, me dejarías tranquila? —digo a la vez que suelto un suspiro.

—Mamá, no sirve de nada preguntarle. Sabes que no te va a decir la verdad. —Mi hermana, que aparece de la nada, provoca que la tensión crezca—. Ya sabes cómo es. Tan orgullosa como papá.

—¿Cómo estás, Isabella? —pregunto dándole un par de besos, haciendo caso omiso a sus palabras—. El pequeño Enoc parece estar creciendo bien —añado colocando una mano sobre su vientre abultado—. Debes de estar deseando que salga de ahí.

—Lo que estoy deseando es comer un plato de sushi inmenso —me cuenta soltando un suspiro—. Los que pueden comer, no comen, y los que queremos, no podemos. Así es la vida.

—Ya veo...

Me encantaría tener las fuerzas y las ganas de decirle a mi madre y a mi hermana todo lo que me hacen sentir con estos comentarios de mierda, pero, en cambio, decido esconderme en mi coraza y cuando mi madre me invita al interior, paso rumbo hacia el salón.

—¿Cómo van las cosas por el restaurante? Tiene que ser difícil trabajar allí ahora que ella no está —pregunta mi madre lanzándome otro de sus pequeños dardos—. El equipo debe echarla de menos.

—Todo el mundo la echa de menos —añade mi hermana a mis espaldas.

—En Giovanni's todo va bien —asiento sin más—. Este año no ha sido fácil, es cierto, pero somos un gran equipo y eso nos ha permitido seguir adelante.

—Carlo me comentó que estaba pensando en hacer unos cambios en la plantilla. —Mi madre se sienta conmigo en uno de los sofás del salón y afirmo un par de veces recordando la última conversación que tuve con él—. Después de lo de Anne imagino que necesitarás ayuda.

—Me puedo valer yo sola...

—Ya, claro —dice Isabella sentándose frente a nosotras—. Sabes de sobra que no puedes. Carlo me ha estado contando lo que ha estado pasando en el restaurante todos estos meses, así que no nos trates como tontas.

—Tu hermano es un exagerado —arremeto mirándola a los ojos—. Es normal que después de una pérdida se necesite de un tiempo de adaptación. Pero eso no implica que debamos cambiar nada, simplemente, mejorar y encontrar el ritmo de nuevo.

Isabella y yo nos miramos largos segundos midiéndonos la una a la otra. Odio que me psicoanalice, que busque en mis actos siempre una razón oculta y que intente por todos los medios obligarme a romperme delante de ella, de todos.

—Tendrías que hacerle caso a tu hermano. Él quiere lo mejor para ti. —Mi madre es la que se encarga de lograr que todo se calme un poco cuando sujeta una de mis manos y me

dedica una mirada repleta de preocupación—. Todos lo queremos, no puedes hacerte cargo de todo tú sola.

—Mamá, estoy bien, ¿vale? —aseguro en un intento porque deje de mirarme así—. No necesito la pena de nadie, tampoco que cuiden de mí o me procuren lo mejor. Estoy a punto de cumplir los cuarenta y lo único que quiero es seguir trabajando. El restaurante está bien, todos lo estamos, simplemente debemos seguir adelante y ya está.

Cuando digo esas palabras dentro de mí se desata una pequeña guerra. No sé a quién quiero mentir y ocultar que no puedo más, que estoy agotada, que quiero acabar con esta agonía y no volver más a un lugar que me recuerda los momentos más bonitos que he vivido en mi vida.

—Trabajar tanto no es bueno. —Isabella, con sus casi ocho meses de embarazo encima, me mira y se acaricia la barriga con suavidad—. Mamá tenía razón al decir que estás más delgada, y tus ojeras... ¿desde hace cuánto que no duermes? ¿Tienes pesadillas?

—¿Estás preocupada de verdad o es que echas mucho de menos tu trabajo y necesitas psicoanalizar a alguien?

—No seas tan dura con tu hermana —suelta mi madre en su defensa—. Todos estamos preocupados por ti.

—Yo no necesito que os preocupéis, mamá. Lo único que quiero es que dejéis de recordarme que Anne ha muerto y que estoy sola —respondo con el gesto endurecido y ganas de volver por donde he venido—. Vosotras no tenéis ni idea de lo duro que es levantarse y decirle a tu cerebro, a tu corazón, que debe seguir una rutina diferente a la que tenía. La pérdida es como sentir un agujero en el centro del pecho y duele tanto que no te deja respirar. —Mis palabras por fin causan el silencio que necesito y antes de que ellas vuelvan a hablar, soy yo la que lo hace—. Mirad. Sé que os preocupa mi bienestar, que necesitáis saber que he recuperado el ritmo normal de mi vida, pero es imposible que lo haga si seguís recordándome todos los días lo que ha pasado. ¿Por qué creéis que no vengo más a menudo? —pregunto con franqueza—. Lo único que quiero es saber cómo estáis, cómo van las cosas por casa...

—¡Vamos, Lia! —exclama mi hermana echándose a reír—. Has perdido a tu mujer.

—¿Y qué? —pregunto con rabia—. ¿Eso os da derecho a decirme cómo debo actuar al respecto?

—¡Te estás escondiendo de lo que ha pasado! ¡De todos nosotros!

—No me estoy escondiendo de nada.

—¡Sí lo estás haciendo!

—Niñas, por favor. —Mi madre intenta calmar la discusión—. Parad. Hoy no estamos aquí para discutir, y no voy a dejar que ambas acabéis de las greñas.

—Entonces dile a tu hija que deje el orgullo a un lado de una maldita vez —añade Isabella con los brazos en cruz apoyados sobre su pecho.

—Isabella...

—Mejor me marchó. —Decido antes de romperme por completo y terminar dándole la razón a mi hermana—. Lo último que necesito es venir a ver a mi familia y que esta me quiera hundir aún más.

—No te vayas, Lia.

—Estaré dando un paseo por los viñedos.

Y tras de mí, el silencio se arrastra y me acompaña hasta la puerta que da acceso a la parte de atrás de la finca, a los viñedos y a ese lugar en el que pasé la mayoría de mi

infancia. El único en el mundo que da descanso a dos de las personas que más he querido en mi vida.



4

UN CORAZÓN DE PIEDRA

A estas alturas del año, los viñedos duermen en la soledad de la tierra. Han perdido su esplendor, no brilla el color verde habitual de sus hojas por ninguna parte y permanecen inertes, secos y sujetos a sus varas. Cuando era pequeña, mi padre decía que cuando se les despoja de las uvas necesitan de un tiempo para acostumbrarse al vacío que estas dejan para volver a florecer con la misma fuerza que lo hicieron en el pasado. Mientras avanzo por el camino de tierra húmeda del campo, me pregunto si yo me encuentro como ellos, esperando a que la sensación que causó la muerte de Anne se desvanezca y me permita volver a ser la persona que fui cuando ella estaba conmigo. Soy consciente de que no estoy bien, pero confesarlo tampoco hará que me sienta mejor. Debo ser yo la que encuentre la forma de seguir adelante y disfrutar de la vida como lo hacía meses atrás.

La extensión de hectáreas vinícolas se extiende a mi alrededor manchando de marrón apagado las laderas contiguas a la finca en la que viví hasta los veinte años. Estas uvas dan lugar a uno de los prosecco más famosos de toda Italia por su sabor dulce aromatizado con cítricos, y ya somos dos las generaciones que cuidamos de ellas.

Cuando mi padre murió dejó escrito en su testamento sus deseos. Isabella se haría cargo de la bodega, mi gran pasión; Carlo de las gestiones de la empresa, asuntos económicos, etc. Y yo, bueno, aunque deseé dedicarme a las vides toda mi vida, me vi obligada a convertirme en la jefa de cocina del Giovanni's por ser la única a la que le gustaba ese oficio.

Atrás quedan los troncos secos y decido cerrar los ojos para disfrutar de la brisa fresca de la mañana revolviendo mi pelo, ondeándolo a su antojo, haciéndolo chocar con mi piel despertando mis sentidos, arrancando esas capas de dureza bajo las que me he escondido desde que mi mujer murió y decidí volver al trabajo por miedo a verme engullida por las cuatro paredes de nuestra casa. Mi familia quería que el restaurante cerrase por un tiempo, todos estaban de acuerdo, pero me negué por completo y, aunque me arrepiento, de no haberlo hecho mi situación sería aún peor.

En los últimos meses he comenzado a sentir la necesidad de relegar mi trabajo a otro, de abandonar mi labor para poner mi atención en algo que me devuelva la felicidad. Sin embargo, la sola idea me pone el vello de punta y me hace echarme para atrás. Ni siquiera estoy segura de lo que quiero, de si Ismail y Martha están preparados para llevar la labor de

jefes de cocina sin mí, o si quiero que un extraño ocupe mi lugar en Giovanni's. Supongo que no me encuentro lista para dar ningún paso aún.

La encina bajo la que están enterrados los cuerpos de mi padre y Anne asoma en la lejanía como la recordaba, con sus ramas anchas abarcándolo todo, alcanzando el cielo azul y siendo el nido de esos pájaros cuyo canto me gustaba escuchar cuando era una niña y me tumbaba a la sombra sobre la hierba. No hay un lugar más perfecto para descansar que este y fue por eso por lo que decidí que ella también debía estar aquí.

Con las manos metidas en mi abrigo camino esquivando algunas piedras hasta llegar al árbol cuya corteza acaricio con una de las manos, susurrando una disculpa que culmina en un suspiro que me deja sin aire en los pulmones. La última vez que estuve aquí fue durante el entierro de Anne, y estaba tan rota que me senté en la tierra y me pasé horas llorando en soledad. Isabella, preocupada, me encontró pasada la media noche en un estado de hipotermia que me llevó a estar en cama durante casi tres semanas. Lo único que deseaba entonces era que el dolor que sentía desapareciera y, ahora, la presencia de ese mismo dolor me recuerda día tras día que ella existió y que alguna vez, su amor, me hizo vibrar de felicidad.

Un suspiro se me escapa de los labios cuando me siento y me apoyo en el banco que decidimos colocar cuando murió papá, mientras que el silencio me rodea y me acoge en un abrazo que no tengo pretensión de romper por el momento. Me encantaría poder viajar en el tiempo, regresar a esos instantes de diversión, de amor, de anécdotas, de comidas familiares... Pero la vida sigue hacia adelante y solo los que estamos vivos sabemos lo mucho que duele tener que continuar caminando.

—Sé que no debería ser tan dura con ellas —admito en voz alta, como si ellos estuviesen sentados a mi lado dándome una buena regañina por lo que ha sucedido en casa—, pero no necesito que estén recordándome que estoy estancada y no sé cómo seguir hacia adelante. No sé cuántas veces debo decirles que dejen de presionarme. Deberían apoyarme sin necesidad de tener que decirles nada.

—La verdad es que no necesitas decirnos cómo estás para saberlo, Lia. —La voz de Carlo me sorprende de tal manera que giro mi cabeza tan rápido que sufro un pequeño mareo que se disipa en cuestión de segundos—. No me mires así, yo también visito este lugar cada vez que vengo a ver a mamá.

—No me dijo que vendrías.

—Le dije que no lo hiciera —dice encogiéndose de hombros para sentarse a mi lado. Los ojos verdes de mi hermano chocan con la encina y lentamente la recorren hasta la parte más alta—. Necesitaba hablar contigo.

—No empieces tú también, por favor —le ruego—. He estado retrasando esta visita desde hace meses porque sabía que mamá y Bella no dejarían de insistir. No necesito que nadie me recuerde que estoy hecha polvo.

—No vengo a hablarte de Anne. Simplemente me gustaría saber cómo lo estás llevando —añade y con su cuerpo, empuja el mío—. Mamá e Isabella tienen el mismo tacto que los viñedos a estas alturas del año, y la última vez que te vi en el restaurante sentí que estabas saturada.

—Me alegra saber que, al menos, uno de los tres heredó la capacidad de convertirse en el apoyo necesario de los demás cuando se le necesita. —Nos reímos mientras dejo caer mi cabeza en su hombro—. Ahora mismo me siento perdida. A estas alturas estaríamos ocupadas elaborando la carta para el próximo año, y por primera vez en años me niego a

hacerlo.

—Necesitas un descanso —comenta y me regala un beso en la frente—. No voy a recordarte lo que te aconsejamos, pero sabes bien que ahora lo único que tienes que hacer es centrarte en mejorar. —Une su mano a la mía para acomodarse mejor en el banco—. Escuché por ahí que, para trabajar en condiciones, la mente, el cuerpo y el corazón debían estar unidos.

—Qué filosófico te has puesto —murmuro sin darle la razón.

—Intenta recolocar todas tus piezas —me dice y me obliga a mirarlo—. Solo así mejorarás y podrás volver a sonreír. Pareces un mapache.

—¡Oye! —Le doy un manotazo y nos echamos a reír—. No te prometo nada, pero lo intentaré. No puedo dejar a todo el restaurante tirado.

—Prometiste cuidar de él, así que...

El silencio nos envuelve de un momento a otro mientras que le doy vueltas a las últimas palabras de Carlo y a su significado. Sí, cuando supe que papá me había dejado el restaurante prometí que haría todo lo que estuviese en mi mano para convertirlo en uno de los mejores de toda la ciudad. Aunque no fue hasta la llegada de Anne que se convirtió en un Estrella Michelin.

—Voy a pedirle a Lydia que se case conmigo —anuncia mi hermano de repente—. ¿Crees que aceptará?

—¡Claro que lo hará! —grito de emoción, abandonando por completo mis pensamientos para centrarme en él—. Desde que entró a trabajar como tu secretaria está coladita por ti. Además, ¿cuánto lleváis? ¿Cuatro? ¿Cinco años?

—Cinco. Recuerda que nos presentó Anne —dice obligándome a regresar al pasado un par de segundos.

—Es cierto. —Sonrío con cierta melancolía—. Ella era toda una celestina cuando se lo proponía.

—¿Entonces? ¿Crees que hago bien? —me vuelve a preguntar—. No me quiero precipitar y estropearlo todo. Ahora estamos muy bien y...

—Dime una cosa —le pido sujetando sus manos—. Cuando cierras los ojos y te imaginas este lugar en pleno verano, ¿es ella la que te acompaña de la mano?

—Sí...

—Pues no hay más que decir. —Sonrío—. Cuando le comenté a papá que quería casarme con ella, me dijo lo mismo. No a todo el mundo le abrimos las puertas de nuestra vida.

—Gracias, Lia... —Carlo me abraza y yo a él, sintiendo el calor de su cuerpo envolviéndome—. Y ahora que te he dicho esto, hay otra cosa que te tengo que decir.

—Ya sabía yo que esta reunión no era una casualidad...

—Lo que te voy a comentar ahora es una decisión que ya está tomada y que no va a cambiar por mucho que me grites o te enfades conmigo —me advierte levantando un dedo—. Soy el gerente de Giovanni's y esto me corresponde a mí hacerlo.

—Desembucha.

—Sabes que estos meses atrás las cosas no han ido bien en el restaurante. Ismail y Martha han hecho todo lo posible por ayudarte, pero aún están muy verdes para ejercer el puesto de jefe de cocina —comenta provocando que me tense—. Así que, pese a tus negativas, en cuestión de unos días llega una nueva chef —dice sin más—. Y espero que la ayudes.

—¿¡Estás de broma!?

—Sabes que lo necesitas —sentencia—. El restaurante casi se va a pique de no ser porque has estado haciendo turnos dobles mañana y noche para adelantar trabajo. Y, Lia, no puedes seguir así. Tú misma envías a tus chicos a descansar, así que no se hable más.

—¡No puedo dejar en manos de una desconocida el restaurante!

—No lo harás —asegura mirándome a los ojos—. Aún queda un mes para que se abran las puertas de nuevo. Tiempo suficiente para que la conozcas y os habituéis la una a la otra.

—Esto es una locura.

—No lo fue cuando contraté a Anne —me recuerda—. Y sé que es duro escuchar esto, pero el local debe seguir en funcionamiento aunque ella no esté.

—Sabes que no va a ser fácil, ¿verdad?

—Sé que no se lo vas a poner fácil, que no es lo mismo —admite con una sonrisa triunfante—. Pero tú tampoco lo eres y eso te define. Lo único que te pido es que la ayudes a adaptarse y que no la hagas sufrir demasiado.

—¿Sufrir? —pregunto irónicamente—. Ya sabes cómo es estar en la cocina de Giovanni's. Si es una blanda, caerá a la primera y se irá corriendo a su casa.

—Intenta no ser tan dura y abrir ese corazoncito de piedra, chef —se limita a decirme mientras me golpea en el pecho con un dedo—. No todo el mundo es como tú y en la cocina no hace falta ser un sargento.

—No todo el mundo puede estar en una cocina profesional —le digo y suelto un suspiro—. Así que espero que las referencias que te han dado, sean buenas.

—Algo me dice que te gustará y aún mejor, que te sorprenderá.



5

A FIN DE CUENTAS, NOS QUEREMOS

ABIGAIL

Milán. 6 de enero, 2024

El año nuevo llegó hace días y lo hizo llenando mi apartamento de cajas amontonadas por todas partes. Me ha llevado bastante tiempo ordenar todas mis cosas, eliminar aquellas que no me sirven y quedarme con las que quiero llevarme conmigo a Verona. No era consciente de las cosas que había acumulado con el paso de los años hasta que me puse con la mudanza; mañana cogeré el tren y quiero dejar todo ordenado para que Tania me las envíe una vez que me acomode en mi nueva casa.

Junto a la puerta ya tengo preparada la maleta, una no demasiado grande y con lo justo para pasar los primeros días en la ciudad. He pensado que una vez que me instale puedo ir a comprar ropa nueva y dejar atrás el estilo deportivo que Tania y Katy tanto han criticado y que me ha acompañado los últimos años. Nunca les dije que mis ganas de ir a la peluquería, maquillarme o arreglarme se morían mientras cuidaba a mamá, y que las pocas horas libres que tenía las pasaba en la cama. No han sido años fáciles para mí y, ahora, este nuevo comienzo se abre ante mí como una oportunidad para recuperarme.

Con mis ojos puestos en el futuro deseo por encima de todo disfrutar. La última vez que tuve algo de tiempo para mí salía con Claire, mi expareja. Pero todo eso se vino abajo cuando los médicos detectaron en mi madre indicio de alzhéimer, y empeoró a pasos de gigante convirtiéndola en el muñeco de trapo que es ahora. Cuidarla fue maravilloso; nos convirtió en cercanas, en cómplices, en dos amigas, en dos almas unidas de por vida. Fue duro y doloroso, estresante y frustrante, un hijo no está preparado para ver como poco a poco su madre se va apagando hasta dejar de existir.

En cuestión de media hora, mis hermanas estarán aquí para pasar la última tarde en Milán juntas. Tengo muchas cosas que decirles, me encantaría poder marcharme a Verona con el corazón tranquilo, pero no sé por dónde empezar o cómo hacerlo. Cuando recibí la oferta de trabajo del restaurante Giovanni's ni siquiera me lo creí, ellas fueron las primeras en saber la noticia y, al contrario de lo que esperaba, no se alegraron ni un poquito por mí. Yo sabía que aceptar la oferta traería muchas peleas, pero jamás pensé ser la egoísta, la cruel y la insensible en esta historia. Fue una decisión muy difícil de tomar. Me pasé semanas buscando la mejor residencia para ella y me costó desechar la idea de que no estaba dejando a mi madre sin más, sino que estaba buscando la manera correcta de que

recibiese los cuidados que de verdad necesitaba.

Con varios libros de cocina entre mis brazos, camino hacia las cajas aún vacías en el salón. No me lleva más de unos minutos colocarlos dentro y cerrarla con el precinto. En mi búsqueda por ordenarlo todo, he encontrado una caja en el interior del armario con recuerdos de mi última relación. Claire y yo lo dejamos cuando decidí hacerme cargo de mamá. Ella creía que debía pensar en mí, que mi vida era tan importante como la de cualquier otra persona.

Recordar cómo acabó todo entre nosotras me obliga a buscar su número en mi teléfono y darle una sorpresa. Tras tantas peleas, los duros momentos que vivimos y todos nuestros desencuentros, he seguido sus consejos y sé que se alegrará de saber que pronto haré realidad mi mayor sueño: dedicarme a trabajar como chef en una cocina profesional.

Cuando le doy a enviar, el timbre de la puerta llama mi atención y abandono el teléfono sobre el montón de cajas para recibir a dos de mis personas favoritas, también a las dos únicas personas que siento que apenas me conocen.

—Madre mía, nunca me hubiera imaginado que tu apartamento fuese tan grande —comenta Tania una vez que pasa y me regala un beso y un abrazo—. Cuando mamá vivía aquí parecía más pequeño, ¿verdad, Katy?

—Verdad. —Mi hermana mayor, con ese gesto tan característico suyo, sigue el camino de Tania hacia el interior—. ¿Ya lo tienes todo listo?

—Sí, bueno, aún tengo cajas arriba —respondo con una sonrisa, cerrando la puerta tras de mí, invitándolas que tomen asiento en el sofá del salón—. He pensado que podríais llevar toda la ropa a la beneficencia.

—¿No te llevas tus deportivas? Qué extraño...

—Sé que me he descuidado un poco así, que... —comento llamando la atención de Tania, que me mira y señala mi pelo con un dedo.

—Ya veo que hasta te has cortado y teñido el pelo. Siempre he creído que el castaño te quedaba de muerte.

—Papá diría lo contrario —anuncio y las tres nos miramos en silencio—. ¿Queréis algo de beber? No es que tenga muchas cosas en la nevera, pero traje algo para disfrutarlo con vosotras.

En un intento porque la reunión mejore un poquito, camino por el pasillo hasta dar con la cocina y abrir el frigorífico. Esta mañana me dio tiempo a pasar por la pastelería y comprar unos dulces de crema de limón, y algo para beber. Cuando vuelvo con ellas y dejo las cosas sobre la mesa, ambas me miran y me encojo de hombros.

—Es una despedida, así que hay que brindar y comerse un dulce —comento con el deseo de que hoy nuestras rencillas y diferencias queden a un lado.

—Tú sí que sabes mimarnos —exclama Tania de pronto, llevándose uno de los pastelillos a la boca—. Hacía muchísimo que no comía uno de estos.

—No exageres, ¡te comiste media bandeja por Navidad! —le recuerda Katy levantando una ceja—. ¿O es que el azúcar te nubló la memoria?

—Es posible.

Mi hermana pequeña se lleva otro pastelillo a la boca y, por un instante, siento que ha llegado el momento de hablar con ellas y sincerarme. Así que me tomo unos minutos para servir la bebida en los vasos y cuando me llevo el mío a los labios, y le doy un buen sorbo, el miedo a que mi viaje empiece con una discusión provoca que decline la idea y guarde para mí todo lo que llevo dentro.

—Estás muy pensativa —apunta Tania, que me mira a los ojos con curiosidad—. No estarás pensando cambiar de idea, ¿no? Porque después de todo el lío que has armado, sería el colmo.

—Espero que no, porque si no, la mato —añade Katy después de beber—. Le dije una y mil veces que no estaba de acuerdo con la decisión de meter a mamá en una clínica y ahora que está todo hecho, lo único que faltaba es que tuviésemos que sacarla de allí por su indecisión.

—Mamá está bien allí —respondo a ambas—. Está atendida, tiene un médico a todas horas del día para vigilarla y las enfermeras son un encanto.

—Ya, sí.

—Tenéis que saber que, aunque no me fuese de Verona, habría tomado la misma decisión —añado provocando que me miren—. Ya era insostenible, se estaba poniendo agresiva, no me dejaba darle la medicación y, aunque no lo creáis, apenas me dejaba dormir.

—Seguro que no era para tanto. Además, mira cómo estaba en Nochebuena —me recuerda Tania.

—Después de darle una dosis de sedantes para calmarla —replico soltando un bufido—. Mira, me da igual lo que penséis en este momento. Mamá está bien allí, la van a tratar como una reina y...

—La cosa es que te va a echar de menos lo mires por donde lo mires, y ya veremos si no le da un ataque y tienes que venir corriendo. —Katy, con sus palabras, provoca que frunza el ceño y suelte el vaso sobre la mesa—. No me mires así, eres la única de las tres que puede con ella.

—Pero no soy su única hija. También estáis vosotras para ir a la clínica en caso de que le ocurra algo —digo con el gesto desencajado—. ¿O es que os importa una mierda que yo esté trabajando y pensáis obligarme a venir cada vez que mamá tenga algún problema?

—Yo no estaré en Milán, así que no me miréis.

—Y yo estaré en el hospital —afirma Katy provocando que me eche a reír—. ¿Por qué te ríes?

—Porque eres la única que estará en Milán y que puede escaparse de su trabajo sin tener que montar en un tren y trasladarse a la ciudad —respondo levantando una ceja—. Pero ya veo que estáis dispuestas a joderme la única oportunidad que he tenido en años de hacer realidad mis sueños. Sois maravillosas.

—¿Y el restaurante de papá? ¿Por qué no lo abres y te dedicas a ser cocinera aquí?

—No soy cocinera, soy chef, y el restaurante Le Parole es...

—Un mausoleo. —Tania me mira con franqueza y me dedica una sonrisa que rompe toda mi frustración—. Me di cuenta de que es eso para ti cuando hablamos la última vez de ello. Pero creo que podrías reabrirlo y que papá estaría orgulloso de ti.

—Papá lo único que quería era que fuese feliz. Y, ahora mismo, no lo soy.

El silencio nos rodea a las tres mientras que busco calmar todas mis emociones. Está claro que hablar con mis hermanas es imposible, que por mucho que les diga cómo me siento seguirán bombardeándome una y otra vez con ello, así que me pongo en pie y tras llevarme un pastelillo a la boca, camino para buscar el teléfono que dejé sobre las cajas. Claire no ha respondido a mi mensaje, tampoco creo que lo haga, pero me encantaría tener a mi lado a alguien que me apoyase y me empujase a conseguir lo que durante años ha sido mi mayor sueño.

—¿Sabéis una cosa? —pregunta Tania llamando la atención—. Voy a echar de menos estas peleas continuas y que nos reunamos cada cierto tiempo para hablar.

La verdad es que tiene razón, hemos pasado demasiado tiempo juntas como para no extrañar estos momentos por mucho que los destrocemos a causa de nuestras peleas. Tania se levanta y tras lamerse uno de sus pulgares, se acerca y me abraza sorprendiéndome. A fin y al cabo somos hermanas, nos queremos y nuestras diferencias no parten en dos el amor que nos tenemos.

Katy se une a nosotras dos en silencio y cuando las tres formamos un ovillo, suelto un suspiro y las lágrimas me saltan de los ojos sin control.

—Os voy a echar de menos, chicas —admito con la voz tomada—. Y aunque siempre estemos peleando, solo quiero que sepáis que os quiero.

—Y nosotras a ti —dicen al unísono sacándome una sonrisa.

Las emociones bañan el que ha sido mi hogar desde hace años recordándome que a pesar de todas nuestras peleas, siempre las tendré conmigo. Papá así lo quería, y aunque no sé qué es lo que encontraré una vez que llegue a Verona, sé que daré lo mejor de mí para cumplir las promesas que le hice antes de morir y que lucharé por hacer realidad mis sueños hasta conseguirlo.



6

VERONA YA ESTOY AQUÍ

ABIGAIL

Verona. 8 de enero, 2024

No me esperaba que el viaje fuese a ser tan rápido. En cuestión de poco más de una hora, he llegado Verona y al contrario de lo que sucede con la estación de Milán, aquí es todo más pequeño y reducido. Apenas he necesitado leer los carteles para encontrar la puerta de salida o preguntar el lugar donde se encuentra la parada de taxis. Hace unos minutos que me monté en uno y he aprovechado el momento para avisar a mis hermanas de que ya estoy aquí. Ahora circulamos por las calles disfrutando de un *tour* improvisado en el que estoy absorta y que culminará una vez que lleguemos al apartamento que Tania me consiguió unas semanas atrás.

Verona es la ciudad de Romeo y Julieta, está repleta de historia escrita y de rincones cuyo significado romántico te cala hasta los huesos. Posee ese encanto que parece descender por las fachadas de los edificios tal como lo hacen las enredaderas que tapizan la mayoría de ellos y que te hace suspirar una vez que se te mete dentro. Había visto fotografías, pero no la había imaginado tan encantadora y me alegra haber tomado la decisión de trasladarme ahora, ya que eso me permitirá disfrutarla antes de que lleguen las semanas de trabajo y no pueda hacerlo.

El vehículo se mueve con lentitud mientras que atraviesa las avenidas repletas de gente que va y viene y que me invitan a perseguirlas con la mirada. Siempre me ha gustado viajar, descubrir lugares que son totalmente desconocidos para mí. Aunque con el trabajo que he elegido eso sea prácticamente imposible.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que el taxi se adentra en una plaza repleta de arcos y aparca a un lado de la acera. Yo guardo silencio porque no sé si hemos llegado, tampoco en qué dirección se encuentra el número treinta y tres, y sobre todo porque no puedo apartar mis ojos de todo lo que me rodea.

Cuando le dije a Tania que buscara una casa que no fuese muy diferente a la de Milán, me imaginé viviendo en un adosado a las afueras. Delante de mí no hay nada de eso, todo lo que alcanzo a ver son edificios antiguos que se levantan varios pisos hacia el cielo y me pregunto en cuál de todos ellos tendré que vivir el tiempo que me lleve estar aquí.

—Ya hemos llegado, señorita —me avisa el conductor esperando a que reaccione—. Está de suerte, este es uno de los mejores lugares para vivir.

—¿Ah, sí? —pregunto algo sorprendida y él afirma un par de veces—. Tengo una hermana que sabe informarse bien al parecer —admito, y busco en mi bolso el dinero para pagar—. Gracias por el viaje. Ha hecho que me enamore de esta ciudad en apenas unos cuantos minutos.

—Entonces espero que encuentre el amor en ella —comenta esperanzado y me río a cambio. La última vez que el amor tocó a mi puerta fue con Claire y después de lo que pasó, me di cuenta de que, incluso las relaciones más duraderas, pueden romperse si se tiene posturas diferentes.

—La verdad es que no he venido aquí para buscar pareja, sino para trabajar. ¿Conoce el restaurante Giovanni's?

—¡Y quién no! ¡Es uno de los mejores de toda la ciudad! ¿Trabajaré ahí?

—Eso parece. —Sonrío con la ilusión y la emoción empujando los latidos de mi corazón—. Disfrute muchísimo de este bonito día, y no trabaje demasiado.

Una vez que abandono el taxi y que el hombre deja en mis manos la maleta, llevo la mirada a mi espalda, chocando con uno de los edificios. Siento que mis ojos se abren de par en par mientras recorro su fachada de ladrillos viejos y subo hasta los balcones de forja verde bañados de flores. Dudo un par de segundos, sin embargo, comienzo a caminar en busca del número y cuando doy con él, la sorpresa que me llevo es aún mayor. Tania me dijo que debía subir al último piso, que la vecina de la derecha tenía las llaves, así que no me lleva más que unos minutos tocar su timbre y esperar que me abran la puerta.

En el interior del edificio hace fresco y no me doy cuenta de la razón hasta que giro y veo un jardín interior adornado con una fuente y varias ánforas de cerámica repletas de flores. Es tan hermoso que la estampa se lleva otro suspiro y me dan ganas de sacar el teléfono y plasmar todo lo que estoy viendo en una fotografía que subir a esas redes sociales que abandoné hace ya demasiado tiempo.

El ascensor no queda lejos y antes de que me dé cuenta, ya me encuentro en su interior viajando entre pisos hasta llegar al último. Cuando se detiene, no me lleva mucho encontrar el que será mi nuevo hogar, pero tengo algo importante que hacer primero, así que, tras poner mi mejor sonrisa, camino hasta la casa de mi vecina a la que aviso tocando su timbre varias veces. Cuento un par de minutos hasta que esta se abre y sonrío un poco más con la esperanza de conseguir dar buena impresión y que esto sea solo el inicio de una amistad que me haga sentir menos sola en esta ciudad.

—¿Era necesaria tanta efusividad para tocar un timbre? —No sé si estoy más sorprendida por su mal humor, por los pelos que lleva o por saber que tiene más o menos mi edad—. Toma, creo que estas llaves son tuyas. Bienvenida.

—Graci... —Cierra la puerta sin apenas darme tiempo de agradecerse o presentarme—. Menudo humor de perros. En fin, ya tendremos tiempo de hablar en algún momento.

Y así, sin más, me dirijo a conocer el que será mi nuevo hogar.



7

ESCAPANDO DE UNA CÁRCEL DE CUATRO PAREDES

AMELIA

Verona. 8 de enero, 2024

La tarde se desliza sobre la ciudad, con tanta calma, que contrasta por completo con el caos interno que me consume; y el sol se retira lentamente, pintando el cielo en tonos rosados que apenas logran penetrar la densa neblina que envuelve mi mente desde hace días. Tras la visita a mi familia y la conversación que tuve con Carlo ese día, estoy colapsada por una guerra entre lo que necesito, lo que siento y lo que debo hacer; y he escapado de mi propia casa, de lo que era mi refugio, en busca de una tregua que parece negarse a aparecer. He empezado a sentir la opresión de las paredes. Cada rincón está impregnado de su esencia, cada objeto... ya no encuentro consuelo en ese espacio y la soledad se ha vuelto una compañera fría y distante que no hace más que recordarme lo vacío que se ha vuelto todo. Así que aquí estoy, caminando como un náufrago a la deriva de un mar de emociones turbulentas.

Mis pies me llevan sin rumbo fijo dejándome a merced del destino, aunque este parece no tener un lugar para mí por el momento. Debería estar en el restaurante, elaborando la carta que se servirá este año, pero cada vez que pienso en volver a la cocina siento que el mundo se me viene encima y las rodillas me flaquean. Estos últimos meses atrás, cada plato que preparaba o cada aroma que inundaba mi alrededor me recordaba a ella, a su sonrisa que iluminaba incluso los días más oscuros; los cuchillos aparentaban pesar toneladas, las sartenes ardiendo como un brasero parecían amenazarme con consumirme y me veía incapaz de seguir hacia adelante sin ella.

No sé cuánto tiempo llevo caminando pero, al levantar la mirada, me encuentro frente a los jardines de Giusti, uno de los lugares que más amaba Anne y que conectan especialmente con la historia de mi familia. Aquí se fraguaron los cimientos del primer restaurante de la familia, mi abuelo fue el encargado de abrir Le Monde a tan solo unos metros de aquí.

Al cerrar los ojos por un instante, suelto un suspiro y permito que los recuerdos fluyan como agua cristalina en mi mente. Recuerdo su risa, tan pura y contagiosa como el canto de los pájaros que ahora revolotean entre los árboles en busca de un lugar donde descansar.

Ella y yo solíamos pasear por aquí cogidas de la mano, compartiendo sueños que parecían entonces infinitos; sin embargo, ahora todos ellos se han desvanecido como humo entre mis dedos y todos nuestros planes se han marchitado como flores olvidadas en cualquier jarrón.

Caminar por estos jardines es como adentrarse en un laberinto de recuerdos donde cada esquina guarda una imagen de nuestro pasado juntas. Aquí está el banco donde solíamos sentarnos a contemplar el atardecer esos días que, extrañamente, teníamos libres, con el aroma de las rosas embriagando nuestros sentidos. También está el estanque donde arrojamos nuestra primera moneda juntas y donde le pedí que se casase conmigo.

Mientras avanzo entre las sombras alargadas de los árboles me doy cuenta de que estoy perdida entre emociones y recuerdos. No sé cómo encontrar la salida cuando cada paso me lleva más adentro en la oscuridad de mi propia angustia, como seguir adelante cuando el peso del pasado me arrastra hacia abajo como un ancla en un mar tormentoso.

Mis pasos se vuelven más lentos, como si el peso de mi propia existencia fuera demasiado para soportarlo. Me detengo frente a una fuente de mármol donde al agua fluye con una suavidad que parece contradecir la tormenta que agita mi interior. Me inclino sobre el borde dejando que mis dedos rocen la superficie fresca y líquida, como si pudiera encontrar en ella algún rastro de paz que se me ha escapado. Pero esta parece tan lejana como las estrellas y me pregunto si algún día podré alcanzarla, si podré seguir sin Anne a mi lado, sin su luz guiándome en la oscuridad, dejando de sentirme como un barco a la deriva en un océano sin fin, sin rumbo, sin destino.

Sé que mi madre y mis hermanos tienen razón al recordarme que la vida sigue, que no puedo estancarme y que después de un año tan difícil como el pasado, me merezco volver a encontrar la felicidad, pero es difícil encontrar algo de esperanza en medio de toda esta oscuridad.

No llorarla, no despedirme de ella, prohibirme a mí misma pasar el duelo y colocarme una coraza ha hecho que el dolor me atravesase por todas partes convirtiéndome en un colador. Soy consciente de que, aunque no esté físicamente a mi lado, sigue siendo mi brújula, mi faro en la tormenta; pero no consigo abrir los ojos y encontrar una salida a este laberinto de dolor y desesperanza, y descubrir un lugar en el mundo donde sentirme bien de nuevo.

Por ahora he decidido permitir que la melancolía de estos jardines me inunde, dejando que sus recuerdos me envuelvan como una manta cálida en una noche fría. Porque, aunque ahora me duela recordar, también sé que es un consuelo saber que una vez fui amada, que una vez fui feliz. Y mientras que el sol se oculta tras el horizonte y las sombras caen sobre los jardines de Giusti, me aferro a ellos como un salvavidas en mitad de la tempestad.



8

GRACIAS POR EXISTIR

Verona. 25 de enero, 2023

Amelia se encontraba sentada en un sofá de una sala pequeña y silenciosa del hospital, con la mirada perdida en el vacío y acompañada por su madre y sus hermanos. El teléfono aún se encontraba en su mano, frío y pesado, como si cada centímetro del metal fuese una carga que no pudiera soportar. Aún llevaba puesta la chaquetilla del restaurante y sus manos estaban sucias de azafrán. Había recibido una llamada que todavía resonaba en su mente como un martillo golpeando una y otra vez, pero se negaba a aceptar lo que le habían dicho. Anne, su mujer, su compañera, su mejor amiga y su razón para sonreír había muerto en un accidente de coche rumbo a Milán. Y no podía ser verdad.

Los segundos de espera se convirtieron en horas, pero para Amelia todo se había detenido a su alrededor. Tan solo se movió cuando una enfermera la llamó y, haciendo un esfuerzo monumental, se levantó y se dirigió hacia la puerta que conducía a la sala donde descansaba el cuerpo de su mujer. Los médicos le habían dicho que debía identificarla y la sola idea de imaginar lo que se encontraría al otro lado provocó que necesitase un par de segundos más.

Carlo e Isabella se quedaron dónde estaban, con el gesto desencajado y los ojos bañados en lágrimas. Era una hermana para ellos. Habían compartido momentos inolvidables, la habían acogido como una más de la familia y saber que un conductor ebrio había sentenciado de muerte a una mujer como ella, los había dejado conmocionados.

Al entrar en la sala, el aire se volvió más denso. Amelia se detuvo en seco cuando la enfermera descubrió el cuerpo de su mujer y la vio allí, inmóvil, sobre la mesa fría, con su rostro magullado por los golpes producidos por el accidente y vacío de vida. Había perdido el color rosado de sus mejillas, sus labios estaban amoratados y su piel, tan pálida como las paredes de la sala, la hacían verse como un muñeco. No lo pudo soportar y las lágrimas comenzaron a fluir sin control por sus mejillas mientras se acercaba lentamente, y temblaba ante el miedo que le producía tocarla.

—Anne... —susurró y se dejó caer de rodillas junto a la mesa, sintiendo como los latidos de su corazón retumbaban en su pecho—. No puede ser verdad, no puedes ...

Las palabras se le atascaron en su boca. El dolor en el pecho de Amelia era casi físico, como si un puño invisible le apretara el corazón con cada respiración que daba. Se aferró a la mano fría de su mujer sintiendo la falta de calor que solía irradiar y se puso en pie como pudo, con los labios temblequeando y el resto de su cuerpo destrozado.

—Te amo tanto mi amor... —dijo con la voz quebrada y las palabras apenas audibles entre sollozos—. Me encantaría decirte tanto que... —Negó un par de veces y acarició su rostro con las yemas de sus dedos, sintiendo la esperanza de que despertase y todo fuese un sueño—. Anne...

El silencio envolvió la habitación mientras que dejaba que sus lágrimas y sus palabras llenasen el espacio entre ellas. Se aferró al recuerdo de los momentos felices que habían compartido, la calidez de los abrazos, las risas compartidas, las noches llenas de amor, los besos que se habían dado, las peleas y las reconciliaciones, los sueños deseados juntas... La besó con las ganas de gritar atascadas en su garganta. Ahora todo parecía haber quedado atrás en un pasado al que deseaba regresar de nuevo, un pasado que extrañaba y al que quería aferrarse con desesperación.

—Gracias por haber llegado a mi vida... —murmuró—, por haberme enseñado tanto...

El tiempo se detuvo mientras que se perdía en su dolor, en cada recuerdo que en ese momento se convertía en una daga que se clavaba en su corazón. Sabía que los próximos meses serían los más duros de su vida, que debía esforzarse y no hundirse porque muchas personas dependían de ella, pero en ese instante, con sus dedos acariciando el pelo rojizo de su mujer, lo único que deseaba era hundirse en su miseria y desaparecer.

—Ayúdame a encontrar la forma de seguir adelante, por favor... —le rogó mientras le rozaba la piel del rostro, grabando cada línea y cada rasgo en su memoria con la esperanza de retenerla consigo para siempre—. Te voy a extrañar cada segundo de cada día... —susurró con su voz ahogada por el dolor—. Nunca te olvidaré.

Con un beso suave en su frente, se despidió de ella, dejando que sus lágrimas cayeran libremente sobre su fría piel. La miró por un segundo más y, resistiendo el impulso de quedarse allí para siempre, sujetó su mano una última vez.

—Te amo, mi amor —dijo una última vez, con su voz temblorosa y cargada de sentimiento—. Ten un dulce sueño.

Con esa despedida que usaba cada noche que se iban a dormir, Amelia abandonó la sala con pasos vacilantes, llevándose consigo el peso de un dolor que ardía en su pecho y fundiéndose en un abrazo con sus hermanos. Se sentía asustada, perdida, bloqueada, confusa y dolorida. No tenía idea de cómo haría para seguir adelante y aunque el camino que se extendía ante sus ojos parecía oscuro e incierto, sabía que algún día, de alguna manera, encontraría una razón para ser feliz.



9

MI FUTURO EN GIOVANNI'S

ABIGAIL

Verona. 9 de enero, 2024

Cuando recibí la oferta de trabajo de Giovanni's, no estaba pasando por mi mejor momento y se convirtió en una salvación que ni sabía que necesitaba. El estado de mi madre había empeorado, se había vuelto más agresiva, y en una de sus crisis me llevé un golpe que me produjo una brecha en el labio que tardó en curarse semanas. Estaba tan dolida, saturada y asustada que no sabía qué hacer con mi vida; mis hermanas tampoco me entendían y necesitaba ayuda. Fui muy consciente de que sería muy difícil hacerme cargo de mamá hasta el final, pero intenté dar lo mejor hasta que no pude más. Tardé semanas en dar una respuesta y cuando lo hice, tuve que enfrentarme a otras tantas decisiones que trajeron consigo problemas que aún arrastro conmigo. Pero hoy no quiero pensar en ello, sino en el restaurante, en conocer por fin al que será mi jefe y en firmar un contrato que espero cambie mi futuro para siempre.

Aunque esta noche pasada he dormido como un lirón, la verdad es que no he podido evitar darle demasiadas vueltas a las cosas. Debo ser sincera conmigo misma, nunca he cocinado en un restaurante de tanta categoría y eso me preocupa. Sí, fui una de las mejores de mi promoción, crecí y aprendí de mi padre; pero eso no implica que se me vaya a dar bien y tengo miedo de no cumplir con las expectativas.

A tan solo unos minutos de reunirme por primera vez con mi jefe vuelvo a tener la sensación que tuve la primera vez que entré a trabajar con papá en Le Parole, una mezcla de nervios y malestar de estómago que me invita más a salir huyendo que a avanzar hasta la cafetería donde hemos quedado.

El reloj marca las doce del mediodía cuando Google me avisa de que he llegado; la verdad es que no tenía pérdida, pero decidí no jugármela y seguir las indicaciones antes de perderme y acabar en otra parte. Carlo, mi jefe, me dijo que me esperaría en el interior así que dejo atrás la terraza y, una vez que abro la puerta, me veo atrapada por un delicioso aroma a café recién hecho y tostadas que me remueve las tripas y me recuerda que no he comido nada desde ayer.

—¡Abigail! —Mi nombre se eleva por encima del trajín del interior del local y cuando me giro en busca de la persona que me ha llamado, un hombre me saluda desde la mesa del fondo. Se encuentra acompañado por un maletín y su aspecto de ejecutivo me hace pensar

que jamás ha pisado un restaurante—. Ven, siéntate.

Impulsada por mis ganas de conocerlo por fin, camino hasta donde se encuentra para ser recibida por un abrazo cálido y una sonrisa. Decido deshacerme del abrigo, apoyarlo en el respaldo de una de las sillas que hay libres y apartar otra de ellas para sentarme.

—¿Te ha sido muy difícil encontrarla?

—La verdad es que no. San Google siempre ayuda en estos casos —le confieso soltando una pequeña risa, acomodándome mejor y apoyando las manos sobre mis muslos—. Esta cafetería es muy bonita. En Milán no hay lugares tan encantadores.

—Estoy seguro de que sí, aunque... —Niega un par de veces con la cabeza y me sonrío—. Este es uno de mis lugares favoritos desde niño. Otros preferirían el despacho pero a mí me gusta atender mis asuntos cómodamente mientras tomo un buen café.

No sé qué decir, así que le brindo una sonrisa y, sin poderlo evitar, mis ojos van a parar a todo el papeleo que tiene acumulado sobre la mesa. Supongo que entre ello estará mi contrato, uno que deseo firmar y que una vez que esté en mis manos lo enmarcaré para recordar cada día por qué estoy aquí y por qué debo dar lo mejor de mí misma.

—Me alegra mucho que ya estés en Verona —dice y levanta una mano para llamar al camarero—. ¿Quieres un café? ¿Algo más?

—Sí, por favor, y uno de esos dulces que vi en el mostrador —respondo agradeciéndoselo con una sonrisa, y aprovecho que él está ocupado para echar un vistazo al teléfono. Esta mañana le he enviado un mensaje a Tania recordándole que tiene que enviarme el equipaje y al ver que no ha contestado, suspiro—. Esta zona de la ciudad es muy bonita.

—Como toda Verona. Espero que tengas algo de tiempo para visitarla —comenta centrándose en mí—. Hay muchos rincones preciosos que merecen la pena.

—Estoy segura de que sí...

Un camarero llega de repente y tras anotar lo que queremos ambos para desayunar, se marcha dejándonos a solas de nuevo.

—Y, bueno, el restaurante —me recuerda con cierta ilusión— es espectacular.

—Lo sé, estuve echando un vistazo a las redes sociales —le confieso y él, me dedica una sonrisa—. Quería tener una idea del lugar en el que iba a trabajar en los próximos meses.

—Y quién sabe si mucho más. —Carlo, coge su maletín y saca de dentro un dossier de color azul que deja sobre la mesa—. Esto es el contrato y antes de que lo leas de nuevo, que quiero que lo hagas y detenidamente, quiero decirte que puedes romperlo en cualquier momento —comenta sorprendiéndome—. No es lo habitual, pero una cocina de un restaurante como la del Giovanni's no es fácil de llevar y sé que puedes sentirte abrumada, no llevarte bien con el equipo o no sentirte cómoda. Así que...

—Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para adaptarme —le explico sin dejarlo terminar. Lo cierto es que lo leí por encima porque me pudieron más las ganas de cumplir mis sueños que lo que ponía en él—. Durante años dejé atrás mis ambiciones y esta es mi oportunidad de retomarlos. No voy a permitirme caer a la primera.

—Sé que lo harás, pero necesitas un colchón seguro, saber que no estás obligada si eso no pasa —añade y deja en mis manos los papeles—. Tómame el tiempo que necesites y disfruta del desayuno mientras lo lees.

Los minutos pasan y mientras que me dedico a leer todo lo que hay escrito en las hojas que tengo entre las manos, Carlo comienza a ordenar y guardar todo el papeleo para hacer

un hueco al desayuno que no tardará mucho en llegar.

—¿Amelia es la chef? —pregunto una vez que leo su nombre entre la planilla de todo el equipo—. ¿Seremos compañeras?

—Así es —afirma un par de veces—. Te llevarás bien con mi hermana. Creo que le gustarás. —Carlo se cruza de brazos y en ese momento de pausa, el camarero trae las cosas dejándolas en el centro de la mesa—. Este último año no ha sido fácil para ella, perdió a su mujer y también a su compañera en cocina.

—Vaya, siento oír eso...

—Anne era una chef increíble, una buena compañera y una maestra impresionante —dice a la vez que remueve su café—. Estaban muy unidas, hacían un equipo increíble y, bueno, después de su muerte mi hermana intentó hacerse cargo de todo pero fue un desastre.

—Puedo imaginar lo difícil que fue para Amelia seguir adelante. A mí me sucedió cuando murió mi padre y me vi en la cocina del restaurante sin él a mi lado —le cuento a la vez que rescato de mi mente aquellos recuerdos—. Creemos que podemos con todo, pero no...

—¿Por qué no estás trabajando allí?

—Porque a veces la familia es más importante que uno mismo y me dediqué a cuidar de mi madre —respondo llevándome una mano al pelo, apartándome unos mechones que caen sobre mi frente y que, de repente, me estorban—. Además, no podía estar en un sitio que me recuerda día y noche lo mucho que echo de menos a mi padre.

—Entiendo...

Un silencio repentino nos envuelve a ambos y me dedico de nuevo a la lectura. Le doy un bocado al bollo azucarado disfrutándolo como si estuviese a solas y cuando llego a la última palabra, me chupo los dedos y regreso mi mirada hacia Carlo.

—¿Tienes un bolígrafo por ahí? —pregunto con curiosidad mientras le doy un sorbo bastante largo al café—. Debo firmar este contrato ya mismo.

—Me extrañaría si no lo hicieras...

—Es una gran oportunidad —digo mientras firmo sobre los folios y se los doy—. Le prometí a mi padre que conseguiría hacer realidad mis sueños y con esto, los tengo un poco más cerca.

—Te advierto que mi hermana no será una maestra dócil. Es más bien dura y perfeccionista.

—Y yo una aprendiz bastante aplicada —replico y él sonríe—. No le causaré problemas.

—Quizá te los cause ella a ti. —Ríe y después, observa mi taza con curiosidad—. ¿Te apetece hacer una visita? Pensaba llevarte al restaurante, ahora que no hay gente es el mejor momento.

—Me encantaría...

—Pues vámonos. No queda muy lejos de aquí.

Busco la taza de café y tras un sorbo más, me lo termino. No me lleva demasiado incorporarme de la silla, colocarme el abrigo y empezar a caminar hacia el restaurante acompañada por Carlo.

Siento la curiosidad corriendo por mis venas y la impaciencia me coloca el vello de punta. He visto el local un centenar de veces gracias a las imágenes de las redes sociales, pero sé que no es lo mismo que visitarlo y poder adentrarse en él. Además, quiero visitar la

cocina antes de empezar a trabajar allí porque eso me ayudará a imaginar cómo será todo cuando me coloque la chaquetilla y me pierda entre fogones.

Carlo y yo nos miramos de vez en cuando y no puedo evitar preguntarme qué estará pensando. Imagino que se estará cuestionando si habrá elegido bien, si seré compatible con Amelia, si seré de ayuda o, por el contrario, se desatará el caos en el momento que ambas comencemos a trabajar juntas. La verdad es que no puedo afirmar nada con seguridad, pero me esforzaré al máximo porque el tiempo que esté en Giovanni's les deje a todos con buen sabor de boca.

—¿Nerviosa?

—No, expectante —confieso y seguimos unos minutos más, hasta que nos adentramos en el casco antiguo de Verona y el letrero del restaurante incrustado en la fachada llama mi atención.

—Ya hemos llegado. Bienvenida a Giovanni's.



10

EL MIEDO ATACA EN SOLEDAD

ABIGAIL

La oscuridad cae sobre mi nuevo apartamento envolviendo cada rincón en un manto de sombras que parece engullir incluso la luz más tenue. Estoy a solas, rodeada de muebles vacíos que me miran con indiferencia esperando a que les dé vida. Mis cosas aún siguen en Milán, Tania me dijo que no tardaría mucho en enviármelas, pero siguen sin estar conmigo y eso provoca que este lugar esté lejos de sentirse como un hogar.

Sentada en el sofá del salón, con una pizza a medio comer sobre la mesa del centro, el silencio me rodea recordándome lo sola que me siento. El sabor familiar de la salsa de tomate y el queso derretido no logra disipar la sensación de estar fuera de lugar y no pertenecer a este mundo que yo misma he elegido. Pienso en mi madre, en mis hermanas, y sus voces, que aún resuenan en mi mente, llegan a mí reviviendo las discusiones y las palabras afiladas que se clavaron en mi corazón cada vez que mencionaba algo sobre mi traslado a Verona. Saberme incomprendida me hizo daño, tanto, que al final se me abrió una herida que aún sigue presente dentro de mí.

Ahora, con la noche cerrando sus puertas a mi alrededor, siento el peso de la distancia como una losa sobre los hombros. La soledad se cuela entre las grietas de las paredes como fantasmas que me recuerdan lo mucho que echo de menos a mi familia a pesar de todo. No he dejado de preguntarme si he tomado la decisión correcta al venir aquí y alejarme de todo lo que conozco, y las dudas me asaltan como sombras voraces devorando cualquier certeza que pueda haber en mi corazón.

Con la mirada fija en el teléfono siento el impulso de llamarlas, de contarles cómo fue mi visita al restaurante, cómo fue mi reunión con Carlo y cómo me sentí al recorrer cada rincón de Giovanni's. Sin embargo, algo en mí me detiene, una barrera que me impide marcar sus números y abrirles mi corazón. No sé qué puedo contarles que no sepan, tampoco puedo explicarles cómo me siento en este momento. Así que, al final, me sumerjo en mis propios pensamientos, en ese torbellino de emociones que amenaza con hundirme. Tengo miedo de no estar a la altura del restaurante, la cocina es inmensa y abrumadora, y la responsabilidad de dirigirla ahora cae sobre mis hombros y sobre los de Amelia, una mujer que no conozco y que Carlo describió como estricta y perfeccionista.

Echando un suspiro fuera dejo la pizza a un lado y me levanto del sofá en un intento

por escapar de esta jaula que amenaza con aprisionarme. Camino hasta la terraza del apartamento donde el aire fresco de la noche me recibe con un abrazo que me pone el vello de punta y activa todos mis sentidos. Las estrellas brillan en lo alto, dispersas en el cielo nocturno, con la luna observándolo todo desde su lugar privilegiado.

Me detengo frente a la barandilla de hierro forjado de la terraza dejando que mis ojos se pierdan en el horizonte oscuro que se extiende ante mis ojos y, por un segundo, me llevo una mano al pecho sintiendo como palpita mi corazón bajo la yema de mis dedos. En momentos como estos echo de menos a mi padre, él siempre encontraba las palabras perfectas para calmarme; me estrechaba entre sus brazos y su seguridad se me contagiaba convirtiéndome en la mujer de hierro. Pero ahora...

—¿Estoy haciendo bien, papá? ¿Estoy en el camino correcto o me he perdido en algún desvío oscuro del destino? —le pregunto en un susurro mientras que una ligera brisa acaricia mi rostro, calmando los latidos de mi corazón.

Me encantaría tener todas las respuestas en este momento, despejar las dudas y los miedos, pero no puedo. Sé que no estoy sola, que él vive en mí y sigue siendo mi roca, mi refugio en mitad de las tormentas. Sin embargo, me encantaría poder tener a alguien que me sujete de las manos y me recuerde por qué elegí ser chef y por qué he decidido trabajar aquí.



11

LO QUE TENEMOS ENTRE MANOS

Verona. 1 de enero, 2022

El sonido de las cucharas y el aroma de las especias llenaban la cocina aquella mañana. No era un día cualquiera, era el primer día del año y aunque el resto del equipo estaba de vacaciones, la cocina de Giovanni's se encontraba más viva que nunca. Amelia y Anne estaban allí, como cada año desde que se convirtieron en compañeras, y no para tener una cita y disfrutar de su tiempo de descanso, sino para dar vida a algo especial para ambas: la carta del próximo año.

El restaurante, el lugar donde habían compartido innumerables risas, desafíos y momentos especiales, se había convertido en ese rincón del mundo en el que crear magia. Y tras haber experimentado una Navidad única, ambas se sentían con la energía suficiente para organizar y diseñar los platos que deleitarían a los comensales en los meses por venir.

Amelia, con su cabello oscuro recogido en un desordenado moño, estaba inmersa en la selección de ingredientes frescos y elaboraba una lista que iba anotando en una libreta. Anne, con su mirada centelleante y una pasión desbordante por los aromas y los nuevos sabores, removía el contenido de una salsa que se había inventado y cuyo aroma inundaba el aire con una fragancia tentadora.

—Estaba pensando que podríamos empezar con algunos entrantes sorprendentes. Algo que haga que nuestros clientes se emocionen desde el primer bocado —sugirió mientras probaba el contenido de la olla y buscaba una cuchara con la que darle de probar a su mujer—. No sé, podríamos incluir una mezcla de sabores que contrasten, ¿no crees?

Ella abrió la boca y cuando sus sentidos se bañaron de los sabores y aromas de la salsa que Anne había elaborado, soltó un suspiro y cerró un momento sus ojos.

—Esto está... —susurró buscando las palabras exactas para describirlo—. Podríamos servirla con marisco.

—¡Me encanta la idea! —Sonrió admirando el gusto de su mujer y después, acarició su mejilla regalándole una pequeña caricia—. Creo que sería un plato increíble.

La conversación fluyó con naturalidad. Ambas lanzaron ideas al aire, anotando aquellas que parecían útiles y mientras imaginaban cómo culminarían cada plato, compartían risas y muestras de cariño. El amor que compartían no solo trascendía a su vida personal, sino que también se reflejaba en la pasión que ponían en su trabajo. Eran mucho más que un matrimonio, juntas formaban un gran equipo y los que las conocían lo sabían bien.

—¿Recuerdas el sabor de la carne asada que preparó tu madre por Nochebuena? —preguntó mirando a Amelia con curiosidad—. Creo que deberíamos añadir algo así al menú. Podría ser cordero, quizá ternera. No lo sé, pero estaría bien usar esa carne, mecharla y rellenar unos canelones.

—Estaría bien llenar nuestra carta con la esencia de los momentos que compartimos juntas, ¿no te parece? —Se dedicó a anotar los ingredientes que había usado para la salsa que acababa de elaborar—. No sé. Últimamente he pensado que deberíamos compartir esa clase de felicidad con nuestros comensales, llevarlos de viaje a través de sus recuerdos.

—Pero nosotros hacemos alta gastronomía, cariño. —Levantó la mirada y puso su atención en su mujer—. No regalamos viajes.

—La comida no es solo una experiencia física, sino emocional. Debemos conseguir que cada bocado cuente una historia, que emocione nuestro corazón —añadió Amelia sin más—. Aún recuerdo cuando era una niña y mi madre me llevaba a comer gofres. Ahora siempre que los como, me acuerdo de esos instantes. La cocina siempre debería ser así.

Entre ellas estas diferencias eran constantes. Una había crecido sin el apoyo de la familia mientras que la otra había compartido instantes con ellos que se habían quedado grabados en su mente y su corazón. Amelia creía que la cocina podía representar mucho más que una conjunción perfecta de aromas y sabores, pero Anne era mucho más realista y se centraba en aquello que se podía percibir a través de los sentidos.

La conversación se quedó en el aire y mientras afinaban los detalles sobre los entrantes, todo tomó un giro más personal.

—¿Alguna vez has pensado en formar nuestra propia familia? —preguntó Amelia mirando a su mujer con una chispa de emoción en sus ojos. Ya llevaban más de dos años casadas y cuantos más días pasaban, más necesidad sentía de no ser solo dos—. Sé que es una locura y que nuestro trabajo apenas nos deja tiempo, pero...

—He pensado mucho en eso. A veces me imagino un hogar repleto de amor, pero ya sabes... —confesó encogiéndose de hombros—. No sé si estoy preparada para eso, ¿a ti te gustaría ser mamá?

La observó y, durante unos segundos, la pregunta resonó en el aire creando un silencio momentáneo que las rodeó a ambas. Después de tanto tiempo juntas era la primera vez que habían tratado un tema así, y claro que ella quería ser madre, soñaba con serlo y con ver a sus hijos corriendo por los viñedos de su familia como lo hizo siendo niña.

—Sí, me encantaría. Sospecho que es porque he crecido en una gran familia...

—Supongo que sí. —Se movió a su alrededor echando un vistazo a la carta del restaurante los años anteriores. No quería repetir platos o sabores—. De todas maneras, ni siquiera tenemos tiempo para respirar, ¿te imaginas cómo sería todo?

—Me lo imagino y...

—Sé que sería bonito tener hijos, pero... —Dejó lo que estaba haciendo para acercarse a su mujer y rodearla por la cintura—. Mira todo esto. Tenemos todo lo que necesitamos, somos felices.

Amelia llevó la mirada a su alrededor y, al final, desechó la idea de seguir hablando del tema para centrarse en su mujer y en lo que sentía por ella. Anne tenía razón, era feliz, tanto, que no le importaba nada más que permanecer a su lado y disfrutar de esa aventura que empezaron a vivir juntas desde hace demasiado tiempo.

—¿Te he dicho ya cuánto te amo? —preguntó acariciándole la mejilla.

—Me lo dices continuamente. —Levantó una ceja y después, se acercó a besar los labios

de su mujer mientras que rodeaba su cuello con los brazos—. Pero será mejor que nos dejemos de meloseos y nos dediquemos a lo que importa de verdad.

—¿Y lo que importa es...?

—Lo que tenemos entre manos. Giovanni's nos necesita.

Soltó un suspiro y, al final, cedió de nuevo, dejando que Anne continuase con el trabajo que hacían, arrastrándola a ella también a seguir adelante con la labor que tenían entre manos.



12

EL BAÚL DE RECUERDOS

AMELIA

Verona. 10 de enero, 2024

El sol del mediodía se filtra a través de las ventanas del restaurante arrojando sombras y luces sobre el bonito suelo de mármol rojo que hay bajo mis pies. Aún recuerdo lo mucho que nos costó a mí y a Isabella elegir el color, la de tardes que pasamos entre muestras y las discusiones que tuvimos. Carlo decidió desentenderse entonces con la excusa de que a nosotras se nos iba a dar mejor, pero pasamos meses intentando dar con un diseño que nos gustase. Cuando murió mi padre, ambas estuvimos de acuerdo en que Giovanni's necesitaba un lavado de cara, y aunque nos volvimos un poco locas, todos nuestros esfuerzos tuvieron sus frutos tras su reapertura. Alquilamos el local de al lado y así, pasamos de tener un par de salones a tres, divididos por niveles y también por las necesidades del cliente. Aumentamos el tamaño de la cocina, empleamos a más personas y contratar a Anne nos ayudó a que el nivel culinario aumentase. El nuevo estilo le dio carácter y, al final, cada pequeño detalle trajo consigo una crítica que lo convirtió en uno de los locales más famosos de la ciudad y también del país.

Ahora, mientras camino entre las mesas y acaricio la mantelería con la yema de los dedos, los quince años que he trabajado aquí se me quedan muy lejos y han acabado transformándose en una nebulosa de recuerdos que cae como una tormenta de meteoritos sobre mí. Quisiera no sentirme magullada, dolorida y cansada; pero cuantos más pasos doy y más recorro este sitio, más noto que no soy yo. Siento que se llevó consigo parte de lo que yo era, incluso mis fuerzas y mis energías para seguir trabajando al frente de su cocina.

A una semana de haber empezado el mes de descanso que tanto ansiaba y necesitaba, me encuentro en mitad de una pesadilla de la que no puedo despertar. He tratado de hacer otras cosas, como salir de casa, caminar, recorrer los viñedos o visitar a algunos amigos. Pero, a pesar de mis esfuerzos desesperados por encontrar algo que me devuelva la felicidad que sentí aquí, todo ha sido en vano y me encuentro tan desilusionada que ni siquiera tengo ganas de respirar.

Tras varios días enfrentándome a mis propios demonios, de dar vueltas y vueltas en mi mente tratando de buscar una salida a este laberinto, he decidido enfrentarme a mí misma. Después de la conversación con Carlo me ha quedado claro que aún confía en mí, que me necesita para enseñar a la chica nueva a no tropezar y caer a la primera de cambio; no pude

confesarle que me veo incapaz de hacerlo, que Anne era mejor que yo en eso, así que he decidido hacer lo imposible y visitar la cocina de Giovanni's otra vez, a la espera de averiguar si todo lo que estoy sintiendo es fruto del vacío que ha dejado a mi alrededor o es que, en efecto, este trabajo ha perdido todo su encanto para mí.

Con las manos temblorosas empujo la puerta y me adentro en ese espacio del restaurante en el que he vivido años inolvidables. En otro momento del año el aroma de las especias y los ingredientes de varios platos me envolvería hasta despertar mis sentidos; pero ahora solo existe silencio, vacío y frío. Cierro los ojos regalándome la oportunidad de regresar en el tiempo y, de repente, las voces y las risas que una vez llenaron este espacio golpean contra mí provocando que mi corazón lata con fuerza en mi pecho. El restaurante que una vez fue mi refugio y zona feliz, ahora es un baúl lleno de instantes y emociones de las que he intentado huir desde que vi a Anne tumbada en la camilla del hospital sin vida.

Esto ya no es lo mismo, no sé qué era lo que esperaba encontrar, tampoco qué es lo que estoy haciendo aquí. Este lugar que antes me llenaba de orgullo y de felicidad en estos momentos me hace sentir como una extraña fuera de lugar. Estoy tan perdida entre lo que fui y lo que soy ahora que me da miedo pensar que estaré condenada toda la vida a vagar por aquí sin sentir la emoción y la pasión que una vez me impulsaron a hacerme cargo de este lugar.

Un sollozo se me escapa de entre los labios rompiendo el silencio de la cocina, resonando en las paredes vacías de mi alrededor y, sin más, me dejo caer de rodillas sintiendo cómo las lágrimas brotan de mis ojos y resbalan por mis mejillas. Ya no puedo más, ya no puedo contener el peso de mi angustia y no puedo seguir luchando contra esta corriente de sentimientos que amenaza con arrastrarme hasta lo más profundo de mi oscuridad. No soy fuerte, nunca lo he sido, me enfundé una coraza y con el orgullo de mi juventud me propuse cumplir con las expectativas que habían puesto en mí; pero ahora eso ya no existe, todo mi mundo se ha venido abajo y me he convertido en una persona que no sirve para nada.

Necesito ayuda, necesito que alguien me sujete y me diga que todo va a estar bien, que volveré a encontrar mi camino y que todo lo que está ocurriéndome ahora pasará de largo. Isabella tenía razón al decirme que no puedo ocultarlo, que todo el mundo se rompe, que nadie es de hierro y, por eso, cuando escucho la puerta abrirse a mi espalda, sé que ha llegado el momento de hacerlo.

—¡Joder! ¿Se puede saber qué haces aquí en medio tirada!? —La voz de mi hermano provoca que de un brinco sobre mí misma y que, al girarme, él se dé cuenta de mi estado—. Lia... —En cuestión de minutos sus brazos me rodean por completo y lo que no he hecho durante meses se produce en ese instante. Llora, lo hago mientras me ahogo en mis propias lágrimas, lo hago mientras tiemblo y la frustración se convierte en temblores, lo hago hasta que no me quedan lágrimas y se me escapan las fuerzas a través de la piel.

Porque sí, nunca he sido fuerte y ahora... ahora me he dado cuenta de que era ella la que me sujetaba y provocaba que no me cayese redonda al suelo.



13

HAY AROMAS QUE TE LLEVAN DE REGRESO A CASA

ABIGAIL

A través de la ventana de mi cocina puedo ver una pequeña parte de Verona iluminada por las luces que ya se han encendido a la espera de la noche. El atardecer ha comenzado a desvanecerse hace unos minutos y las estrellas ya han comenzado a parpadear con suavidad en el cielo. Aquí dentro, en este apartamento que he empezado a llamar mío, las luces del salón proyectan sombras suaves sobre las paredes blancas creando un ambiente acogedor y reconfortante que, junto a la música que proviene de mi teléfono, llena cada rincón y me envuelve en ese abrazo suave y sereno que he necesitado desde que visité Giovanni's y me atacaron mis inseguridades.

Tras la visita al restaurante he tenido tiempo de reflexionar, de sentarme a hablar conmigo misma y de pensar todo en condiciones. Carlo me ha dado una oportunidad que no puedo desechar por miedo a no saber hacer bien las cosas; tener en mis manos la posibilidad de crecer profesionalmente, de aprender de una gran chef como lo es su hermana Amelia y de avanzar un paso más para hacer realidad mi sueño de abrir mi propio restaurante no llega todos los días, así que debo esforzarme y soltar toda la tensión.

Giovanni's es un lugar especial y emana un encanto único que te invita a quedarte tanto tiempo como desees. Su decoración, elegante y a la vez tradicional, hace que te sientas como en casa y aunque no he tenido la oportunidad de explorar a mi antojo la cocina, sé que allí crearé nuevas amistades y me enfrentaré a desafíos que me cambiarán como persona.

Esta noche he decidido quedarme en casa y aventurarme en la cocina por primera vez desde que llegué. No ha estado mal tomarse unas pequeñas vacaciones, pero, siempre que estoy preocupada y que no dejo de darle vueltas a las cosas, lo único que consigo calmarme es mantener las manos ocupadas y la mente puesta en lo que más me gusta hacer: cocinar. El aroma de la albahaca fresca y la nuez moscada flota en el aire despertando mis sentidos, llevándome en un viaje de regreso a casa y a las personas que quiero. A pesar de todas mis diferencias con mis hermanas, dejarlas en Milán está siendo difícil; sin embargo, sé que este es el camino que debo seguir para construir mi futuro y

para hacer realidad la promesa que le hice a mi padre antes de que muriera.

La salsa burbujea en la sartén tras haberle echado un buen chorro de vino blanco, o bueno, en este caso un prosecco de la zona. El vaho que se produce se baña en el aroma de los ingredientes y aumenta cuando echo dos cucharadas de queso ricota. El plato que estoy preparando esta noche es y siempre será uno de mis favoritos desde siempre. Los ñoquis con salsa de setas era una de las especialidades de mi padre, aunque yo la perfeccioné un poco al añadirle un par de ingredientes extra.

Cuando creo que está lista y en su punto, baño la pasta con la salsa y le doy unos meneítos para que se impregne bien; una vez que está a mi gusto, apago el fuego y me sirvo una generosa porción en un plato. La elaboración no culmina hasta que no dejo una yema de huevo cruzada en el centro del plato, dejo caer algunos trocitos de panceta ahumada tostada y rayo bastante parmesano por encima.

La música continúa fluyendo de fondo y acompaña mis pasos hacia la terraza. He decidido abandonar la calidez del interior de mi apartamento para disfrutar un poco de la noche, así que me siento en una de las tumbonas y llevo mi mirada al cielo en silencio. Una de las cosas que más me gusta de Verona es que pueden verse las estrellas con tanta claridad que parece que estés más cerca de ellas. Los ñoquis están deliciosos y mientras los saboreo, con una sonrisa en los labios, intento apartar de mi mente todas las cosas que me tenían inquieta y centrarme en cada uno de los sabores que estallan en mi boca.

Mi padre solía decir que la comida te lleva de viaje y, en este momento, yo me marchó lentamente a esas noches en las que él hacía este plato para nosotras. A mamá no le gustaba que él cocinase en casa, decía que ya tenía bastante con hacerlo a diario en el restaurante, pero él era feliz viéndonos disfrutar y creo que eso era lo que le daba una razón de peso para esforzarse en su trabajo.

—¿Puedo preguntarte qué le has echado a la salsa? —Mis ojos se desvían del cielo para buscar a la mujer que me ha hablado, y cuando me doy cuenta de quién es, mis ojos se abren de par en par—. Reconozco la albahaca y la nuez moscada, pero en la mezcla hay algo más que...

Asombrada al saber que el aroma de mi plato ha llamado la atención de mi vecina, llevo la mirada hacia el interior de mi apartamento y, sin decir nada, camino con el plato en la mano y busco otro cubierto que llevarme conmigo. No sé por qué pero siento curiosidad por saber qué piensa de él, por conocer si será capaz o no de descubrir qué ingredientes he usado para elaborarla.

—A ver si así puedes dar respuesta a tu incógnita —la reto una vez que pincho un par de ñoquis, los unto bien en salsa y se los doy a través del muro que divide nuestras terrazas.

Una vez que lo hago camino hasta sentarme de nuevo en la tumbona, mirándola con curiosidad. Sigo comiendo, pero ahora el cielo es lo que menos me importa; ahora parece muy diferente al ogro que me dio las llaves hace unos días. Ya no lleva el pelo alborotado, este cae negro y lacio hasta sus hombros y su mirada se esconde bajo unas gafas de pasta negra que afila un poco más sus rasgos. Diría que es mayor que yo por las arruguitas que se le forman en la frente mientras piensa, pero ese detalle pierde mi interés cuando nuestras miradas chocan y le dedico una sonrisa.

—¿Ya sabes lo que es? —pregunto interesada, lamiéndome mis labios para limpiármelos un poco—. No es demasiado compleja, la verdad. Hay salsas mucho más elaboradas, pero...

—Creo que ya lo tengo —confirma, y abro los ojos sorprendida—. Es obvio que has usado albahaca, nuez moscada, las setas, el queso parmesano, la yema de huevo, la ricota... —comienza a enumerar—. Pero puedo detectar que has usado algo de alcohol porque no lo has dejado reducir lo suficiente.

—Me gusta que las salsas tengan chispa —afirmo, y me sonrío.

—La cuestión es cual.

—Es sencillo —respondo acercándome a ella, brindándole la posibilidad de que coma un poco más de mi plato—. Tan solo tienes que pensar en lo que es típico de por aquí.

Mi vecina me mira y después, pincha un par de ñoquis más para llevárselos a la boca y disfrutarlos en silencio.

—No puedo creer que hayas usado un vino espumoso para cocinarte unos ñoquis —dice y, sorprendida, abro mucho los ojos a la vez que levanto una ceja—. No deberías usar un prosecco para esto.

—Un chef puede usar todo ingrediente que esté en su mano para hacer un buen plato —respondo llevando la mirada hacia la cocina—. Y si no me crees, visita el restaurante en el que trabajaré los próximos meses. El Giovanni's.

Mi vecina se me queda mirando en silencio y aunque quiero preguntar qué es lo que está pensando, decido mantener el silencio y esperar a que sea ella la que hable.

—Creo que te dejaré comer. Gracias por... esto, supongo.

—¡Espera! —exclamo—. No hay de qué pero... —Hago una pausa y llevo la mirada hacia la cocina—. Aún me queda un plato. Si te apetece...

—¿Me estás invitando a cenar?

—Eso he hecho. —Me encojo de hombros y le dedico una sonrisa—. Siempre me han parecido interesantes las personas que son capaces de detectar los ingredientes de un plato con tanta facilidad.

—Es un don adquirido con los años —dice y, tras un suspiro, lleva su mirada al cielo—. Bueno, creo que regresaré dentro. Disfrútalos mucho.

Con su respuesta soy consciente de que no vendrá a cenar, sin embargo, me pongo en pie y cuando me animo a preguntar por su nombre, ella desaparece tal como lo hizo la primera vez que nos vimos. Siempre me ha gustado causar efecto con mi cocina, que las personas se vean atraídas por los aromas que desprenden mis platos. Pero admito que esta vez me he sorprendido. Quizá porque no esperaba que mi vecina tuviese tan buen olfato, o quizá porque no esperaba que tuviese tan buen gusto.



14

ES LA HORA DE EMPEZAR A TRABAJAR

AMELIA

Verona. 11 de enero, 2024

Hoy he escapado de la soledad de mi apartamento cuando el sol aún no se asomaba por el horizonte. Y ahora, tras un corto paseo en coche, disfruto de la tranquilidad que se respira en los viñedos y del calor de los primeros rayos acariciando mis mejillas. Hace un frío horrible, el invierno parece haberse endurecido con el paso de las semanas, pero no me importa porque sentirlo filtrándose a través de mi ropa me hace sentir viva y presente en un mundo que meses atrás conocía bien y que se cayó a pedazos una vez que Anne murió.

Tras haberme derrumbado por completo en los brazos de mi hermano, ocultarle que no puedo más y que necesito ayuda fue imposible. Estuvimos hablando durante horas; le hablé de mis miedos, de mis dudas, de la ansiedad que me genera volver a Giovanni's, de qué es lo que siento cuando pienso en hacerme cargo del restaurante... de todo. Y aunque él me comprendió y no me juzgó, me pidió que pensase bien las cosas, que me tomase un tiempo para mí, para decidir qué pasos y en qué dirección los quiero tomar. Me prometió que no le diría nada a Isabella hasta que yo estuviese segura, así que tengo todo el tiempo del mundo para encontrar mi camino.

Por el momento, lo único que he descubierto es que el destino es demasiado caprichoso como para controlarlo; tiene un don especial para entremezclar las vidas de las personas y un efecto de choque que provoca que te sorprendas tanto como para plantearte si las casualidades existen de verdad. Anoche descubrí que mi vecina no es cualquier persona: es Abigail, la nueva chef que contrató Carlo para acompañarme en la cocina. Tengo que admitir que ha tenido buen ojo, la mezcla de sabores en una salsa como la que probé fue increíble y ha crecido mi curiosidad respecto a ella. Por suerte, a pesar de lo famoso que es Giovanni's, ella no me reconoció; así que he estado pensando en la idea de presentarme oficialmente como la mujer que a lo largo de los próximos meses la guiará en un mundo donde el caos no existe y la perfección es lo más importante.

El reloj marca las nueve de la mañana cuando busco mi teléfono en el bolsillo de mi abrigo y hago una llamada. Sé que Carlo espera que no sea dura, que me comprometa a hacer mi trabajo y consiga que esa chica, tan curiosa y risueña capaz de usar un prosecco como condimento para una salsa, se convierta en la próxima mujer que lleve la batuta en una cocina que años atrás me entregó los momentos más maravillosos de mi vida.

—¿Ya has desayunado? —le pregunto a mi hermano una vez que descuelga la llamada—. Estaba pensando que podríamos vernos. Le he estado dando una vuelta a lo que hablamos y...

—Aún estoy en la cama —me susurra y suelta un bostezo que se alarga por unos segundos—. ¿No te dije que tenía que viajar a Milán y que volvería bastante tarde?

—Mierda, ahora que lo dices...

—Ya no importa, ¿ha pasado algo? —pregunta a la misma vez que se despereza—. He quedado con Lydia para comer, pero podemos vernos si quieres.

—Ayer conocí a Abigail.

—¿Qué hiciste qué? —cuestiona con incredulidad—. Te dije que iba a ser yo el que...

—Resulta que es mi vecina. ¿Te lo puedes creer? De todos los apartamentos de Verona ha tenido que ir a vivir a mi lado —le explico en un intento por compartir mi sorpresa con él—. Ayer, después de darme un baño me vi atraída por el aroma de una salsa de setas que jamás había oído.

—Espera. Es demasiada información para tan pocos minutos —comenta y me echo a reír—. ¿Cómo es posible que seáis vecinas?

—Siéndolo. Pero eso no es lo que quería decirte.

—¿Entonces?

—Tienes que darme su teléfono —le digo en un intento por sonar de lo más tranquila—. Quiero quedar con ella. Y no como vecinas, sino como maestra y futura alumna.

—¿Quieres...? ¿Estás segura?

—¿Acaso hay alguien mejor para hacerlo? —pregunto levantando una ceja—. Si quieres que Abigail se haga cargo de la cocina de Giovanni's cuando yo me marche, debo saber si es la adecuada y si sirve para ello.

—Sabes que no me he equivocado a la hora de elegirla.

—Lo único que sé es que tiene buena mano —admito en voz alta—. Pero eso no es suficiente para convertirte en líder de un equipo que ha sufrido demasiado este último año. Quiero ponerla a prueba, ver cómo se enfrentaría a un examen sorpresa y qué resultados traería.

—Anne diría que estás loca... —medita en voz alta—. Pero está bien. Al final es tu deber —suspira profundamente—. Te enviaré su contacto por WhatsApp. Y, por favor, no seas demasiado dura.

—No lo seré.



15

TE VEO EN GIOVANNI'S A LAS NUEVE

ABIGAIL

Verona. 14 de enero, 2024

La mañana se abre paso y Verona brilla bajo los bonitos rayos del sol, tiñendo de color dorado las fachadas de los edificios que se levantan a un lado y otro de la calle. Una ligera brisa, más fresca que la de ayer, acaricia mi rostro y hiela mi nariz, y aunque otros dirían que es mejor quedarse en casa, tengo pensado hacer otra cosa: dejarme llevar por la magia de esta ciudad.

A lo largo de estos días me he dado cuenta de que Verona se muestra ante los ojos de aquel que no la conoce como un lienzo idílico cuya belleza no termina; pero para aquellos que, como yo, se dedican poco a poco a descubrirla, se presenta como un hechizo mágico que te atrapa e invita a quedarte para siempre. Van a ser muchos los meses que esté viviendo aquí y me gustaría poder decir que, al menos, he conocido los rincones que son patrimonio de esta bonita ciudad. En estos últimos días, y gracias al callejero que adquirí al poco de llegar, me he organizado un par de rutas.

La Piazza delle Erbe y la Torre dei Lamberti son mi primer destino, así que escondida bajo mi abrigo verde y mi bufanda me dejo llevar por el bullicio de los visitantes, las risas y el aroma de las flores frescas que emanan de los puestos del mercado de mi alrededor. Son muchas las personas que se encuentran comprando cosas del día a día, viviendo una jornada como cualquier otra a lo largo de la semana, mientras que yo me dedico a observar con detenimiento las frutas, las verduras, los puestos de especias y otros que llaman mi atención y frenan mi camino en alguna que otra ocasión.

No sé cuántos minutos pasan hasta que dejo atrás la plaza y me tropiezo con el escaparate de una pastelería tradicional repleto de dulces. Cualquier persona se vería atrapada por la montaña de *cannolis* rellenos de crema o los bombones de chocolate que a través del cristal parecen una obra de arte. Siempre me he considerado una golosa y la tentación es tan grande que me es imposible no calmar el repentino antojo de chocolate que siento.

El sonido de la campanilla al abrir la puerta resuena en el local y el aroma, una mezcla de azúcar y vainilla, me envuelve mientras mis ojos se pierden más allá de las vitrinas. Todo lo que tengo delante es exquisito, lo saboreo sin probarlo y, antes de que pueda decidirme qué llevarme conmigo, un hombre aparece tras el mostrador, recibíendome con entusiasmo

y una sonrisa que se me contagia inmediatamente.

—¿Ya sabes qué vas a desayunar hoy? —pregunta con amabilidad.

—Aún no me decido —respondo y él espera paciente a que lo haga—. Todo se ve delicioso... ¿los elaboran aquí? —pregunto con curiosidad mientras que me agacho a observar todos los pastelillos.

—Sí, son todos artesanales —comenta el hombre con orgullo—. Puedo darle uno para que lo pruebe si quiere —añade al ver que no me decido—. Los más famosos son estos de aquí: los de tiramisú, aunque también lo son los de crema.

—Creo que voy a llevarme de esos dos, sí. Pero no me ponga demasiados. Tres de cada estará bien. El pastelero se toma su tiempo y con tranquilidad, selecciona los mejores y los coloca en una caja decorada con una cinta de raso dorado. Yo espero paciente y, tras pagar, salgo del local llevando conmigo ese tesoro que va a convertir mi paseo en una experiencia mucho más dulce de lo que esperaba.

Con las ganas de devorar los *cannolis*, camino deprisa hasta que doy la vuelta a una esquina y doy con una calle peatonal que me invita a sentarme en un banco y darme la oportunidad de comerlos con tranquilidad.

—Veamos qué tal sabe esto... —murmuro sujetando un pastelillo con los dedos para llevarlo a mi boca y sentir cómo el hojaldre se rompe liberando la crema de tiramisú que estalla deleitándome con unos sabores que me llevan de viaje y logran que se me salten las lágrimas—. Oh, Dios mío... —exclamo cubriéndome los labios con una mano.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que decido que es momento de continuar con mi ruta, pero, cuando lo hago, la Piazza Bra se abre ante mis ojos revelando la Arena di Verona, un precioso anfiteatro romano que se alza ante los ojos de todos los turistas que nos agolpamos a su alrededor. Todos llevan sus cámaras y aunque yo no tengo una, decido buscar un rincón tranquilo para sacar mi teléfono e inmortalizar esta maravilla. A unos pasos de donde me encuentro, un violinista ameniza el momento y decidida a disfrutar de unos minutos más, me dejo caer sobre una pared y aguanto hasta que la melodía termina. Lo único que buscaba cuando salí de casa era disfrutar de una jornada de domingo cualquiera, pero está resultando ser mucho más significativa.

Cuando decido seguir con mi paseo, lo hago caminando hacia el río Adige. Las calles que recorro guían mis pasos revelándome fachadas repletas de balcones adornados con flores y pequeñas tiendas de suvenires en las que apenas me paro por miedo a llevármelo todo a casa. La orilla del río ofrece un paisaje que no dudo en fotografiar, con puentes de piedra que se reflejan en las aguas y un paisaje sereno que se mete dentro de mí calmando los nervios que me han atacado estos días atrás. Soy consciente de que mi labor en el restaurante será importante, pero debo ser la primera que confíe en mí misma y no pienso decepcionarme.

No sé cómo es que mis pies me llevan hasta la colina que pude ver desde la terraza de mi apartamento hace unos días. Aquí, desde los miradores del Castel San Pietro se puede ver cómo la mañana avanza y cómo las sombras se alargan pintando colores diversos sobre la ciudad. Este lugar es tan bello que ahora entiendo por qué Shakespeare decidió usarla para crear una historia de amor que todo el mundo conoce aunque no la hayan leído: Romeo y Julieta se enamoraron aquí, entre conflictos familiares y el deseo de seguir sintiendo un amor que los pilló por sorpresa a ambos.

Con la intención de quedarme aquí un poquito más, busco un lugar donde sentarme y dejar la mente en blanco durante unos minutos. Cojo el resto de los dulces y, tras un

mordisco, la suave crema de un *cannoli* se derrite en mi boca arrastrándome a un momento de paz que me invita a recuperar de mi memoria el recuerdo de mi padre. Él decía que viajar y conocer lugares hace que el oficio de chef sea mucho más interesante, mucho más rico.

El tiempo pasa por delante de mis ojos y, al echar un vistazo a mi móvil, me doy cuenta de que ya es hora de regresar a casa. Así que me lo tomo con calma, me doy media vuelta disfrutando del ambiente que ruge a esta hora de la mañana y, tras guardar los dulces que me quedan en el bolso, meto mis manos en los bolsillos del abrigo y comienzo a caminar.

Apunto estoy de cruzar el Ponte Pietra cuando un mensaje entrante vibra llamando mi atención. Pienso que será una de mis hermanas, sin embargo, cuando sujeto el teléfono y echo un vistazo, me doy cuenta de que no es ninguna de ellas. «Te veo en Giovanni's a las ocho», está escrito desde un teléfono desconocido y como imagino que será Carlo, que querrá verme por alguna razón, escribo una respuesta rápida que firmo con un emoji sonriente.

«Espero poder visitar la cocina esta vez», pienso y a la vez me sorprendo recordando perfectamente por dónde queda el restaurante. Mi estómago, a pesar de los dulces que he disfrutado, anuncia que es la hora de comer y, aunque todavía me queda para ello, no dejo de darle vueltas a lo que cocinaré hoy. Son varias las ideas que llenan mi mente, pero todas se quedan en nada cuando al llegar, no es Carlo el que me recibe sino otra persona que, al girarse, provoca que me quede sin habla.

—No puede ser verdad —digo con una sonrisa en los labios, intentando contener la risa por la sorpresa que el destino me tenía preparada—. Esto es increíble.

—Soy Amelia —añade levantando una mano—. La hermana de Carlo.

—Y también mi vecina. Ahora entiendo todo...

—Cosas de la vida. —Se encoge de hombros y echa un vistazo a su espalda—. ¿Vienes con ganas de cocinar?

—Siempre tengo ganas de hacerlo.

—Entonces, veremos si estás preparada para una pequeña prueba —responde sin más—. Para trabajar aquí tienes que ganarte la chaquetilla.

—Me encantan los retos y aún más sorprender a las personas —confieso y señalo hacia el interior del restaurante—. Vamos dentro, chef.



16

LAS COINCIDENCIAS EXISTEN

AMELIA

En enero la cocina de Giovanni's pierde su encanto ante el vacío y el silencio provocado por la ausencia del personal. Cuando el restaurante permanece abierto apenas hay hueco en los bancos o espacio que no esté ocupado por uno de los miembros del equipo. Todos tenemos el nuestro; la zona de las planchas, el área de los postres, los fuegos donde se elaboran las salsas y los salteados, el lugar donde están dispuestos los ingredientes para las ensaladas... Ahora todo eso duerme y lo único que está activo es la isla central, el lugar que he elegido hoy para ordenar una *mise en place* con la que Abigail podrá contar para elaborar uno de los platos estrella del restaurante; no me ha costado mucho elegirlos porque no es la primera vez que llevo a cabo este examen. La última fue Anne y aún recuerdo aquella mañana con una sonrisa. Ella y yo ya nos conocíamos pero después de aquello supe que quería ser parte de su día a día, de su vida. Pero hoy es una nueva jornada y no puedo permitir que entre en la cocina del restaurante sin poner a prueba sus habilidades.

Debo admitir que cuando Carlo me dijo que había contratado a alguien nuevo, jamás pensé que sería tan joven; no le he preguntado cuántos años tiene pero apuesto que está más cerca de los treinta que de los cuarenta. Todo apunta a que ha salido de la academia de cocina hace muy poco y que apenas tiene experiencia en un restaurante, así que eso me preocupa porque el equipo no puede permitirse tener un chef que no sepa lo que hace. Pero Anne me decía que debo dar siempre un punto a favor de la persona, dejar que se expresen, conocerla y después juzgarla. Y eso es lo que pienso hacer, si es que me lo permite.

Abigail camina en silencio tras de mí y aunque he querido romper el silencio que nos rodea, la verdad es que he preferido no hacerlo y permitir que esa tranquilidad se venga con nosotras. No es fácil para mí estar aquí. Verme avasallada por los recuerdos de mi mujer moviéndose por todas partes y por esos instantes que nos dedicábamos a querernos un poco más se siente como si me atravesaran el corazón con un cuchillo una y otra vez; pero hay que continuar, debo hacerlo y allanar el camino que deseo seguir a partir de ahora.

—Bueno, aquí está la cocina del restaurante —comento llevando las manos hacia el acero que brilla bajo las yemas de mis dedos. Como ves está ordenado para ofrecer comodidad a todo el equipo y evitar que nos crucemos unos con otros mientras se elaboran

todos los platos. Allí está la zona de servicio. —Señalo con una mano—. Es el único lugar donde coincidimos todos. La cadena de montaje del plato es una de las fases más importantes y por eso es tan amplia.

—Entiendo... —Se lleva una mano a su pelo y lo recoge tras su oreja en un gesto que no demuestra nerviosismo, sino tranquilidad.

—Tú y yo trabajaremos siempre aquí, pero para eso aún quedan unas semanas, así que... —susurro y tras buscar un mandil extra, se lo lanzo a Abigail—. Es momento de descubrir qué sabes hacer.

—¿No te fue suficiente con los ñoquis? —pregunta orgullosa—. Y yo que creía que te habían gustado bastante...

—Me gustaron mucho, pero quiero verte trabajar aquí —comento señalando la cocina—. No es lo mismo estar en tu casa que con un equipo de más de treinta personas hablándote, mostrándote, pidiéndote ayuda, errando en sus elaboraciones, etc. Aquí es donde se sabe si vales o no para este trabajo.

—¿Y dónde está el resto del equipo?

—Disfrutando de su mes de vacaciones —respondo y me encojo de hombros—. Tendrás que conformarte conmigo. Aunque no te ayudaré, lo harás tú todo.

—Está bien, ¿es un plato libre? —quiere saber mientras echa un vistazo a todo lo que hay preparado.

—No. Tendrás que elaborar uno de los platos estrella de este lugar: el *risotto* de azafrán con langostinos —comento a la vez que me apoyo en la isla—. Sé que posiblemente no lo has cocinado nunca, y no sé si lo habrás probado alguna vez, pero quiero que lo prepares y que te dejes llevar. No te preocupes por no saber la receta. Hazlo sin más.

—De acuerdo... —suelta un suspiro y, tras desprenderse del abrigo que lleva puesto y sujetarse el pelo con una goma, se coloca el mandil con una destreza que me deja con la boca abierta—. ¿Tengo un tiempo concreto?

—En absoluto. Todo el que necesites, yo estaré aquí por si necesitas algo.

—¡Pues manos a la obra! —exclama emocionada.

Los segundos empiezan a correr y Abigail comienza a moverse con rapidez por la cocina. Lo primero que lleva a cabo es la limpieza de los langostinos; la observo apartar las cabezas con las que espero haga el caldo que usará para cocer el arroz y quita las tripas con tanto cuidado que me recuerda a Anne por un instante. Intento regresar a mi realidad, centrarme en ella, en su forma de ser, de comportarse y en su gesto de concentración. Después elige las verduras: un puerro, una zanahoria y un calabacín, que trocea y añade a una olla de base ancha que contiene un buen chorro de aceite de oliva y que ya está en el fuego. No sé en qué momento ha conseguido dar marcha a todo, pero lo ha hecho y eso me obliga a echar un vistazo al reloj.

El aroma que desprenden las verduras se pone de manifiesto y aunque apenas ha comenzado a cocinar, mis sentidos ya se han encendido tanto como mis ganas de echarle una mano; ganas que creía que había perdido.

Los minutos continúan y a medida que avanza en la elaboración del *risotto*, noto como rompe la receta para añadir su toque personal; de todas las especias que tiene delante, elige, además del azafrán, un poco de pimienta rosa, cúrcuma y pimentón. Una mezcla explosiva que contrasta con su gesto relajado y esa rigurosidad con la que se mueve. Quiero preguntarle por qué ha elegido esas y no otras, pero, cuando estoy a punto de hacerlo, me dedica una sonrisa. Siento que se ha propuesto sorprenderme.

El tiempo pasa, la salsa elaborada con las verduras y las especias son trituradas para transformarse en una salsa suave que filtra y lleva de inmediato a la sartén. Ella espera a que burbujee y, una vez que lo hace, baja el vigor del fuego y echa el arroz; entonces decido acercarme para observar cómo se cuece el arroz.

—Ya le queda poco... —comenta mientras lo remueve y obliga al almidón a espesar la salsa—. ¿Tienes hambre?

—La suficiente para probar tu plato con todos los sentidos activos.

Mi repuesta provoca que siga trabajando. En una sartén aparte tuesta el azafrán que segundos más tarde cubre con aceite a la espera de que los aromas se expresen en ese líquido dorado. Mis ojos se mueven hacia una olla en la que sella los langostinos que pasan de verse grisáceos a rosados una vez que el calor los abraza, y aunque la mezcla de aromas es deliciosa, intento no verme sorprendida por ello.

—Vamos con el emplatado... —relata—. Primero colocamos el arroz... —susurra una vez que tiene dos platos delante. Colocamos los langostinos en forma de coronita. Y ahora, el toque final... —añade, y con una pequeña cuchara echa unas gotas de aceite de azafrán sobre la elaboración—. ¡*Voilà!* Plato terminado.

—¿Estás segura? —pregunto antes de disponerme a probarlo.

—Segurísima.

En silencio, camino hasta ponerme a su lado y después de abanicar con una mano el vaho que emana el plato, la miro.

—Vamos al salón. Allí estaremos más tranquilas y podremos charlar.

Dejo que sujete los platos y la acompaño para abrirle la puerta y permitir que salga hacia el salón. Me adelanto a su paso y la dirijo hasta una mesa colocada en uno de los rincones más bonitos de todo Giovanni's. Estoy deseando probar el *risotto*, sé que si Anne estuviera aquí también querría, así que eso me anima a desprenderme de mi máscara de seriedad y volver a mi actitud normal.

—Espero que te guste —comenta una vez que deja los platos sobre el mantel y se sienta en una de las sillas—. Mi padre lo cocinaba para mi madre. Ellos solían celebrar sus aniversarios con una cena especial en el salón de casa. Esto es el recuerdo de ese amor que compartían juntos y que nos inculcaron desde que fuimos niñas.

—¿Compartían? —pregunto con curiosidad.

—Mi padre murió hace bastantes años —responde con cierta melancolía bañando su voz—. Mi madre sigue viva, aunque no sé si recordará algo de aquella época.

—Lo siento mucho... —Me sonrío y señalo mi plato—. Pruébalo o se enfriará y ya no tendrá el mismo sabor.

Obligada a dejar la conversación, decido centrarme en lo que tengo delante. Lleno la cuchara con un poco de todo y cuando lo llevo hacia mi boca, mis papilas gustativas se ven sometidas a una experiencia que esperaba pero que no imaginaba. El *risotto* tiene una textura perfecta, pero la fusión de sabores es sublime. Abigail ha logrado algo excepcional, y mi interior lucha entre la sorpresa y la necesidad de mantener la compostura.

—Esto está... —murmuro secándome los labios con una de las servilletas—, sorprendente —admito revelando en mis palabras una pizca de asombro—. Odio decir esto pero mi hermano tenía razón al decir que eras buena —suelto con una pequeña risa—. Está sabroso, meloso y las verduras no rompen el sabor de los langostinos.

—Gracias. —Sonríe agradecida por mis palabras y, sin más, comienza a comer disfrutando ella también de una comida improvisada.

No sé por qué pienso en Anne en este momento, pero lo hago. Mi mente viaja al día que la sometí a esta misma prueba y en la que me sorprendí tanto como me ha sucedido ahora. Y en la que me enamoré de ella quizá más de lo que ya lo estaba. Ella decía que el corazón de un chef se gana a través del estómago y qué razón tenía.

—Por cierto, la otra noche me quedé esperando a que vinieses a cenar. —Abigail es la que se encarga de recuperar la conversación y de llamar mi atención—. Menos mal que tenía hambre y los ñoquis estaban deliciosos...

—¿Te los comiste tú todos?

—No iba a tirarlos. —Chasca con la lengua—. Odio tirar comida a la basura y como no aceptaste mi invitación, lo único que podía hacer era disfrutarlos.

Abro la boca y la cierro sin saber bien qué decir. Ella me mira, sé que espera que le dé una razón por la que no lo hice, pero decido restarle importancia encogiéndome de hombros.

—Quizá en otra ocasión —comento y sus ojos brillan—. Eso sí. Si usas el prosecco, que sea para bebérselo. Mi padre se echaría las manos a la cabeza si supiera que lo usaste para cocinar.

La tranquilidad del restaurante se rompe ante la risa de Abigail y, aunque apenas nos comenzamos a conocer, siento que su alegría y su energía devolverá a la cocina ese toque de brillo que tenía antes de que mi mujer muriera.



17

UNA PIZZA PAR ACABAR LA NOCHE

ABIGAIL

Verona. 16 de enero, 2024

Han pasado ya unos días desde mi prueba en Giovanni's y aunque sé que nada tiene que ver con lo que viviré una vez que el restaurante abra sus puertas, volví a casa con una sensación dulce y agradable. Supongo que también tuvo mucho que ver el hecho de que Amelia y yo seamos vecinas y que ya nos conociésemos de antes. Aún recuerdo su gesto de sorpresa cuando probó el *risotto*, la misma que pude ver en sus ojos la noche que apareció en la terraza arrastrada por el aroma de mis ñoquis. Me encantaría tener la oportunidad de contarle a mi madre todo lo que me está pasando estos días, hablar con ella de cómo me siento y de lo preocupada que estoy por no saber si lo está llevando bien y si se está adaptando a la clínica.

Cuando decidí dejarla en manos de profesionales, sentí que me estaba desprendiendo de ella y, a la vez, que me liberaba de un peso que con el paso de los meses me estaba hundiendo. Me encontré con una sensación extraña en el pecho, criticándome a mí misma por lo egoísta que estaba siendo, llorando porque no podía hacer frente a algo tan duro. Tania y Katy no tenían idea de todo esto porque no tenían que lidiar con ello a todas horas, y mis pensamientos y emociones se convirtieron en lo que provocó que se abriese una brecha entre nosotras.

Aún sigo sintiendo que no debería estar disfrutando de Verona con una sonrisa en los labios, que no debería estar pensando en el futuro con tanta facilidad, que soy mala hija por haberla dejado en Milán rodeada de personas que apenas la conocen. Y sé que no estoy sola en este mundo, que somos muchos los que entregamos parte de nuestra vida para el cuidado de nuestros familiares, pero eso no me alivia nada.

Verona se ha sumergido bajo los colores del atardecer y, por mi necesidad de llenar mi nuevo armario y dar algo de color a mi apartamento, he salido a dar un paseo para dirigirme a la zona comercial de la ciudad.

Con el paso de los días, he aprendido a no perderme entre callejones y a moverme entre ellos sabiendo qué dirección debo seguir para llegar a casa sin la necesidad del mapa, y eso ha hecho que comience a sentir que formo parte de todo lo que me rodea. Tenía miedo de no adaptarme, de que vivir aquí fuese más complicado de lo que lo está siendo y que, al final, la añoranza pesase mucho más que el interés por lo nuevo.

Apenas son las seis de la tarde y aunque no he comido temprano, he parado en una cafetería para encontrar algo de energía que ahuyente el cansancio que llevo arrastrando desde hace unos días. Aún no logro dormir del todo bien porque me está costando hacerme a la nueva cama e imagino que tardaré un tiempo hasta que mi cuerpo deje de pensar en pasado y se habitúe al presente que está viviendo. Sé que una vez que tenga todas mis cosas conmigo y que el apartamento deje de sentirse tan frío y vacío será diferente, pero por el momento no puedo hacer otra cosa.

Es la primera vez que recorro esta zona de la ciudad. Algunas personas ya caminan buscando un restaurante en el que sentarse para cenar y aunque yo no tengo pensado qué me llevaré a la boca esta noche, no puedo evitar darle vueltas y dejarme llevar por el delicioso aroma a pizza que se mueve a mi alrededor. En un intento por calmar ese antojo, me dedico a mirar los escaparates de las tiendas que aparecen ante mí invitándome a entrar y gastarme el dinero sin pensar en otra cosa que no sea renovar todo mi vestuario.

Con la curiosidad de saber qué encontraré más allá, me aventuro a recorrer el interior de una *boutique* admirando sus vestidos. Yo no necesito algo tan formal, pero siempre he creído que no está mal tener algo así en el ropero. No sé cuánto tiempo tardo en encontrar uno que me guste, pero cuando salgo de la tienda lo hago con una bolsa que contiene un precioso vestido verde esmeralda que espero poder usar en algún momento.

A medida que avanzo y me sumerjo en el bullicio de la ciudad, el aroma tentador del café recién hecho se mezcla con el perfume de las flores frescas de una floristería que no tardo demasiado tiempo en visitar; siempre me ha gustado tener flores frescas en casa y no me lleva mucho salir de su interior con un ramo variado que espero entregue algo de color a mi salón.

Cada tienda que llama mi atención, y que visito, es como una aventura en sí misma. Me pruebo unos pantalones vaqueros bastante cómodos, tres camisas y un par de jerséis. Después, añado a la compra ropa interior, dos pijamas, un abrigo, unas botas de las que me he enamorado nada más verlas y hasta un juego de pendientes. Al final, las bolsas se van acumulando y, agotada por su peso, decido sentarme en un banco a la rivera de una calle repleta de personas que disfrutan tanto como yo de esta tarde.

Debo admitir que no me importaría vivir en Verona toda la vida, entre sus calles estoy encontrando ese algo que necesitaba para no echarme para atrás y volver a Milán.

Tras unos minutos, sigo adelante explorando un comercio en el que compro algo de fruta, queso, embutidos, pan del día y mermelada. Una mezcla que será perfecta para mi cena de esta noche. Y, al final, cuando estoy segura de haber comprado suficientes cosas, decido emprender el camino de vuelta a casa.

No sé cuánto tiempo tardo en regresar, pero cuando estoy a punto de doblar una esquina de mi edificio, choco de frente con una persona en la que no pongo mi atención hasta que empieza a quejarse y su voz me es familiar. Ya es de noche y las luces de las farolas caen sobre ambas formando sombras sobre la acera.

—¿Amelia? —pregunto provocando que ella se fije en mí y que yo me dé cuenta de que he provocado que lo que va bebiendo se haya derramado por el suelo—. Siento haberte tirado el café, estaba algo...

—Ocupada, por lo que veo. —Señala mis manos y todas las bolsas que cargo conmigo—. ¿De compras? —pregunto mientras intenta secarse las manos con un pañuelo que se saca del abrigo.

—Es más que obvio.... —Me echo a reír—. Perdona, lo único que quería era volver a

casa y...

—Me alegra que estés disfrutando de la ciudad —añade acompañando el comentario con una sonrisa—. El tiempo se pasa volando y cuando menos lo pienses ya estarás en el restaurante con apenas unos minutos para respirar.

—¿Y tú? ¿Qué haces por aquí?

—Vengo de Giovanni's. Hoy han empezado a arreglar la vinoteca y le dije a Carlo que vigilaría las obras.

—Espero poder visitarla pronto —le digo interesada—. Me quedé con ganas de verla.

—Lo haremos pronto. Ahora tengo que vigilar que los obreros no muevan los vinos o rompan alguna botella —comenta a la vez que se coloca las gafas con un dedo—. Hay una colección de vinos bastante cara y sería un desastre si eso pasase.

A nuestro alrededor, algunas personas ya han tomado asiento en un restaurante y disfrutan de una cena bajo el cielo nocturno repleto de estrellas. Mi estómago ruge de repente y el hambre aparece de la nada, así que vuelvo a centrarme en ella de nuevo.

—¿Tienes hambre? —pregunto con curiosidad—. Se me ha antojado una de esas pizzas de allí. —Señalo el local de al lado y me encojo de hombros con suavidad—. Sé que podríamos cocinar unas mejores pero...

—Tienen una pinta deliciosa —comenta con una pequeña sonrisa atrapada en sus finos labios—. Apenas he probado nada desde hace varias horas.

—Pues deberíamos compartir una o dos... no sé.

—Me parece un buen plan.

Y así, con la noche cayendo sobre la ciudad, Amelia y yo nos atrevemos a disfrutar juntas de la magia y el encanto que Verona nos ofrece al anochecer. Porque aquí cada encuentro, cada casualidad, parece esconder una nueva oportunidad para ser un poquito más feliz.



18

¿CUÁL ES TU HISTORIA?

AMELIA

La cena ha ido tal como la esperaba. Las pizzas del restaurante Giancarlo's son de lo mejorcito de Verona y aunque me ha costado un poco soltarme, admito que su compañía me ha hecho disfrutar de esta inesperada salida. Ahora caminamos en silencio, la una al lado de la otra, sumergidas en nuestro propio universo y ajenas a lo que piensa la otra. No dejo de darle vueltas a lo que me comentó Carlo sobre ella, a que las recomendaciones sobre Abigail eran importantes, que las personas que la conocían dijeron que era una mujer única y que su historia con la cocina era entrañable. Yo apenas sé algunas cosas que ella me ha contado, pero siempre me ha interesado saber la razón que lleva a personas como ella a dedicarse de corazón a este oficio tan duro y exigente.

Mi historia con la cocina no tiene nada que ver con el amor, la pasión o el gusto por ella. Fui obligada por mi padre al ser la única a la que le gustaba; tenía el carácter para enfrentarme al ritmo frenético del restaurante y él creyó que con eso era suficiente. La realidad es que quería dedicarme a los vinos, desde niña me veía cultivando la uva que más tarde se exprimiría y maduraría en barricas, pero mis sueños fueron menos importantes que el legado y me vi atrapada entre los fogones. Debo ser sincera y decir que hubo un tiempo que no me importó, que aprendí a amar este oficio y a tenerle el respeto que se merecía; pero después de lo sucedido con Anne no quiero seguir con ello. No me importa admitir que estoy cansada, que ya no me llena o no me inspira.

—No te lo pregunté el otro día pero ¿has planeado alguna sorpresa para la carta de este año? —Abigail rompe mis pensamientos y me obliga a centrarme en ella. Me sabe mal confesarle que después de su prueba no he vuelto a pisar la cocina de Giovanni's, así que simplemente niego—. Lo preguntaba porque...

—La verdad es que no he pensado en nada —admito soltando un suspiro al final. No puedo ocultarle que mi relación con este oficio se está rompiendo, que me agota el hecho de ponerme un mandil y que no sé si mi situación va a mejorar—. Era algo que hacía con mi mujer antes de que... —Dejo las palabras colgando en el aire—. Y está siendo un poco difícil para mí volver con todo.

—Entiendo...

El silencio regresa y durante largos minutos seguimos caminando de regreso a casa.

Hablar de cómo eran las cosas cuando mi mujer estaba viva no es sencillo para mí, pero ella ha venido a Verona para ayudarme a conseguir que Giovanni's vuelva a brillar como lo hacía cuando mi mujer estaba viva, y le debo al menos un poco de sinceridad.

—Desde que Anne entró a trabajar al restaurante se propuso lograr que cada año fuese único —le explico con las manos sujetando un par de bolsas mientras la brisa fría de la noche acaricia mis mejillas—. Ella tenía esa clase de imaginación inagotable. Se marchaba a dormir con una idea que mejoraba cuando despertaba y tenía una libreta repleta de anotaciones —añado a la vez que me aseguro las gafas al puente de mi nariz—. Vivía solo para la cocina. Yo intentaba hacer planes de futuro con ella pero...

—Pero ella solo pensaba en el presente, en lo que debía hacer y en lo que más importaba en ese momento. —Abigail me mira a los ojos y yo, sorprendida, afirmo un par de veces—. Mi padre también era así y pasaba más tiempo en la cocina que en casa; para él estar entre fogones era su mundo, su vida, su gran amor. —Se ríe y recoge un mechón de su pelo tras su oreja—. Estoy segura de que ella era de la clase de cocineros que aman la cocina por encima de todo.

—Así era... —Niego un par de veces con la cabeza y llevo la mirada hacia la acera que hay bajo nuestros pies—. Yo la envidiaba y, a la vez, la adoraba. Era una mujer increíble. Siempre sabía qué hacer y cómo hacerlo, no se le escapaba nada.

—No creo que debas tenerle envidia. Estoy segura de que tú también eres buena en la cocina —se limita a decir a la vez que eleva la mirada y observa las estrellas—. A veces nuestra propia luz se ve opacada por la de las personas que nos rodean pero eso no quiere decir que no seamos especiales —comenta y me dedica una sonrisa en la que me quedo atrapada—. Quizá está mal decirlo, pero ahora que ella no está y que lo tienes todo para ti, es tu oportunidad de brillar.

Aunque me encantaría poder decirle a Abigail que Anne no era la clase de personas que parecía estar un nivel por encima de los demás, la verdad es que sí era así. Ella lo hacía de manera inconsciente, había estudiado mucho más que yo, sabía de técnicas de vanguardia, era más moderna y sus platos eran como un cuadro cuya perfección rayaba lo imposible.

Me dejo llevar por el silencio cuando estamos a tan solo unos pasos del edificio y permito que mi mente se quede en blanco para evitar que todos mis recuerdos vuelvan a desencajar las pocas piezas que he conseguido colocar en su lugar. Día tras día me propongo a mí misma superar este bache, empezar de nuevo, sonreír, disfrutar, aunque no siempre lo consigo y no siempre encuentro fuerzas suficientes para lograrlo.

—Debes saber que me dio un ataque de pánico el día que visité con tu hermano el restaurante —me confiesa con total naturalidad—. Sé que me vas a decir que lo que me espera va a ser duro, pero quería decírtelo porque no ha sido fácil para mí estar aquí y aceptar este trabajo.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Porque la familia a veces tira demasiado —responde sin dar demasiados detalles—. Y, aunque últimamente las cosas no van tan bien, estar lejos de mis hermanas y sobre todo de mi madre, me pesa.

—¿Y por qué aceptaste dejarlo todo y mudarte a Verona? —pregunto de nuevo dejándome llevar por la curiosidad.

—Bueno, aprendí a cocinar cuando apenas tenía cinco o seis años. Mi madre era enfermera y tenía turnos bastante complejos, así que mientras que mi hermana Katy se divertía en sus extraescolares, yo me quedaba con mi padre en su restaurante —explica con

ese sentimiento de melancolía brillando en sus ojos.

—Así que tú lo molestabas mientras él intentaba trabajar, ¿eh? —Con ese comentario, logro que Abigail rompa a reír y que, por primera vez desde hace meses, sienta ganas de hacerlo también—. Estoy segura de que tienes grandes recuerdos.

—Demasiados... —afirma, y después, tras un suspiro, aguanta un silencio que se rompe cuando vuelve a hablar—. Mi padre y yo éramos maestro y aprendiz. Yo no iba a visitarlo al restaurante, iba a estudiar, a aprender y, con el paso de los años, la cocina empezó a gustarme mucho más y me marché a París a estudiar.

—Menudo orgullo de hija...

—Menudo orgullo de padre —comenta con una sonrisa en sus labios—. Él era un hombre increíble —suspira y se encoge bajo su abrigo, haciendo sonar las bolsas que llevamos a cuestas—. Lo triste fue que después de regresar de París supimos que tenía cáncer, y todo pasó tan rápido que no hay día que no me arrepienta de haberme ido y no haber disfrutado con él de esos cinco años.

—Me temo que tu padre estará de acuerdo conmigo al decir que estabas forjando tu futuro —digo llevando una mano a su espalda en un gesto de apoyo—. Estoy segura de que él fue feliz al saber que su hija amaba tanto su oficio como para esforzarse y conseguir tener un título como ese. No todo el mundo lo consigue, ¿sabes? —añado pensativa—. Y que tú hayas llegado hasta aquí es gracias a él también. No te arrepientas de ello, simplemente sé feliz y haz que se sienta orgulloso de ti.

Cuando nuestras miradas se cruzan hay algo en mí que se desata y estalla brindándome una fuerza que creía haber perdido en los últimos meses. Pienso en mi familia, sobre todo en mi padre, en lo felices que éramos juntos en la bodega, en la de cosas que aprendí gracias a él. Sé que siempre quiso mi felicidad y aunque no comprendí su decisión de dejar el restaurante en mis manos, sé que no lo hizo a mal.

—Gracias por haber aceptado cenar conmigo.

—Ha sido un placer —respondo y, al llevar la mirada a las bolsas que cargamos entre nosotras, sonrío—. Lo creas o no, me alegra que estés aquí y que mi hermano te encontrase. Creo que lo harás bien en Giovanni's.

Abigail me sonrío y, de nuevo, me veo atrapada por ella. No sé qué es lo que me está pasando, ni por qué me siento tan cómoda a su lado cuando apenas nos conocemos. Solo sé que lo que he dicho es verdad y que ojalá ella crezca y se convierta en una gran chef con nosotros.



19

COCINAR ES EL ARTE QUE TE INVITA A RECORDAR

Milán. 14 de octubre, 2004

Aquella noche, la cocina del pequeño restaurante familiar bullía de actividad y, en medio de esa danza de aromas y sabores, Abigail, con apenas 10 años, se encontraba al lado de su padre, observándolo cocinar uno de sus platos favoritos.

Con una chaquetilla de chef que le llegaba por las rodillas y un gorro que amenazaba con caerse cada vez que se inclinaba, la pequeña no perdía detalle de cómo su padre se movía entre las estaciones de trabajo. El calor de los fogones, el sonido de los cuchillos y el burbujeo de las ollas y sartenes creaban un ambiente mágico que, para Abigail, transformaba el restaurante en su escondite favorito cuando su madre no estaba en casa y su hermana Katy no le prestaba atención.

—¿Quieres echarme una mano? —preguntó Paul terminando de dar forma a la masa que usaría para dar lugar a unos raviolis rellenos de su queso favorito—. ¿Recuerdas cómo se maneja el rodillo?

—¡Sí, papá! —Sus ojos brillaron con entusiasmo mientras observaba cómo su padre le cedía una porción de masa y juntos comenzaban a amasarla con los rodillos. Según su padre, el arte de cocinar no solo era una serie de recetas apiladas; era una forma de transmitir amor y crear recuerdos, y eso a ella le encantaba.

—Me gusta hacer esto, papá... —dijo la pequeña mientras intentaba seguir los pasos de su padre—. Cuando sea mayor seré cocinera como tú, te lo prometo.

Paul miró a su hija y, enternecido, decidió hacerle entrega de una de las enseñanzas que su madre le había mostrado a él cuando era apenas un crío.

—La cocina, Aby —habló mientras la masa se extendía bajo el rodillo—, es como una canción. Cada ingrediente es un instrumento, y nosotros somos los encargados de hacerlos sonar. No se puede hacer de cualquier manera, se debe seguir un compás porque solo de esa manera podrán transformarse en una melodía única.

Abigail, a pesar de su edad y de la complejidad de las palabras de su padre, asintió.

—Cada plato que creamos cuenta una historia —aseguró apartándole el pelo de su bonita cara— y, cuando se come, quienes lo prueban son capaces de conocerla y viajar por

ella.

A medida que avanzaban en el amasado, Paul enseñó a su hija la importancia de probar y ajustar los sabores para que todo estuviese delicioso. Él había elaborado el relleno, una mezcla de espinacas y ricota que se derretía en la boca y que tuvo su aprobado en cuanto él le ofreció una cucharada. Los aromas se mezclaban en el aire y la pequeña se dio cuenta de que con cada plato, su padre tejía una conexión con aquellos que tomarían asiento en las mesas del restaurante aquella noche.

Mientras que el padre marcaba los raviolis sobre la pasta y se permitía comenzar a darles forma, compartió anécdotas con su hija. Abigail, con ojos ávidos, absorbía todas esas historias como una esponja, soñando con tener la oportunidad de narrar sus propias experiencias; ella quería ser como su padre, sumergirse en la magia de cocinar cada día y elaborar platos que hicieran felices a las personas que quería.

—Recuerda que la cocina es mucho más que alimentar el cuerpo —explicaba Paul mientras removía la salsa—. Un buen plato puede transportarte a lugares lejanos, hacerte recordar momentos felices y, sobre todo, devolverte la felicidad cuando estés triste.

—Yo quiero que la gente sonría, papá.

—Eso es lo que más deseo yo, pequeña. —Abrazó a su hija con ternura y ella rodeó el cuello de su padre cuando la alzó del suelo—. Algún día, cuando seas más mayor y puedas alcanzar los fuegos, cocinaremos juntos. Te vas a convertir en una gran chef, lo sé, y todo aquel que se siente a tu mesa sonreirá feliz.

La jornada en la cocina del restaurante culminó con la presentación de un plato que parecía una obra maestra. Abigail, con la ayuda y guía de su padre, contribuyó a cada detalle en la presentación; y cuando la última orden se sirvió, padre e hija se encontraron en el centro de ese pequeño universo que los acogía. Paul sabía que de sus tres hijas, Aby era la única que había heredado de él la pasión por la cocina. Su conexión con ella era tan pura y especial que no pudo evitar imaginarla con unos cuantos años más, moviéndose a su alrededor como una cocinera de prestigio, con su chaquetilla, con esa sonrisa que tanto la caracterizaba y esa dulzura que la representaba.

En ese pequeño local fue donde ella descubrió que la magia existía y con su corazón rebosante de sueños, supo que su amor por esta profesión no era un simple antojo, sino que era un camino que estaba destinada a recorrer.



20

NECESITO QUE ME AYUDES

AMELIA

Verona. 18 de enero, 2024

Hoy he regresado a los viñedos de nuevo. Nadie sabe que estoy en casa porque después de todo lo que ha pasado estos días necesito un momento para mí, unos minutos para encontrarme con mi mujer allá donde esté. Ahora que han pasado meses desde su muerte y que mi futuro parece presentarse ante mí menos borroso y oscuro, empiezo a sentir que he estado haciendo las cosas mal. Cuando ella murió, pensar que nunca más volvería a verla fue tan insoportable para mí que no fui capaz de despedirme de ella como tocaba; abrumada, perdida y bloqueada por lo que había sucedido le dije que la amaba, que tuviese un buen sueño, pero nada de eso reflejaba como me sentía en ese momento.

Hay cosas para las que jamás te preparan en la vida. Una es para enamorarte; todo el mundo te habla de lo importante que es el amor, de las cosas bonitas que se sienten y de lo mucho que padeces cuando no eres correspondido. Otro es para decir “adiós” a la persona que amas a sabiendas de que jamás volverás a verla, tocarla, sentirla...

Ya ha pasado mucho tiempo desde que aquel accidente le arrebatase la vida y mi corazón sigue sintiendo lo mismo de entonces solo que con una pequeña diferencia. El amor no se apaga, no creo que desaparezca por mucho tiempo que pase o muchas personas que lleguen a mi vida. Sin embargo, ahora me siento menos perdida. Quizá porque sé qué es lo que quiero hacer. Quizá porque la llegada de Abigail ha despertado en mí las ganas de volver a sonreír.

Con las manos sobre la hierba húmeda por el rocío de primera hora de la mañana cierro los ojos y apoyo mi cabeza en el tronco del árbol. Los primeros rayos de sol ya bañan los campos y el canto de algunos pájaros ameniza esta visita que se ha convertido en una especie de terapia gratuita. He perdido la cuenta de cuantas veces me he sentado en el mismo sitio desde hace años; cuando murió mi padre regresaba para buscar consejos, confesar y soltar esa frustración que sentía a causa del trabajo. Desde que Anne murió comencé a verla como una forma de mantenerme conectada a ella, de regresar a casa, de encontrarme con esa parte de mí misma que ella me había robado y que ya no iba a poder recuperar. Hoy lo siento diferente, y sé que es porque no vengo a llorar, a decirle cuánto la extraño o lo difícil que se me hace estar sin ella. Estoy aquí para hablarle de ella, de la mujer que ocupará nuestro puesto en la cocina del restaurante y que tiene una sonrisa que me

envuelve como una manta cálida en un día frío como el de hoy.

Que Abigail sea mi vecina ha provocado que esté más pendiente de lo que ocurre más allá del muro de mi terraza. He descubierto que le gusta cantar, que suele cocinar más de lo que lo hago yo y que le encanta cenar bajo la luz de las estrellas. He intentado no parecer una acosadora pero de tanto en tanto me quedo en silencio escuchándola, disfrutando de los aromas que se filtran a través de las ventanas de su apartamento, de su voz y su risa cuando estalla en risas. No he dejado de preguntarme cómo nos llevaremos una vez que Giovanni's vuelva a abrir sus puertas y temo ser incapaz de ejercer bien mi papel de maestra porque a Anne se le daba eso mejor que a mí. Sé que debo confiar en que lo haré bien, en que ella será una buena alumna y que lograré que disfrute de su experiencia y del tiempo que se quede con nosotros.

Cuando abro los ojos el sol me roza las mejillas robándome una sonrisa que no le dedico a él sino al recuerdo de la mujer que lo fue todo para mí. Si mi mujer estuviese aquí conmigo en este momento me miraría a los ojos y descubriría todo lo que escondo tras ellos; nosotras no necesitábamos hablar y, aunque en alguna ocasión tuvimos alguna que otra pelea, siempre supimos encontrar un camino conjunto y avanzar.

Acaricio la hierba que hay bajo de mí cuerpo con suavidad y, por un instante, imagino que estoy tocándole las mejillas. Echo de menos su compañía, el calor de su cuerpo junto al mío, sus costumbres y manías, todo; pero así es la pérdida, un hueco que se te abre el pecho y absorbe todas tus energías hasta convertirte en un ser que no tiene fuerzas para continuar. Isabella tenía razón al decir que mi vida no se acababa porque a la vista está que el destino tiene preparado algo más para mí. Decidir que una vez que Abigail se establezca en Giovanni's me dedicaré a la vinoteca del restaurante ha supuesto encontrar una razón por la que despertarme cada día sin miedo a fracasar. Supongo que necesitaba soltar ese lastre, ese peso que no podía arrastrar conmigo.

—En cuestión de un par de semanas Giovanni's volverá a la carga y sigo sin ser capaz de elaborar una carta que esté a la altura de todas las demás —confieso llevando la mirada hacia el horizonte—. Sé que no estoy sola, que debería pedírselo a ella pero...

El aleteo de un par de pajarillos llama mi atención y me obliga a no seguir hablando. Me encantaría que me ayudase, saber si tiene alguna idea, descubrir qué guarda en su mente y si todo ello casaría bien con lo que significa el restaurante. Pero parte de mí siente que la estoy reemplazando de alguna manera y si no me desprendo de esta sensación tan extraña, no podré seguir hacia adelante.

—Supongo que sabes que Carlo contrató a alguien para que sea mi compañera en el restaurante —le cuento como si estuviera sentada delante de mí—. La verdad es que solo será un tiempo hasta que ella se acostumbre al equipo, pero Abigail parece tenerlo todo bajo control —medito en voz alta mientras que repaso una por una las veces que me he visto con ella—. Aún queda la prueba de fuego, ya sabes. Giovanni's no es fácil de manejar, a ti te costó mucho adaptarte; pero me gustaría que no se rindiese fácilmente, que disfrute de la experiencia de nuestra cocina.

En silencio, llevo mi mirada hacia las ramas de los árboles y suelto un pequeño suspiro. Abigail y yo apenas nos conocemos, pero puedo ver en ella las ganas de trabajar, de aprender, de ser chef. Además, presiento que sus deseos van más allá de encontrar trabajo, que forma parte de sí misma el demostrarse que puede con ello, que puede convertirse en lo que era su padre.

—Todo esto es bastante extraño —admito y me echo a reír—. Carlo me dijo que me

gustaría, que nos llevaríamos bien y ahora que lo pienso... —Me muerdo el labio inferior y me paso una mano por el pelo—. Odio tener que contarte esto porque siento que estoy rompiendo la promesa que te hice cuando me casé contigo, pero... hasta que la muerte nos separe, ¿no? —niego un par de veces—. Ella tiene algo que... —«Me encanta», pienso y decido ponerme en pie—. Sé que no necesito tu permiso, que desearías verme feliz, así que... —Suelto el aire que llevo dentro—. Solo te prometo que todo lo que haga a partir de ahora, lo haré pensando en mi bienestar, en el equipo y en todos los demás. Ninguno lo hemos pasado bien desde que te fuiste y se merecen una alegría, aunque eso signifique que alguien llene el vacío que dejaste.

En silencio coloco una mano sobre la corteza del árbol y cierro los ojos un par de segundos antes de volver a abrirlos. Me gustaría que Anne estuviese aquí, que me dijese que todo lo que estoy esperando que me diga para impulsarme a seguir hacia adelante; pero no tenerla me frena y convierte mis inseguridades en piedras, en baches, en socavones en los que caigo y debo levantarme.

—Deséame suerte y, por favor, ayúdame. Quiero que todo esto salga bien.



21

LOS PASOS HACIA ADELANTE SE DAN CON SEGURIDAD

AMELIA

Tras mi visita a los viñedos y haberle enviado un mensaje rápido a mi hermano, la mañana ha transcurrido frente a mis ojos con una belleza que no recuerdo haber visto antes. Un viento fresco acaricia mi piel y los rayos de sol, un poco más cálidos que de costumbre, invitan a pasear y recorrer esos lugares de Verona que siempre han estado ahí pero que nunca me he atrevido a descubrir. Si no hubiese quedado con Carlo para desayunar me perdería durante horas, pero hay algo que debo hacer y que no puede esperar más tiempo.

Conforme avanzo hacia nuestra cafetería favorita es inevitable frenar la nostalgia. Ese local está repleto de recuerdos bastante tiernos y de instantes que compartimos en familia y que ahora forman parte de nuestras vidas. Cuando cruzo la puerta sonrío porque sigue teniendo la misma magia de siempre; sus vitrinas están repletas de dulces que tientan a cualquier persona que pase por aquí y las mesas de mármol pulido reflejan un sol que se filtra a través de las cortinas blancas que ondean con suavidad a causa de la brisa que se cuele por ellas. Huele a café, a chocolate. Delicioso.

Las dudas en las que me sumerjo, se disipan cuando me doy cuenta de que mi hermano se me ha adelantado y ya se encuentra sentado en la mesa de siempre. Miro el reloj para cerciorarme de la hora y, con una ceja levantada, camino hasta la mesa.

—Sí que ha sido rápida la ducha —comento con gracia mientras que arrastro una silla y me siento en ella—. Y yo que pensaba que sería la primera en llegar.

—Ya ves que puedo correr cuando me lo propongo.

—Ojalá lo hicieses también cuando te necesito en Giovanni's —apunto recordándole esas dos horas que tardó en venir cuando empezó a filtrarse el agua en la vinoteca del restaurante—. ¿Cómo va todo? ¿Los obreros te tratan bien?

—Me están tocando las narices —afirma y se echa a reír—. Pero cuéntame, ¿cómo estás tú? La última vez me quedé bastante preocupado...

—Voy mejor —le digo con total sinceridad—. Después de lo que pasó, me liberé de bastante peso y empecé a verlo todo con otros ojos. Ahora creo que tengo las cosas más claras.

—Me alegra mucho saberlo —asegura y, tras buscar una de mis manos, me dedica una sonrisa—. Pero si alguna vez necesitas volver a llorar, ya sabes. Llámame antes.

—Lo haré. No te preocupes.

El silencio nos rodea una vez que aparece el camarero y se dedica a anotar el pedido. Hoy me siento más golosa que de costumbre y tras decidirme por un chocolate a la taza, Carlo opta por un café con leche y un *croissant* de mantequilla.

—Por cierto. No me dijiste para qué querías el teléfono de Abigail.

—Ah, bueno... —Me encojo de hombros y después, me echo a reír—. Necesitaba ponerla a prueba y la cité en Giovanni's.

—¿¡Que has hecho qué!? —me pregunta con los ojos abiertos como platos—. ¡Te dije que no la asustases! Que ya tendrías tiempo de saber si vale la pena o no.

—Cómo se nota que no has trabajado en una cocina en tu vida —digo dejándome caer sobre el respaldo de la silla—. Abigail es buena, y tienes suerte de haber elegido bien, pero... ¿te imaginas lo que hubiese pasado si fuese lo contrario? Todo el equipo depende de ella y si no lo hace bien...

—Puede pasar lo que pasó este año. Lo sé.

Carlo me mira a los ojos y tras el color caramelo de estos, puedo ver una pequeña disculpa por recordármelo. Sé que estuve a punto de cagarla, que faltó muy poco para que Giovanni's cerrase la temporada del año 2023 con malas críticas y me apena haber sido la causante de todo ello.

—Siento no haberos hecho caso a mamá, a ti y a Isabella. Ahora que ha pasado un tiempo y que lo he pensado todo fríamente me he dado cuenta de que teníais razón —confieso con total sinceridad a la vez que me coloco mejor las gafas—. Pero era algo que necesitaba hacer, algo que debía hacer por Anne y no me hubiese perdonado que todo su esfuerzo se fuese al garete por mi incompetencia.

—No fue incompetencia. Tu mujer se había muerto.

—Pero las cosas de fuera de la cocina deben quedarse fuera —le explico como si estuviese recordando una norma—. Y yo no pude hacerlo.

—Te exiges demasiado, hermanita. No sois dioses, ¿sabes?

—No, pero nuestro restaurante no es cualquier cosa —respondo y, tras un suspiro, decido quedarme en silencio un par de minutos. El camarero, que parece haber notado que es el momento perfecto, se acerca para dejar el desayuno sobre la mesa. De pronto, el chocolate se vuelve el centro de mi mundo, despierta todos mis sentidos y me hace sonreír como aquella niña que una vez fui.

—Hay algo que quería decirte... —Carlo, con un pellizco de *croissant* entre los dedos, me mira a la espera que continúe—. Sé que estos meses atrás te has esforzado muchísimo por ayudarme y por minimizar los problemas que causé. No te lo pongo fácil, pero quiero que sepas que será mejor a partir de ahora.

—¿A qué te refieres?

—Le he estado dando muchas vueltas a todo como me pediste y... —Le dedico una sonrisa—. Quiero ayudar a Abigail. Deseo que ella sea la nueva chef de Giovanni's.

—¿Pero? —Levanta una ceja—. Siempre hay un pero.

—En cuanto ella se adapte, me marcharé del restaurante y me dedicaré por completo a trabajar en la bodega —anuncio mientras muevo la cucharilla en el interior de la taza—. Isabella va a necesitar ayuda una vez que dé a luz. Así que es el momento perfecto para el cambio.

—¿Estás segura de ello?

—Mucho. Papá quiso que me hiciese cargo de Giovanni's, pero creo que ya he llegado a mi límite —explico—. Quiero dedicarme a lo que siempre he querido hacer. Para lo que estudié y aunque siempre estaré pendiente de lo que pase en el restaurante, sé que mi momento de despedirme ha llegado.

—¿Se lo dirás a mamá y a Bella?

—En algún momento, sí, pero por ahora quiero dedicarme a pensar en cómo haré para que Abigail se adapte lo más rápido posible. —Me llevo la taza a los labios—. Es una chica especial.

—¿Ah, sí?

—No sé si lo sabes, pero su padre fue chef hasta que murió —le cuento antes de darle un sorbo al chocolate y dejarme llevar por su delicioso sabor—. Ella cocinaba ya con él cuando tenía cinco o seis años, ¿imaginas algo más tierno que eso?

Carlo se me queda mirando y comienza a comer de su *croissant* sin apagar esa sonrisa pícara que se le ha quedado pegada a la cara. No quiero preguntar qué está pensando, ni qué se estará imaginando, pero intento que no se me noten los nervios al verme expuesta y me dedico a beber un poco más del líquido espeso de mi taza.

—Así que con Abigail todo va bien, ¿no?

—Todo va bien, sí —respondo—. Esta mañana estuve en la encina hablando con Anne, ya sabes.

—Espero que te haya dado una colleja por haber estado tan estancada hasta ahora. —Se echa a reír—. Para serte sincero me sorprende tu estado actual. Yo sabía que os llevaríais bien, pero no tan bien.

—Me pediste que no fuese un ogro así que eso hice. —Me encojo de hombros.

—Te gusta, ¿verdad?

—¡Qué dices! —exclamo al escuchar su pregunta—. Aún estoy enamorada de mi mujer. Hace meses que se fue, ¿cómo piensas que podría...?

—Hace un año que se murió, Amelia. Tienes todo el derecho a conocer a alguien y que te guste —me señala—. No eres de piedra y Abigail es un bombón, no me lo niegues.

—Bombón o no, ahora mismo no estoy para esas cosas.

—Siempre hay un momento para «esas cosas» —acentúa Carlo levantando una ceja—. Pero bueno, si tú dices que no, es que no. No te voy a insistir.

—Y te lo agradezco.

Con el chocolate llenándome la boca, silenciando mis labios y reduciendo mis pensamientos a nada, aparto la mirada de los ojos de mi hermano para centrarme en las personas que caminan por la calle. Me pregunto qué estará haciendo Abigail en este momento, si estará ocupada o si, por el contrario, no tiene nada bueno que hacer. Creo Carlo tiene razón al decir que me interesa, que hay algo en ella que me gusta y es por ello por lo que vuelvo a darle un sorbo a la taza.

—Abigail tiene suerte de tenerte a ti como maestra —asegura mi hermano—. Y no es que Anne no fuese buena, es que tú lo eres más.

—No seas tan adulator. Ella era increíble y tenía un don para enseñar a las personas —le digo sin más—. Cualquiera que pasase un par de horas con ella sentía deseos de convertirse en chef. Yo no tengo eso.

—Tú tienes un corazón gigante y eso te hace conectar con las personas.

—No es tan fácil abrirse, Carlo... —Suelto un pequeño suspiro—. Te hace débil y, a

menudo, frágil y...

—Te hace persona y creo que tú eres una mujer maravillosa.

—Y tú el mejor hermano que existe —le digo y cuando nos miramos a los ojos, nos quedamos en profundo silencio, meditando sobre esta conversación que aún no ha terminado y que estoy segura seguirá en mi mente a lo largo del día.



22

¿TE APETECE QUE CENEMOS JUNTAS?

ABIGAIL

Verona. 20 de enero, 2024

Han pasado ya cuatro días desde la última vez que Amelia y yo disfrutamos de aquella cena improvisada, y desde entonces, no nos hemos visto ni tampoco coincidido. Me pregunto cómo le estarán yendo las cosas, cómo irán las obras por el restaurante y si ya ha logrado establecer esa carta que me muero de ganas por conocer. Me encantaría tener la oportunidad de ayudarla, de comentarle algunas cosas que se me han venido a la cabeza en estos días; mi padre tenía siempre una pequeña libreta en la que apuntaba todas sus ideas y aunque no la tengo conmigo, sí que recuerdo unas cuantas recetas que pueden interesarle.

Con el teléfono en la mano y un mensaje a medio escribir, suelto un suspiro y dejo que mi mirada se pierda en la imagen de la ciudad a través de la ventana del taxi. Hoy he decidido visitar unos grandes almacenes situados a las afueras con el fin de encontrar algo que me permita decorar mi apartamento. He hablado con Tania un par de veces y aunque le he pedido en todas ellas que me envíe de una vez mis cosas, estas siguen sin llegar; presiento que lo está haciendo adrede, que tanto ella como Katy quieren que me sienta fuera de lugar, que no me encuentre cómoda y que regrese a Milán lo antes posible. Pero lo que no saben es que ya he empezado a creer que Verona es mi hogar.

El sol brilla en lo alto iluminando el bonito cielo azul mientras que el taxi avanza circulando por la ciudad. He escrito una pequeña lista con algunas de las cosas que quiero comprar; hay algunos muebles que quiero añadir a aquellos que venían con el alquiler del apartamento y he pensado que un baño de color haría que las paredes blancas adquiriesen personalidad. Creo que me estoy volviendo un poco loca pero es que estoy cansada de la sensación de vacío que me rodea cada vez que regreso a la que es mi casa.

Desechando la posibilidad de encontrar las palabras para enviar el mensaje que quiero, me doy por vencida y busco el número de la clínica donde está mi madre. Me llevo el teléfono a la oreja y me acomodo a la espera de que alguien me responda.

—Clínica St.Marie, ¿dígame? —responde una mujer cuya voz me parece la más dulce y bonita que he escuchado en años—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Soy Abigail Balletti, la hija de Louise —digo con una sonrisa en los labios—. Me gustaría hablar con la enfermera que se encuentra a su cargo, ¿sabe si está libre?

—Sí, espere un segundo que lo compruebe.

La llamada se queda en silencio y mientras que los segundos pasan, mi mente vuelve a conectar con Amelia y un pequeño suspiro se me escapa de los labios.

—¿Señorita Abigail? —La voz de Catalina se abre paso a través de la línea—. ¿Deseaba hablar conmigo?

—Sí, es para saber cómo está mi madre —le explico pasándome una mano por el pelo—. Perdona por llamarte, es que estoy viviendo fuera de Milán y bueno, ya sabes cómo son estas cosas.

—No se preocupe. Su madre, dentro de lo que cabe, está bien —dice y sonrío levemente—. Hace unos días tuvo una pequeña recaída pero ahora se encuentra perfectamente.

—¿Ha vuelto a ponerse agresiva? —pregunto—. La última vez en Nochebuena fue... —suspiro—. Me preocupa que os lo esté poniendo difícil.

—No debe preocuparse por eso. Aquí estamos preparados para estas cosas.

—Lo sé pero... —Me masajeo la frente, recordando los últimos momentos compartidos con mi madre antes de que decidiese ingresarla en la clínica—. Solo deseo que ella esté bien, pero también vosotras. Sé lo difícil que es y aún más teniendo en cuenta que no es la única persona con alzhéimer que cuidáis.

—Su madre está bien, se lo prometo.

—Muchas gracias por todo —le digo y después, sonrío.

—Cuídese mucho, señorita.

—Lo haré. —Y, sin más, termino la llamada.

Ansiosa por llegar y saber qué encontraré una vez que me adentre en el supermercado, dejo que el taxi continúe su camino mientras que me centro de nuevo en mi móvil y en lo que no acabo de escribir. No sé por qué se me dificulta tanto enviarle un mensaje a Amelia y mantener el contacto con ella; quiero saber cómo está, qué hace o...

Sin miedo a lo que puedan significar mis palabras, comienzo a teclear sin pensar demasiado en ello:

|| Abigail:

Quizá te sorprenda este mensaje, pero llevo unos días preguntándome cómo estás y... ¿cómo estás? Espero que las obras en Giovanni's vayan bien, y que hayas encontrado la manera de elaborar la carta. Estoy deseando verla, aunque... también a ti.

Cuando envío el mensaje, siento repentinamente que los nervios me atacan el estómago. No sé cuánto tiempo tarda el taxi en llegar a mi destino pero cuando lo hace, la ilusión se mezcla con la sorpresa provocada por la respuesta que recibo de ella.

|| Amelia:

Estaba pensando que podríamos hacerla juntas. A fin de cuentas, seremos compañeras, ¿estás libre esta noche? ¿Te apetece quedar para cenar y lo hablamos?

|| Abigail:

Estoy libre, ¿vienes a casa? Te prometo que no usaré prosecco para cocinar y que haré algo sencillo para cenar.

|| Amelia:

Es el plan perfecto. Estaré allí a las nueve.

Con su respuesta rondando mi mente, pago el viaje al taxista y comienzo a caminar

hacia el supermercado. Los cambios comienzan cuando una persona, de corazón, desea que se den y hoy, es uno de esos días en los que deseo que todo deje de ser lo que era para dar paso a algo nuevo. Ya no soy la misma chica que fui una vez, ahora soy otra y es el momento de permitirme ser feliz.



23

CUANDO LAS COSAS PASAN

AMELIA

Me quedan más de veinte minutos para que sean las nueve y desde que llegué a casa, no he podido dejar de darle vueltas a la conversación que tuve con Carlo hace un par de días y a las cosas que me dijo —y no le dije— sobre mi situación con Abigail. Lo único que tengo claro es que es demasiado pronto para pensar en algo más que una amistad; que me atrae, sí, pero que no estoy preparada para nada más, aunque mi hermano crea que es el momento perfecto y que solo debo dejarme llevar.

Sobre la isla de la cocina he preparado un par de carpetas con las últimas cartas que hemos servido en Giovanni's. He pensado que a ella le gustaría saber qué hemos estado sirviendo todos estos años en el restaurante para hacerse una idea de qué cosas son las que encajan con los comensales y cuáles no. Ahora que ella formará parte del equipo tengo la esperanza de su originalidad nos ayude a dar comienzo a una nueva etapa que traiga consigo cosas diferentes y emocionantes.

La primera vez que Anne y yo tuvimos que ponernos de acuerdo en esto pasamos semanas discutiendo. Ella era de esa clase de chefs que apuesta por el minimalismo, por la vanguardia, por las técnicas mágicas en la cocina; yo, al contrario que ella, siempre era de buscar sabores y presentar un plato con el que el estómago se quedase contento. Éramos muy diferentes, tanto que al final encontramos la manera de encajar y de formar un buen equipo fuera y dentro de la cocina.

Ahora no dejo de preguntarme cómo será compartir este instante con Abigail, si nos llevaremos bien o acabaremos sin ponernos de acuerdo en nada.

Con la noche cayendo sobre Verona, suelto un suspiro y decido sentarme en mi sillón favorito junto a la ventana. Tengo un par de minutos, así que decido hacerle una videollamada a mi hermano; necesito hablar con alguien para espantar todas mis preguntas y calmar un poco los nervios que me han sacudido estos días cada vez que me imaginaba la sonrisa de Abigail. No sé a quién quiero engañar, cuando las cosas pasan son así, inesperadas, y que me guste me ha tomado por sorpresa.

—¡Ey! ¿Desde cuándo utilizas tú WhatsApp? —pregunta una vez que acepta y veo su cara a través de la pantalla—. Dime que las obras de la vinoteca te están gustando porque si no, te juro que me arrancaré la cabeza —comenta y me echo a reír—. Por cierto, ¿qué te

parecería la idea de vender a los comensales una experiencia vinícola? Isabella me lo comentó ayer y le prometí que te lo diría.

—No le habrás comentado nada de lo que te dije, ¿no?

—¿Por quién me tomas? —pregunta él rodando los ojos—. Te prometí que no diría nada. Pero dime, ¿qué te parece la idea?

—Es buena. Sería una forma de dar a conocer el trabajo de nuestras bodegas al público —le explico a la vez que echo un vistazo al reloj—. Dile que lo mirará y que hará cálculos.

—De acuerdo, pero cuéntame, ¿por qué la llamada?

—Ah, bueno... Abigail y yo vamos a cenar juntas esta noche —le digo y le dedico una sonrisa nerviosa que se despeja una vez que me pongo en pie—. Vamos a idear la carta para Giovanni's juntas y...

—Y algo más que la carta espero. —Él se echa a reír y yo tengo ganas de darle un empujón por ponerme más nerviosa de lo que ya estoy—. Disfruta mucho y hazme caso, deja que las cosas pasen, hermanita.

—No dejo de darle vueltas a todo, ¿sabes?

—¿Qué es ese todo? —pregunta y me pongo a caminar por mi casa como si fuese un león enjaulado—. ¿A lo que pensaría Anne si supiera que te gusta otra chica o a tu decisión de dejarlo todo y dedicarte otra cosa? —Cuando llevo mi mirada al teléfono no sé qué responder y entonces, me paso una mano por el pelo y suelto un bufido—. Ella murió hace un año y sé que otras personas pueden estar llorando la pérdida de sus parejas toda la vida, pero a ti se te ha dado la oportunidad de conocer a alguien —me recuerda—. Y no deberías pensar siquiera en si estás haciendo bien o no. Sabes que ella querría verte feliz, y no te estoy diciendo que te enamores como una adolescente, pero sí que rompas con esa soledad que llevas arrastrando y te permitas disfrutar de la vida como todos los demás. Vais a ser compañeras de trabajo y creo que estaría bien que os conocierais un poco.

—Sé que tienes razón, pero...

—Deja de darle vueltas a todo y disfruta de la cita —comenta él con una sonrisa—. No creo que Abigail esté pensando en llevarte a la cama, así que volverás a casa sana y salva.

—Mira que eres idiota... —Y de pronto, los nervios se transforman en una risa que se me ancla a las mejillas hasta doler.

—Deja de pensar tonterías y pásalo bien —me anima poniéndose en pie—. Sé que habéis quedado por algo del trabajo, pero si no lo haces, te arrepentirás. En eso somos iguales, así que no seas tan idiota como yo.

—Está bien... —suspiro—. Perdona por molestarte a esta hora.

—Para eso estamos los hermanos. Llámame mañana y me cuentas —dice guiñándome un ojo—. Quiero saber el chisme completo.

—Lo haré. Pasa buena noche.

—Y tú.

La pantalla del teléfono se queda en negro tras nuestra despedida y antes de salir de casa para encontrarme con Abigail, me tomo un par de minutos para observar todo a mi alrededor. Ha pasado un año y ni siquiera me había dado cuenta de que las cosas de Anne siguen en el lugar en las que la dejó; un par de pendientes descansa junto a la fotografía de nuestra boda, su chaqueta favorita cuelga del ropero junto a la puerta y su ropa sigue entremezclada con la mía. Carlo tiene razón al decirme que he estado estancada, que estos meses desde que ella murió me he sumergido en una soledad que me impidió escapar de su recuerdo y de todo el dolor que sentía, pero sé que ha llegado el momento de decirle adiós

y comenzar de nuevo. Y no porque lo necesite, sino porque lo deseo.



24

CONFESIONES EN UNA NOCHE CUALQUIERA

ABIGAIL

Tras recibir el mensaje de Amelia he ido a comprar algunas cosas para la cena. La idea de pedir comida para llevar no me parecía correcta, así que pensé en darle una pequeña sorpresa y elaborar la *foccacia* especial de papá con la idea de acompañarla con queso, embutido, frutas y un delicioso tiramisú que está cogiendo frío en la nevera.

Mientras preparaba la cena, he tenido tiempo suficiente para recoger un poco el salón y recolocar un poco las cosas que compré hace unos días. Ahora, el apartamento ya es *mío*: huele a casa, a flores y a incienso. El toque de color de las almohadas y de los cuadros ha iluminado las paredes blancas y aunque no tengo mis cosas aún conmigo, siento que ya estoy en casa.

Afuera cae la noche y la luna se ha levantado en el cielo iluminando Verona con su luz plateada. He abierto un poco las ventanas para que corra el aire y el aroma del incienso no empalague demasiado; y mientras que espero a que llegue mi invitada, he decidido asearme un poco y cambiarme la ropa que he llevado puesta todo el día. Me ha costado elegir, pero al final he optado por unas mallas negras y un jersey de color rojo que combina con el color del pintalabios que llevo puesto.

Después de confirmar que tengo la cena lista, apago el plafón de la cocina para encender las cálidas luces del salón. Coloco mis brazos en jarras y observo a mi alrededor en busca de que todo esté perfecto; no sé por qué me importa tanto que las cosas no desentonen demasiado, pero es así, y si mamá estuviese aquí diría que todo esto se debe a que Amelia me interesa. Mucho más de lo que creo y de lo que puedo llegar a reconocer.

El timbre de la puerta me salva de sumergirme en un estado de nervios horrible y, una vez que abro, ella me sorprende con una botella de prosecco entre las manos y una sonrisa que me roba la mía. No puedo evitar mirarla de arriba abajo antes de fijarme en una pequeña carpeta que sujeta con su otra mano.

—No olvidarás lo del prosecco en la salsa de los ñoquis, ¿verdad? —le pregunto señalando la botella y me aparto para que pueda pasar hacia el interior—. Siéntete como en tu casa.

Amelia camina y, cuando llega al centro del salón y cierro la puerta, sus ojos chocan con la cena que ya está preparada y lista sobre la isla de la cocina. Me llevo una mano al cuello, intento sacarme de encima los nervios del momento y me muerdo el labio sin saber bien qué decir.

—¿Lo has cocinado tú? —pregunta, y yo afirmo antes de caminar hacia ella y llevarme un trozo de queso a la boca—. Tenía algunas horas por delante y... —Me mira y tras pestañear un par de veces, regresa la mirada hacia la cocina—. ¿Por qué una *focaccia* y no una pizza?

—Porque es algo que solía cocinar mi padre aquellos días en los que había algo que celebrar —respondo y me encojo de hombros, invitándola a tomar asiento—. Pensé que estaría bien dado que vamos a cenar juntas y...

«Podremos conocernos un poco más», pienso a la vez que me siento en el extremo del sofá, como si nuestra cercanía fuese algo prohibido o tuviese miedo de ella.

—Si hubiese tenido mis cosas, te habría enseñado los diarios de cocina de mi padre... —suspiro a la misma vez que coloco una de mis piernas bajo mi trasero sentándome sobre ella—. Había tantas recetas ahí que...

—Es una suerte que sigan existiendo —responde y yo afirmo un par de veces—. Estoy segura de que en esas hojas hay cosas maravillosas.

—Sí que las hay. Por suerte, alguna de esas recetas las tengo bien guardadas aquí. —Me golpeo suavemente en la cabeza—. Hay cosas que no se olvidan. Sobre todo las que han significado algo.

Se queda en silencio y aunque me gustaría preguntar qué es lo que está pensando, decido no hacerlo y levantarme del sofá.

—Bueno, ¿tienes hambre? —pregunto del tirón y me pongo en pie con rapidez—. Espero que te guste el queso tanto como a mí porque compré un poco de cada.

—¿A qué italiano no le gusta el queso?

—Es posible que haya alguno al que no le guste —comento mientras me dirijo hacia la cocina a por el picoteo que he organizado para ambas—. Ser de un lugar concreto no te obliga a que te guste todo lo que sea originario de allí. Por ejemplo, a mí no me gustan las almendras, el vino tinto...

—Eso es un sacrilegio. —Me señala con un dedo una vez que la coloco sobre la mesa—. ¿Cómo no puede gustarte el vino tinto?

—Creo que en mis treinta años no he dado con un tinto que me guste y no me dé escalofríos. —Amelia parece sumergirse en un pensamiento fugaz y después, me echa una mano para apartar la decoración de la mesa baja donde vamos a cenar—. Pero quizá, si lo encuentro, puede que cambie de opinión.

—Tendremos que buscar en la vinoteca de Giovanni's a ver qué encontramos —dice y se lleva una uva a la boca—. Cuando mi padre decidió incluirla en el restaurante, se hizo con una gran variedad de vinos. Así que puede que encontremos un afrutado que sea del gusto de tu paladar.

—¿Y abrir una botella solo por mí? —Niego con la cabeza un par de veces—. Déjala mejor para los comensales. Ellos la disfrutarán mucho más que yo —añado y, tras colocar lo que vamos a comer y dos copas sobre la mesa, me siento—. Pero sí que me interesa ver la vinoteca.

—Sigue en obras pero en cuanto arreglen las goteras y todo esté listo para la reapertura, podemos hacer una visita juntas —me propone y afirmo llevando la mirada

hacia la carpeta que hay apoyada sobre la mesa—. Tienes delante a una enóloga y bodeguera profesional.

—Y también chef —añado y ella pone sus ojos en mí antes de coger una porción de *focaccia*—. ¿Hay algo que no sepas hacer?

—Demasiadas cosas. Por ejemplo, preparar una de estas así de esponjosa. —Amelia la observa con curiosidad, culminado su gesto con un bocado con el que se llena la boca—. Y que encima está... —susurra mientras está masticando— buenísima.

—Me alegro. —Río y, mientras que me dedico a abrir la botella de vino, la miro con curiosidad a los ojos—. ¿Cuándo supiste que querías ser chef?

Me mira, se seca la comisura de los labios con uno de sus dedos y se deja caer cómodamente sobre el respaldo del sofá. La veo sumergirse en sus pensamientos durante unos minutos y cuando logra encontrar la respuesta, sonrío.

—Nunca supe que quería ser chef —admite y su respuesta provoca que me sea imposible apartar mi mirada de ella—. Acabé en Giovanni's porque mi padre dejó en mis manos el restaurante. A mí lo que me gustaba eran los vinos, pero...

—Pero hiciste lo que te empujó a hacer el corazón. —Me encojo de hombros—. Y eso no está mal. Yo también lo hice.

—Tú tuviste la suerte de crecer junto a tu padre —me recuerda y me llevo un poco de embutido a la boca—. Comenzaste a amar la cocina siendo una niña y es por eso por lo que eres... —Amelia no termina la frase y espero con curiosidad a que lo haga—. Es por eso por lo que eres perfecta para formar parte del equipo.

Cuando mi mirada choca con la suya, su sonrisa se me contagia inmediatamente. No sé por qué suspiro, pero lo hago, y la magia de ese instante de conexión se rompe una vez que ella sujeta la carpeta entre sus manos y me la entrega.

—He traído esto para ti. Pensé que te gustaría saber cómo fueron las cartas del restaurante los últimos años —me dice y pongo mi atención en el contenido—. Hay varias que fueron elaboradas por Anne, algunas que hicimos en conjunto y bueno... —Deja la frase en el aire y se apoya sobre sus rodillas—. Pensaba que podríamos idear la siguiente juntas.

—Estaba deseando que me lo pidieras...

—Ah, ¿sí? —pregunta sorprendida.

—Tengo muchas ideas en la mente y me encantaría compartirlas contigo... —Entonces, así como si nada, el reloj se paraliza y nuestras miradas vuelven a encontrarse—. ¿Te gustaría conocerlas?

—Me gustaría saber todo lo que ronda por esa cabeza tuya...

—Son demasiadas cosas —le digo levantando una ceja.

—Bueno, aún nos quedan horas hasta que nos marchemos a dormir.

Y así, sin más, me es inevitable sentir que la noche de hoy será eterna.



25

VERONA BAJO UN MANTO DE ESTRELLAS

AMELIA

Desde la terraza del apartamento de Abigail puedo sentir el frescor de la noche rozando mi rostro. Las luces de la ciudad se extienden ante mis ojos como un manto luminoso mientras que mi mente no deja de darle vueltas a lo que ha ocurrido en el interior de la casa. Carlo tenía razón cuando me dejó caer que ella me gustaba porque ahora, tras dos horas conversando con ella y alejada por completo de la cocina y de todo lo que tiene que ver con ella, siento el corazón cargado de unas emociones que creía que no volvería a sentir tras la marcha de Anne.

Me apoyo en la barandilla y dejo que el viento juegue con mi pelo mientras que cierro los ojos y mis pensamientos se enredan en un torbellino de confusiones y emociones contradictorias. Abigail ha despertado en mí un torrente de sensaciones que había olvidado, un remolino de sentimientos que me abruman y me confunden. Desde que la conocí con ese plato de ñoquis en la mano sentí una extraña atracción hacia ella, una que ni siquiera pude ver o comprender del todo, pero que ahora se ha vuelto más clara, más evidente.

En un momento como este no puedo evitar pensar en mi mujer. Después de este año tan duro en el que me he aferrado a su recuerdo como si fuese lo único que me quedaba, he llegado a sentir que ya no podía más, que todo me dolía y me pesaba demasiado como para continuar. Pero ahora, con la luna brillando en lo alto del cielo puedo notar que sigo viva y que mi corazón late con curiosidad, con necesidad y con alegría.

Abigail es diferente a Anne, pero también hay algo que las hace parecidas. Quizá sea la calidez de su sonrisa, o tal vez la forma en la que sus ojos brillan cuando habla. Sea como sea, hay algo en ella que me atrae de una manera que no puedo explicar, algo que me invita a querer conocerla un poco más y explorar cada rincón de su alma hasta perderme en su mirada.

El sonido de la puerta que se abre detrás de mí me saca de mis pensamientos, y una vez que giro la cabeza me encuentro con Abigail que trae consigo dos copas de vino. No sé si sabe que su presencia es capaz de iluminar incluso la noche más oscura, y que tiene el don

de arrancar del corazón de las personas eso que tanto duele y que impide avanzar.

—¿Todo bien? —pregunta ella con una sonrisa y esa voz que es lo más parecido a una caricia suave—. Siento haber tardado, el corcho se me resistió un poco.

—No pasa nada. Estaba echando un vistazo a las estrellas. —Aparto la mirada de sus ojos un par de segundos para volverme a centrar en ella—. Al final no hemos visto nada de la carta.

—Aún nos quedan unas semanas por delante para hacerlo, ¿no?

—Claro que sí... —digo a la vez que lucho por mantener la compostura mientras que un deseo repentino por besarla amenaza con desbordarse en mi interior—. Puedes quedarte la carpeta, echarle un vistazo y anotar las ideas que tengas. Así adelantaremos un poco.

—Lo haré, te lo prometo. —Abigail se acerca un poco más y choca su copa con la mía con suavidad. No sé por qué tiemblo, por qué soy capaz de sentir el calor de su cuerpo y percibir el dulce aroma de su perfume desde donde me encuentro—. Ha sido una noche increíble, y me alegra que te haya gustado la *focaccia*.

—Debes decirme la receta...

—Ni lo sueñes. —De pronto, nos quedamos paralizadas, observándonos a los ojos a la espera de algo que no llega. Puedo sentir que algo me impulsa hacia adelante, que el vello se me pone de punta y que mis deseos por besarla son aún mayores; pero no hago nada, simplemente me quedo donde estoy, mirándola en silencio—. Pero te enseñaré a hacerla tal como me explicó mi padre.

—¿No viene a ser lo mismo? —Abigail niega y un par de mechones caen sobre sus mejillas—. Sería como decírmelo, pero sin hacerlo en realidad.

—No, porque en una receta hay ingredientes que no puedes anotar de ninguna manera.

—¿Cómo cuál? —pregunto con curiosidad mientras le doy un sorbo al vino.

—Cómo el amor...

De repente, todo a nuestro alrededor desaparece y, por primera vez en mucho tiempo, desconecto del mundo para centrarme en ella y solo en ella. No sé qué pasa, ni por qué lo hago, pero sin previo aviso me inclino buscando sus labios con una urgencia que me sorprende a mí misma. Abigail responde con la misma intensidad, con sus manos aferrándose a mí como si temiera que desapareciera en cualquier momento. Pero justo cuando estoy a punto de perderme en el abismo de sus labios, el recuerdo de Anne se interpone en mi mente y me aparto bruscamente de ella, dejando un espacio frío y vacío entre nosotras.

—Lo siento —murmuro y suelto un suspiro—. No puedo hacer esto.

Me mira y, antes de que pueda seguir hablando, me coloca una mano en el pecho.

—Tranquila, ¿vale? Todo está bien. No pasa nada.

A pesar de sus palabras, siento el peso de la culpa aplastándome el pecho. No puedo explicarle lo que siento, no puedo hacerle ver que aunque ella me gusta y me atrae, mi alma sigue perteneciendo a Anne.

—Creo que será mejor que me vaya...

—Está bien, lo entiendo... —asiente lentamente y cuando le doy la copa de vino a medio beber, me dedica una nueva sonrisa que me deja sin aire—. No te preocupes por nada. Pasa una buena noche y, ya nos veremos, ¿de acuerdo?

Sin saber bien qué decir, la miro a los ojos un par de segundos y después, decido escapar de la terraza y alejarme de ella. Busco mis cosas a toda prisa como si algo me

persiguiera y cuando salgo de su apartamento para entrar en el mío y cierro la puerta, me doy cuenta de que he sido una estúpida por no dejar ir el pasado y darme la oportunidad de amar de nuevo.



26

MAMÁ NO DEJA DE PREGUNTAR POR TI

ABIGAIL

Verona. 23 de enero, 2024

Han pasado tres días desde que Amelia y yo nos besamos, y desde esa noche mi rutina de sueño ha cambiado bastante. Llevo varias noches sin dormir seguido, no dejo de darle vueltas a la situación y hoy, como ayer, me he despertado demasiado temprano. Me encantaría decir que esto me vendrá bien para adaptarme al trabajo, pero la verdad es que lo único que está consiguiendo es que parezca un mapache y que mi mente esté saturada de preguntas que no tienen respuesta. He sido incapaz de enviarle un mensaje, de tocar a su puerta para saber cómo está o simplemente ir a verla porque me apetece, y me he pasado los tres días aquí metida en un intento porque aparezca por la terraza y nos encontremos.

Aprovechando que la mañana es más soleada que de costumbre, he buscado la carpeta que trajo consigo aquella noche y me he puesto a leer todo lo que hay en su interior. He descubierto que los platos que se sirvieron a lo largo de los últimos años eran todos vanguardistas, con técnicas de última moda que se salen por completo del tradicionalismo y los sabores de la zona. Giovanni's es uno de los restaurantes más famosos de Verona y de toda Italia, pero yo no soy muy partidaria del minimalismo y eso me preocupa.

Conforme he leído todas las recetas y los ingredientes, y he observado las fotografías de los acabados, no he dejado de preguntarme cómo es posible que no haya nada que sepa a Italia en los platos. Comprendo que saturar una carta con pastas no es lo adecuado, pero hay otras maneras de hacerla valer y eso me preocupa porque me estoy dando cuenta de que las ideas que yo tenía no tienen nada que ver con lo que hay escrito en estos papeles.

En busca por dejar de darle vueltas a todo, decido ponerme con las cajas de la mudanza que llegaron ayer. Tenerlas conmigo ha conseguido que los muebles tengan algo de vida, que vibren con un poco de *rock and roll* a base de colores y objetos de decoración. Ahora sí que me siento como en casa. Tengo un nuevo y pequeño nido, una guarida a la que regresar para descansar; incluso la cocina ha adquirido otro aspecto al colocar algunas cosas que me traje de Milán.

Mientras que cargo conmigo una caja rumbo al dormitorio, pienso en mi madre y en lo mucho que me encantaría tenerla cerca. Echo de menos poder ir a visitarla, sacarla a pasear por el jardín de la clínica y contarle lo feliz que soy en este momento. Me gustaría poder hablarle de Amelia, decirle que una mujer guapísima de ojos negros me ha dejado tan

atontada que no he podido sacármela de la cabeza ni en sueños; pero debo admitir que ella está bien donde está y que la clínica es el lugar perfecto para que traten su enfermedad.

Cuando le detectaron a mi madre el mal de Alzheimer fue muy difícil de aceptar. Los primeros años fueron de negación. Recuerdo que Katy no dejaba de apuntar que mi madre seguía teniendo la memoria de siempre, que solo eran cositas sin importancia de la edad. Tania y yo sabíamos que esas pequeñas *tonterías* significaban algo mucho más grande y que debíamos estar preparadas, pero nunca me imaginé que sería tan duro ver como una simple enfermedad iba borrando poco a poco sus recuerdos, convirtiendo su cerebro en un manto blanco sin colores ni emociones.

Tras llegar a la habitación suelto un suspiro y dejo la caja sobre la cama. Abro las solapas y comienzo a sacar algunas fotografías que, poco a poco, adornan la cómoda y también las mesillas de noche que apuntalan mi cama. Hoy es martes, no sé si Katy tiene el día libre, así que decido echarme en la cama y llamarla. Sé que es muy posible que terminemos peleando como es habitual, pero ahora no me tiene cerca y, si me agota, puedo colgar y ya está.

Busco su número en mi teléfono y me acomodo para dejar que la llamada comience. Los tonos pasan, uno por uno y cuando creo que no me va a coger, descuelga y yo sonrío.

—Buenos días, Julieta, ¿ya has encontrado a tu Romeo? —responde arrancándome una risa por su estupidez—. ¿Te llegaron ya las cajas en condiciones? Tania me dijo que tuvo problemas con la empresa y que por eso no pudo enviártelas antes.

—Ya veo... —murmuro sin más—. Me llegaron ayer por la tarde —le digo apoyándome en mi brazo para colocarme de lado—. Y sí, está todo perfecto y sin rasguños. Dile a Tania que gracias por ser mi heroína.

—Se lo diré en cuanto la vea, ahora está con mamá en la clínica.

Extrañada por el comentario, me incorporo de la cama y llevo la mirada hacia una de las fotografías que tengo en la cómoda. La residencia en la que se encuentra ingresada mi madre solo abre las puertas para las visitas los fines de semana y cuando hay algún problema con uno de los pacientes.

—¿Ha pasado algo con mamá? ¿Ella está bien? —Se queda en silencio durante varios segundos y mi preocupación se eleva—. ¿Katy?

—Tranquila, ella está bien, es solo que...

—¿Qué ha pasado? —pregunto con insistencia—. Mira que si le ha pasado algo a mamá y no me lo dices...

—Tuvo otra crisis y mucho más fuerte que la anterior.

—¡Joder! —exclamo llevándome las manos a la cabeza—. Dime que al menos no le hizo daño a nadie.

—Empujó a una enfermera y la otra se llevó un par de arañazos, pero no ha sido nada importante.

—¿¡Que no ha sido importante!? —Me echo a reír con ironía—. Mamá está mal, Katy. Su cabeza... —Hago una pausa—. Su mente no está bien. No conoce a nadie, es incapaz de reconocer a las personas que han formado parte de su vida —le digo y suelto un bufido—. Los médicos ya me dijeron que en algún momento tendrían que sedarla y...

—No van a sedarla. Solo le darán unos calmantes, me lo han dicho.

—Mamá necesita descansar... —intento explicarle—. Necesita estar tranquila...

—Lo que necesita es estar en casa, pero es imposible porque tú no estás —me recuerda y sus palabras atraviesan el teléfono y se clavan como un dardo en el corazón—.

¿Sabes que preguntó por ti hace unos días? La enfermera que la cuida nos dijo que te llama a todas horas y que no deja que nadie le dé el desayuno porque está esperando a que se lo des tú.

De pronto, la tranquilidad que disfrutaba minutos atrás se pierde transformándose en un dolor de cabeza terrible. Saber que mi madre me recuerda, que no deja de preguntar por mí y que me está esperando no me hace bien, sino todo lo contrario. Si ya sentía que la estaba dejando sola, ahora con más razón siento que si me quedo en Verona la abandonaré por completo y eso me pesa demasiado.

—Creo que sale un tren hacia Milán a final de la tarde —comento sin apenas pensar demasiado las cosas—. Llegaré esta noche y mañana iré a verla. No puedo quedarme aquí mientras que ella está esperando que vaya a verla.

—Pero tu trabajo...

—¿Ahora te interesa mi trabajo? —pregunto con una ironía que jamás había usado antes para hablar con ella—. Nos vemos a la noche.

Cuando cuelgo la llamada miro a mi alrededor y, de repente, siento una extraña punzada en el corazón. Estaba segura de que esta sería mi oportunidad, que podría hacer realidad mis sueños, que esta ciudad escondía para mí un regalo impresionante... pero ahora todas mis ilusiones se han roto y no sé si podré seguir con todo esto.



27

UN AMANECER CON SABOR A CAFÉ

AMELIA

Verona. 25 de enero, 2024

Apenas queda una semana para que Giovanni's abra sus puertas, y después de lo que pasó con Abigail he decidido esconderme en el interior de mi apartamento. He tenido la intención de ir a verla, de contarle por qué razón me marché hace unas noches de su casa sin mirar atrás, de decirle que me gusta pero que siento que es demasiado pronto y que tengo miedo a cagarla y estropearlo todo. Carlo me dijo que debía permitirme ser feliz de nuevo, pero cuanto más pienso en lo que está pasando, más deseo encerrarme en mi propio mundo y desaparecer.

Llevo sentada en uno de los sillones del salón con un café entre las manos demasiado tiempo y empiezo a sentir que se me ha dormido el trasero. Los recuerdos de Anne no dejan de atravesar mi mente recordándome todas nuestras primeras veces y, a la vez, se mezclan con los instantes en los que Abigail se metió poco a poco dentro de mí; su plato de ñoquis, la primera vez que la vi sonreír, su gesto de concentración cocinando, su risa... No sé a quién quiero engañar ni por qué tengo tanto miedo, pero no puedo dar pasos hacia adelante cuando el pasado me pesa sobre los hombros.

El aroma del café me trae de vuelta a la realidad y tras dar un sorbo largo a mi taza, la apoyo sobre la mesa y me pongo en pie. Si quiero manejar las riendas de mi vida y permitirme dar pasos hacia adelante, debo desprenderme de todo lo que ya no está y ha quedado atrás; antes no me importaba tener sus cosas esparcidas por todas partes, pero ahora, todas esas cosas me gritan que todo sigue igual cuando no es así.

De pronto, cuelgo en mi brazo la rebeca que se dejó colgando en el ropero y junto a la prenda se vienen conmigo los pendientes, su bolso, un par de fotografías de su infancia y sus libros favoritos. No sé dónde meteré todo lo que llevo conmigo, pero me van a faltar cajas para guardar todas las cosas que voy encontrando de ella por todos los rincones.

No sé cuánto tiempo me lleva recoger todas sus cosas que aún hay esparcidas por el salón, pero lo duro no está ahí, sino en el dormitorio; esa habitación está plagada de recuerdos, de besos y caricias, de conversaciones, peleas, reconciliaciones... El armario está repleto de ropa que se mezcla con la mía y que una vez que comienzo a amontonar hace que me sienta más ligera y menos dolorida. Pienso en Anne, en la primera vez que empezamos a vivir juntas en este sitio y, sin más, mi mente vuela otra vez, dejándome

atrapada entre el pasado y el presente con un centenar de recuerdos inolvidables.

Verona. 4 de abril, 2017

Después de largas semanas de trabajo, habían encontrado un hueco para ir a conocer el que sería su nuevo hogar. Se habían decidido por ese apartamento en el centro de Verona por las vistas que se observaban de la ciudad desde la terraza; Anne se había enamorado y Amelia se había dejado llevar por las emociones contrarias.

Con los dedos temblando, la llave giró en la cerradura al compás de un sonido que vaticinaba el comienzo de una nueva etapa en sus vidas; tras un par de años saliendo, habían decidido dar el paso de mudarse juntas, y los nervios y la emoción se entrelazaban en sus corazones mientras cruzaban el umbral a sabiendas de que esa casa sería testigo de una historia plagada de momentos inolvidables.

El ático, conformado por varios dormitorios y una cocina amplia, era moderno pero no dejaba atrás ese encanto italiano que se podía observar por todos los rincones de la ciudad. Todo estaba vacío, las paredes blancas deslumbraban a causa del sol que se filtraba por las ventanas. Se miraron con un gesto de plena alegría conscientes de que ese paso era uno de los más importantes en su relación.

Juntas se dirigieron a la cocina, el corazón de la casa y el lugar donde Amelia se sacó de la mochila una botella de prosecco que había confiscado de la vinoteca del restaurante para celebrar ese momento. Y una vez que la abrió, comenzaron con los brindis.

—¿Quieres ser tú la que diga unas palabras? —preguntó mirando a su chica con curiosidad.

—Siempre soy yo la que lo hace, ¿algún día te animarás?

—Venga, lo haré yo. —Descorchó la botella y sin copas para poder llenar, la levantó un poco hacia arriba—. Por nosotras y por este nuevo capítulo que empezamos a escribir juntas.

Amelia le dio un sorbo a la botella y después, lo hizo Anne con una sonrisa de oreja a oreja.

—Y por esta nueva casa, por nuestro amor y por todo lo que está por venir.

Apoyadas en la isla de la cocina dejaron que el tiempo corriera mientras compartían algunas ideas y planeaban cómo se vería todo una vez que trajesen sus cosas. El aroma a nuevo y la sensación de tener algo con ellas que perteneciera a ambas creaban una mezcla que se expandía en el aire y se mezclaba con las emociones que ambas sentían.

—Espero que no te arrepientas de esto... —dijo con una chispa traviesa en sus ojos.

—¿Arrepentirme? —Anne le dedicó una mirada cómplice y se echó a reír—. ¡Nunca! Estoy emocionada. Además, ¿quién más podría soportar mis rarezas y obsesiones en la cocina?

Ambas rieron considerando que iban a tener que soportarse; tenían caracteres diferentes que chocaban continuamente, pero todo eso dejaba de ser importante cuando reconocían sus errores y se perdonaban, buscando mejorar un poco más cada día.

Se dieron cuenta en ese momento que cada pequeño rincón de la casa estaba esperando porque ellas dejasen la marca de sus huellas. Ahí, en mitad del salón vacío, Amelia extendió la mano hacia su novia y le sonrió. Quizá era una estupidez, una tontería de esas que solo se hacen en las películas pero la idea le apasionó.

—¿Quieres bailar, mi amor? Será nuestro primer recuerdo escrito en esta casa.

Sonrió y aceptó su mano; después, sacó su teléfono y buscó una de sus canciones preferidas. Juntas comenzaron a deslizarse por la cocina y el salón moviéndose al ritmo de una melodía que fue capaz de agitar su corazón. En ese momento la casa dejó de ser un conjunto de habitaciones vacías y se convirtió en el escenario donde su amor brillaría, donde podrían hacer realidad sus deseos y formar esa familia con la que tanto había soñado Amelia tener. Se detuvieron en el centro, abrazándose y besándose con cariño. Sus ojos se encontraron y, en ese silencio compartido, comprendieron la profundidad del compromiso que estaban asumiendo.

—Te amo —dijo Anne.

—Y yo a ti. Esto es solo el principio, mi amor... —Acarició suavemente su mejilla y se besaron sellando la promesa de dar lo mejor de sí mismas—. Y va a ser increíble, te lo prometo.



28

HE INSCRITO A GIOVANNI'S EN EL CONCURSO DE TODOS LOS AÑOS

AMELIA

La mañana ha pasado tan rápida que ni siquiera he parado para comer. La labor de guardar todas las cosas de Anne en cajas me mantuvo tan ocupada que no presté atención a otra cosa que no fuese ordenar y recolocar todo a mi paso. Ahora, cuando casi el sol está a punto de ponerse, todo se siente más vacío y hueco, aunque los recuerdos y su presencia siguen intactos. Es cierto eso que dicen de que una persona no muere hasta que se la olvida. Y yo dudo mucho que pueda borrarla a ella de mi mente.

Con varias bolsas repletas de ropa que pienso dar a la beneficencia, atravieso el pasillo rumbo a la puerta donde he estado colocando todo a la espera de que encuentre un día para llevármelo. No me había dado cuenta de la de cosas que había amontonado con el paso del tiempo, y ahora que lo miro todo con otra perspectiva, no puedo evitar echarme a reír; ella siempre decía que no era de acumular demasiadas cosas, que era poco material, pero después de esto no sé si puedo creerla del todo.

El estómago me ruge de camino a la cocina y no es para menos, la última vez que tomé algo fue a la hora del desayuno, así que debo comer un poco si no quiero desfallecer antes de que sea la hora de la cena. Una vez que abro la nevera y observo lo que tengo en el interior, mis ojos se pierden más allá de los ventanales de la terraza preguntándome si Abigail estará en casa. Sé que no es lo más común para esta hora, pero se me ha antojado un *croissant* de mantequilla que tendrá que esperar a formar parte del postre de media tarde.

Cierro el frigorífico y con la intención de invitarla a dar un paseo e ir a comer, así que me lavo las manos y salgo por la puerta de casa rumbo a la suya. Después de lo que pasó tengo muchas cosas que hablar con ella. Estoy segura de que estará esperando a que lo haga y aunque podría pegar un par de gritos por la terraza, lo más civilizado es que toque al timbre y espere a verla. Sin embargo, tras ponerme el abrigo, coger mis cosas y cerrar la puerta, ella no aparece y eso provoca que mis ganas de salir desaparezcan.

—¡Ey! ¿Pensabas ir a alguna parte con esas pintas? —Cuando estoy a punto de entrar en casa, mi hermano me sorprende apareciendo por el ascensor. Me llevo una mano a la frente para apartar los mechones de pelo y después, intento arreglarme un poco la ropa a

sabiendas de que no hay manera ni forma de hacerlo. Ni siquiera me había dado cuenta de que voy en chándal, o que mi aspecto dista mucho del habitual en mí—. No me hagas caso, estás muy guapa, ¿qué hacías aquí afuera?

—Vine a ver si Abigail estaba en casa —explico y abro la puerta de mi casa invitándolo a pasar—. Pero no está, así que... —Me encojo de hombros y me centro en él—. ¿Te apetece salir a comer algo? Había pensado ir a...

—¿Se puede saber qué ha pasado aquí? —Carlo, que pasa por alto mis palabras y se centra en el tumulto de cajas y cosas acumuladas en el salón, me mira a la vez que señala todo eso—. ¿No serán...?

—Sí. Son las cosas de Anne. Creo que ya iba siendo hora... ¿no?

Carlo no dice nada y decido caminar hacia mi dormitorio que está a dos pasos de la cocina para cambiarme de ropa. Sé que vaciar la casa de sus cosas es un paso gigante, que significa que he aceptado su muerte y que he abrazado mi presente, así que puedo comprender su sorpresa.

—Isabella no se lo va a creer... —A pesar de que estoy en el dormitorio, escucho a Carlo hablar y eso me arranca una sonrisa. Todos estaban esperando esto, que decidiera seguir adelante y que no me quedase estancada en el recuerdo. Aunque no puedo confesarles que parte de este cambio se debe también a las emociones que estoy sintiendo por mi vecina de al lado—. ¿Y dónde tenías pensado ir? —me pregunta por fin.

—A ningún restaurante en particular, pero ahora que lo dices, me apetece un buen plato de espaguetis —apunto mientras me coloco un jersey y me siento para atarme el cordón de las botas—. No me ha dado tiempo a comer y creo que mi cuerpo me lo está pidiendo a gritos.

—¿Y dices que Abigail no está en casa?

—No —respondo tras unos minutos en silencio, mientras me coloco el abrigo y el bolso—. Por lo visto ha salido a dar un paseo. Es muy dada a ello, y es bueno que lo haga teniendo en cuenta que en cuestión de días abriremos Giovanni's.

De pronto, el gesto de Carlo cambia y, por alguna razón, siento miedo de lo que me pueda decir. La última vez que alguien me dio una noticia importante me destrozó toda la vida y aunque sé que puedo soportar cualquier cosa, me apoyo en la mesa a la espera de que hable.

—Creía que tendría algo de tiempo para frenar todo esto, pero... siéntate —me insta y niego un par de veces.

—Estoy bien así, ¿qué pasa?

—Me envió un mensaje ayer por la tarde —comenta provocando que levante una ceja—. Esperaba verla hoy, pero al parecer ha salido antes.

—¿De qué estás hablando? —pregunto sin entender bien.

—Ha regresado a Milán —dice y los ojos se me abren como platos—. Solo sé que tuvo un problema con su madre y que ha tenido que volver a casa. No me dijo nada más.

—Su madre tiene alzhéimer. —Le hago saber a mi hermano mientras busco mi teléfono con la intención de llamar a Abigail—. Antes de aceptar este trabajo, ella lo dejó todo por cuidarla —continúo hablando mientras escucho los sonidos de la llamada y espero a que me responda—. Es posible que haya tenido algún problema. Tiene una relación muy estrecha con ella.

Los minutos pasan al mismo ritmo que lo hacen los tonos y, envuelta en una madeja de preocupación y nervios, comienzo a caminar. Me siento preocupada por ella, y me

encantaría haber sido consciente de todo esto antes de que se marchara.

—Cuelga la llamada. Seguro que te la devolverá en cuanto la vea.

—¿No te ha dicho nada más? —pregunto una vez que lo hago—. Podría habérmelo dicho. No sé. No es tan difícil dejar una nota o enviar un mensaje.

—Lo hizo. —Carlo levanta el teléfono y me enseña la pantalla—. Yo fui quien la contrató, por ende, su jefe, así que no se fue sin más.

—Pero...

—Pero ¿qué? —insiste—. ¿Estás molesta porque en cuestión de cinco días tendrás que abrir tú sola el restaurante o porque se ha ido sin dejarte un mensaje?

La pregunta de Carlo me obliga a que cierre la boca. Él no tiene ni idea de cómo están las cosas con Abigail, de lo que pasó hace unas noches y de ese beso que nos dimos y que yo desprecié. Ha sido mi culpa que se haya marchado sin decirme nada y es lógico teniendo en cuenta que la he estado evitando estos días. Soy una estúpida y es por ello por lo que me llevo una mano a la cabeza y me aparto el pelo de la cara.

—Quería reuniros a las dos para comentaros una cosa, pero a la vista de lo que ha sucedido, tendré que cancelarlo.

—¿Cancelar el qué?

—He inscrito al Giovanni's en el concurso culinario de todos los años —me cuenta con cierta emoción brillando en sus ojos—. Pensaba que tú y ella lo haríais bien juntas, que podríamos ganarlo como lo hicimos con Anne, pero si ella no está, va a ser imposible que participéis.

—¿Y tú no sabes preguntar si nos apetecía o estábamos de acuerdo antes de hacer nada? —pregunto sin pensar demasiado en el tono de histeria que he usado poniéndome en pie—. Abigail y yo apenas nos conocemos, y...

«Apenas la conoces y, sin embargo, no puedes sacártela de la cabeza», pienso y suelto un bufido.

—No sé. —Se encoge de hombros como un crío que ha cometido un error—. Pensaba que estaría bien, que lo disfrutaríais juntas y que eso os permitiría acercaros.

—Pensaba, pensaba... —exclamo a la misma vez que suelto un suspiro—. Siempre pensando y nunca acertando.

—¡Yo no tengo culpa de que ella se haya ido! —grita levantando las manos—. ¡Así que no pagues conmigo tu frustración! Si tanto te preocupa lo que ha pasado, ¡vete a Milán y búscala!

—¿De qué estás hablando?

—De lo obvia que eres —señala—. Te gusta tanto que solo hay que verte la cara para saberlo —suelta directamente—. Te conozco de unos años, he pasado por todos tus noviazgos y cuando te interesa alguien ni siquiera te das cuenta de ello.

—No digas tonterías.

—Y no me pongas a Anne de excusa —me reprende como si fuese un niño pequeño buscando una razón para que no me regañen—. Lo único que querría ella es que fueses feliz, que siguieses adelante y sí, ¡por qué no! Que te enamores de nuevo.

—No estoy enamorada —niego hasta con las manos—. Abigail y yo simplemente...

—Te gusta, te sientes interesada y atraída. Ese es primer paso.

—¿Y qué pretendes que haga? ¿Que me monte en un tren y vaya a buscarla? ¿Que me presente delante de toda su familia y le diga que vuelva? —cuestiono mientras que las ideas llegan a mi mente una tras otra—. Soy una mujer de cuarenta años, no una adolescente

persiguiendo a la chica que le gusta por toda Italia.

—¿Qué tiene que ver la edad en esto? —me pregunta mi hermano—. Si ella te gusta y hay indicios de que a ella le gustes tú, ¿cuál es el problema?

—Abigail y yo nos besamos, y cuando lo estábamos haciendo me fui.

—¿Qué? ¿¡Pero tú eres tonta o qué te pasa!?

—¡Me abrumé! Era... —suelto un suspiro de nuevo—. Me retracté en el momento en que llegué a casa.

—¿Y volviste? —Niego con la cabeza—. Dime que al menos hablaste con ella.

—No lo hice...

—Ya tienes una razón para ir a buscarla. —Regreso mi mirada hasta sus ojos—. Si necesitabas una excusa para no verte como una loca acosadora, ahí la tienes.

—¿Y cómo voy a saber dónde está?

—Se puede decir que eres su medio jefa, así que también tienes acceso a esos datos. —Carlo se encoge de hombros inocentemente—. Piénsalo, pero yo que tú me montaba en un tren mañana mismo e iba a por ella y si todo sale mal, bueno, siempre puedes volver. Buscaremos a alguien que sepa llevar la cocina del Giovanni's.

—Ella era perfecta para eso.

—Pues ya sabes qué es lo que tienes que hacer, hermanita. —Carlo coloca sus manos sobre mis hombros y me regala un beso en la frente—. Y, ahora, vamos a comer. Tienes que contarme cómo es eso de que os besasteis.

Y cuando me dejo arrastrar por él fuera de casa, el miedo a que Abigail no vuelva, el hecho de sentir que quiero que esté aquí y mi necesidad por verla provoca que me monte en el ascensor con la cabeza repleta de preguntas. No puedo dejar que se marche así, sin hablar con ella, sin expresarle cómo me siento y sin decirle que quiero que sea la próxima jefa en la cocina de Giovanni's.



29

ESTOY EN MILÁN, ¿NOS VEMOS?

ABIGAIL

Milán. 28 de enero, 2024

Ya han pasado cuatro días desde que regresé a Milán, y no me había dado cuenta de lo mucho que extrañaba este lugar. Solo han pasado unas semanas desde que me marché y me instalé en Verona, pero una vez que estuve aquí sentí que habían pasado meses. Estar lejos de casa, lejos de mi madre no es fácil teniendo en cuenta que me he pasado viviendo esa rutina demasiados años. No he dejado de recordar todos los momentos que he pasado junto a ella, las cosas buenas y malas, las difíciles y las más dulces; nadie me dijo que perseguir mis sueños iba a ser sencillo, pero tampoco que para hacerlos realidad tuviese que romper promesas y luchar contra las emociones que aún siguen presentes en mi corazón.

Visitar a mi madre y estar con ella en la residencia se ha vuelto una actividad fundamental para mí estos días. Ella está bien, sigue algo confusa y cree que soy una enfermera, pero mi presencia al lado de su calma consigue que sonría a todas horas. Las chicas que han cuidado de ella desde que ingresó han notado la diferencia, así que llevo unas horas dándole vueltas a la idea de romper mi contrato con Giovanni's y quedarme en Milán; no he dejado de pensar en Amelia, en si ya se habrá enterado de que he vuelto y cabe la posibilidad de que no regrese. Parte de mí sabe que es un error, que empezábamos a tener algo y que nuestro futuro juntas como compañeras pintaba increíble, pero... mi madre me necesita y, ahora mismo, ella es lo más importante.

Con el pijama ya puesto y la espalda algo dolorida por pasar toda la mañana en la residencia, me siento en uno de los sillones del salón de la casa de Katy después de ducharme para disfrutar de un chocolate caliente y un pastelillo relleno de crema. Los niños están en sus clases extraescolares, mi hermana en el trabajo y Josef se encuentra en su despacho trabajando; puedo escuchar como teclea en el ordenador con una rapidez sorprendente y aunque me gustaría interrumpirlo y conversar con él, he decidido tomarme estos minutos para mí.

Hace unos días me llamó Amelia y, aunque lo he deseado mucho, he sido incapaz de devolverle la llamada. Supongo que estará molesta por haberme marchado así, pero Carlo me dijo que no había problema, que lo entendía, que podía cancelar el contrato en cualquier momento si es que lo necesitaba; así que me he tomado estos días lejos de Verona para meditar sobre todo, incluso en ese beso que nos dimos y que aún provoca ese cosquilleo en

mis labios.

Antes de que mi padre muriese fueron muchas las promesas que le hice. Le dije que cuidaría de mamá, que haría todo lo posible por hacer realidad mi sueño de tener mi propio restaurante y que llevaría la esencia de Piccolo's, su local, a todas partes. Ahora mismo siento que he roto todas y cada una de ellas, y que me siento como una estúpida perdida en mitad de un monte sin una brújula que le diga hacia dónde caminar.

Dispuesta a llamar a Carlo para contarle cómo van las cosas y todas mis dudas, desbloqueo la pantalla y lo busco entre mis contactos hasta dar con su número. Aún no sé cómo voy a enfrentarme a la conversación, pero sé que debo serle sincera antes de decidirme y que eso le cause un problema. Sin embargo, cuando estoy a punto de llevarme el teléfono a la oreja, todas mis intenciones se quedan flotando en el aire a causa de la llegada de un mensaje.

|| *Amelia:*

Sé que te sorprenderá pero, estoy en Milán. No sé cómo tendrás el día, pero... ¿podríamos vernos? Necesitamos hablar.

El hecho de que haya viajado hasta Milán y quiera verme provoca que le pegue un sorbo largo a la taza y me remueva en mi asiento. La última vez que nos vimos fue en mi terraza y aunque quise hablar con ella para saber cómo estaba, no pude dar el paso. No sé qué querrá hablar conmigo, pero los nervios han aparecido de repente y el corazón se me ha paralizado en el pecho.

—¿Has visto un fantasma? —Josef me obliga a regresar a la realidad y buscarlo con la mirada—. ¿Ha pasado algo? Tienes la cara pálida —pregunta y me señala a la vez.

—No, es que... mi jefa, bueno... —Dudo por un momento—. Amelia, la chica de la que os hablé, me ha enviado un mensaje y me ha dicho que está en Milán. Por lo visto quiere verme.

—¿Y qué tiene eso de malo eso? —Mi cuñado se deja caer en el sofá y echa hacia atrás su cabeza apoyándola en el respaldo. Tiene los ojos cerrados y sé que espera que le responda pero no sé qué decirle—. A lo mejor está preocupada por ti. Te fuiste de Verona y por lo que nos contaste, no hablaste con ella.

—No creo que sea eso —medito en voz alta—. Quiero decir, no es eso, es que... —murmuro sin ser capaz de hablar y contarle todo lo que pasó—. Supongo que querrá pedirme que piense bien las cosas.

—Quizá... —dice entre susurros pensando en Amelia—. ¿Ella sabía lo de tu madre? —afirmo un par de veces con la cabeza—. Entonces será por eso.... —murmura y estira su cuerpo—. A no ser que tú quieras que sea por algo más.

Niego de manera instintiva hasta que mis recuerdos despiertan y el roce de sus labios se vuelve tan real que me es imposible frenar la corriente de calor que me atrapa. Me toco los labios con una mano y sonrío sin ser consciente de que Josef me está mirando.

—Me parece que me estás ocultando algo —comenta con una ceja levantada—. ¿Pasa algo entre Amelia y tú?

—Ni siquiera yo lo sé —respondo sin pensar—. Sea lo que sea, yo me quiero quedar aquí. Lo he pensado mucho y creo que mi madre lo necesita. Katy y Tania tenían razón al molestarse conmigo.

—Ay... —Josef se incorpora y apoya sus brazos sobre sus rodillas—. Escúchame bien. Va a ser de las pocas veces que te diga esto, y hoy lo hago porque no hay soldados en el frente —me advierte y me echo a reír—. Mira, yo adoro a Louisa, sabes que haría todo lo

que estuviese en mi mano para ayudarla, pero no puedes permitir que su enfermedad te consuma a ti también. Aby, tienes treinta años, no sabes cuántos más le quedan a tu madre y nunca vas a tener una oportunidad tan buena como la que te han ofrecido en Giovanni's.

—Se lo prometí a mi padre, Josef. Hay promesas que debo cumplir.

—¿No le prometiste que lucharías por tus sueños también? ¿Qué hay de las promesas que te has hecho contigo misma? ¿No son importantes? —Mi cuñado me lanza una serie de preguntas que no sé cómo responder y que me obligan a esconder mis labios tras la taza de chocolate que todavía llevo entre las manos.

—Esas aún pueden esperar —aseguro y bebo un sorbo.

—Deja que te diga una cosa y no te lo tomes a mal —comenta enderezando la espalda—. Si tú no piensas en ti, ¿quién pretendes que lo haga? Porque tu madre ahora mismo no puede, tus hermanas tienen sus vidas y... —Levanta sus manos señalando al cielo—. Nadie lo va a hacer, Aby. Y sí, entiendo lo de tu madre, que te duela dejarla y que tus hermanas sean tan egoístas como para hacerte creer que ella no puede vivir sin ti, pero no puedes permitir que el tiempo pase de largo porque luego te preguntarás una y otra vez qué hubiese pasado si...

Cuando termina de hablar, lo miro tratando de descubrir si Katy sabe cómo piensa y entonces, me muerdo el labio inferior soportando una pequeña risa.

—¿Mi hermana te dijo alguna vez que pareces una abuelita hablando?

Josef empieza a reírse y sonrío; parece una mujer mayor hablando del tiempo como si este fuese a volar rápido dejándonos sin la oportunidad de disfrutarlo. Sé que él tiene razón, que todo lo que me espera en Verona es tan bueno que una vez que no lo tenga lo echaré de menos.

—Solo te digo que no cometas la locura de abandonarte tanto —añade sin más—. Y responde ese mensaje, segura que estará esperando.

—¿Y qué le digo?

—¿Me preguntas a mí? —Se señala y se echa a reír de nuevo—. ¡Yo que sé!

—Eres de gran ayuda —finjo enfadarme.

—Piensa en tu futuro, Aby, y no seas como la mayoría de las personas —dice una vez que se levanta—. No dejes que tus sueños desaparezcan por vivir otra vida que no sea la tuya, por muy difícil y egoísta que eso sea. Solo tú puedes labrar tu camino. Ni Katy ni Tania ni tu madre o tu padre podrán hacerlo, y lo tienes todo en tus manos para conseguir eso que tanto ansías.

Josef me regala un beso en la mejilla y, tras brindarme una sonrisa, vuelve a su despacho, a su propio mundo empresarial. Ese que ha soñado y luchado hasta conseguirlo.



30

UN DESAYUNO DIFERENTE

ABIGAIL

Milán. 29 de enero, 2024

Apenas he podido dormir esta noche. Desde que Josef y yo hablamos ayer, no pude dejar de darle vueltas a la razón por la que Amelia querrá verme, y aunque no espero un reencuentro de película, con el paso de las horas me he dado cuenta de que tengo muchísimas ganas de verla. Estos días atrás mi inseguridad me llevó a no buscarla para hablar y eso impidió que le confesase que me gusta, que por rápido que se haya dado todo hay algo en ella que me encanta. Sé que no lo hice porque ella tiene a su mujer aún muy presente, porque seremos compañeras en el trabajo y no quiero que nuestra relación lo estropee todo, pero debería de habérselo dicho, serle sincera y no haberme marchado sin dejarle siquiera una nota.

Tras una visita rápida a mi madre para desearle que tenga una buena mañana, he puesto rumbo a la cafetería en la que he quedado para desayunar con ella. Le envié un mensaje con la ubicación y, por la hora que es, estoy segura de que ya me estará esperando. No suelo llegar tarde a ningún sitio, pero el tráfico me ha fallado y cuando me he querido dar cuenta, el tiempo se me ha echado encima.

Al abrir la puerta, el tintineo de las campanitas del local avisa de mi llegada y cuando entro choco con el delicioso aroma a café y dulces recién horneados. Se me abre el apetito de inmediato y aunque mis ojos buscan con curiosidad qué llevarme a la boca, decido abandonar la comida para centrarme en las personas que ya están sentadas disfrutando de la primera comida del día. Tardo un par de segundos en dar con el pelo negro de Amelia, y una vez que ella se gira y nuestras miradas chocan, me veo sorprendida por un suspiro y una oleada de emociones que agitan mi corazón.

Nerviosa y sin saber cómo reaccionar a todo lo que me está pasando, me sujeto al cuero de la correa del bolso y empiezo a caminar hacia ella. El espacio se queda en nada cuando me recibe regalándome un abrazo que no espero y una sonrisa que me deja fuera de juego. No sé qué le ha pasado estos días que no nos hemos visto, pero puedo decir que ver sus hoyuelos y esas pequeñas arruguitas de expresión marcándose en sus mejillas, le da un aspecto mucho más atractivo e interesante que el moño desenfadado o la chaquetilla de chef.

—Siento haber tardado. El tráfico... —le digo mientras dejo el bolso apoyado en una

silla y me siento en la de al lado—. ¿Has esperado mucho?

—Lo suficiente para pensar un poco en mis cosas y comerme un pastelillo de crema de limón —responde y se sujeta un mechón de su pelo tras su oreja—. ¿Cómo está tu madre? Me dijo mi hermano que había tenido una recaída... ¿está bien?

—Ahora está mejor. Tenerme cerca la ha calmado bastante... —comento mientras levanto la mano para llamar a un camarero—. Lleva muy poco tiempo en la residencia y aunque sé que todo es un proceso y que debe acostumbrarse, cuando supe que le había hecho daño a una de las enfermeras yo...

—Saliste corriendo. Yo también lo hice cuando me llamaron del hospital diciéndome que Anne había tenido un accidente. Dejé a todo el equipo tirado, con el restaurante hasta la bandera —me cuenta y muerde su labio inferior antes de soltar un suspiro—. Es inevitable que nuestra mente colapse cuando algo les ocurre a las personas que queremos.

Admito que me esperaba otra respuesta de su parte, algo que me recordase que las cosas no se hacen así, pero ella me mira a los ojos y su sonrisa termina mezclándose con la mía. El silencio nos acoge mientras que le hago mi pedido al camarero y una vez que se va, me vuelvo a centrar en ella.

—Tengo algo que decirte...

—Si me vas a decir que debo volver a Verona... —Hago una pausa—. Lo sé. Pero no te preocupes, he estado pensando en muchas cosas esta noche y...

—No era eso, pero me alegra saber que aún quieres volver. —La miro sin saber bien qué decir—. Carlo ha inscrito a Giovanni's en el concurso culinario que se lleva a cabo todos los años. Le dije que antes de hacer esas tonterías que debería haber hablado con nosotras, pero... —comenta y se encoge de hombros dejándose caer en su silla—. Quería que supieras que el restaurante no abrirá hasta final de mes, así que puedes quedarte más tiempo aquí, en Milán.

—¿De verdad!? —pregunto quitándome un peso de encima.

—Sí —afirma dedicándome una sonrisa. No tiene ni idea lo que significa para mí poder contar con un poco más de tiempo—. Sé que te vendrá bien para estar con tu madre y con tu familia. —Se queda en silencio unos segundos—. Aunque eso no es todo lo que quiero contarte.

—¿Ha pasado algo?

Amelia se cruza de brazos y se coloca mejor las gafas. Su pelo cae con suavidad sobre sus hombros y la camisa blanca que lleva puesta realza su piel aceitunada; al contrario que le ocurre a Carlo, ella tiene los ojos de un color café tan profundo que podría sumergirme en ellos toda la eternidad.

—Estuve hablando con mi hermano y quiero dejar la cocina de Giovanni's —dice y yo, a causa de la sorpresa, soy incapaz de decir nada—. Sé que te llevará un tiempo hacerte con el ritmo del restaurante, así que no te dejaré sola hasta que vea que te has adaptado y que eres capaz de moverte en ella como lo hacíamos Anne y yo en el pasado.

—Entonces... —Me incorporo y me siento mejor en la silla—. ¿Dices que seré la jefa de cocina?

—Exacto. Eres la adecuada para hacerlo.

—¿Estás loca!? —exclamo dejándome caer en el respaldo de la silla—. ¿Cómo puedes saber que soy la adecuada si ni siquiera he empezado a trabajar? ¡Solo me has visto cocinar un par de cosas! —digo al borde de un ataque de nervios—. ¡Es imposible!

—Sí que lo has hecho —asegura frenando mis palabras—. ¿A que has empezado a

idear los platos para la próxima carta? —me pregunta y yo, tan sorprendida como antes, soy incapaz de no negarlo—. Llevas la cocina impresa en tu piel, Abigail. Nacistes para esto y cuando amas tanto lo que haces, solo necesitas un pequeño empujón para colocarte en el camino que debes seguir.

—Pero yo quiero abrir mi propio restaurante... —le digo sintiendo que, de un momento a otro, ella también me está obligando a aceptar algo para lo que no sé si estoy preparada—. Giovanni's es increíble, pero yo pensaba formarme y después... —Incapaz de seguir hablando, apoyo mis codos sobre la mesa y llevo las manos a mi frente. El camarero, que llega en ese momento, deja mi café y las tostadas que he pedido delante de mí, y cuando estoy lista para seguir hablando, la miro—. No quiero que mi inexperiencia haga que vuestro restaurante se hunda. Estoy ilusionada, tengo ganas, pero no sé si estoy preparada para llevarlo todo sola, ¿lo entiendes? —pregunto a la espera de que me comprenda—. Además, ese local habla de tu familia y leyendo las cartas me ha quedado claro que lleva años ofreciendo a los comensales un estilo de cocina que no es la mía.

—¿Y cuál es la tuya?

—La tradicional, la que habla del corazón, de los recuerdos, del amor... —susurro llevándome una mano al pecho.

—¿Y si te dijera que puedes gestionarlo a tu antojo? —pregunta sin apartar sus ojos de los míos—. El restaurante nació del deseo de mi padre por recuperar de sus recuerdos el pasado de mis abuelos. Él amaba los vinos y a eso se dedicó. Giovanni's es un negocio que no es tan importante para nosotros como puede serlo para ti —comenta sin más—. Sí, ha sido el lugar donde he pasado momentos increíbles de mi vida, pero siento que tú...

—¿Estás segura de lo que me estás ofreciendo? ¿Ya lo has hablado con el resto de tu familia?

—Creo que no hay nadie mejor que tú para heredarlo —responde con seguridad—. Y ellos me darán la razón en cuanto hable con ellos.

—Así que aún no saben nada... —suelto un suspiro y niego un par de veces—. ¿Puedo al menos pensármelo?

—Solo quiero que sepas que, cuando mi abuelo abrió su restaurante en Verona, ni siquiera tenía ese nombre. Era algo pequeño y muy recogido, un local muy familiar.

—¿Cómo se llamaba?

—Le Monde —dice con una sonrisa en los labios antes de darle un sorbo a su café—. Mi abuelo decía que la cocina era su mundo. Aunque todo cambió cuando conoció a mi abuela y se dio cuenta de que ella era lo que más le importaba.

—El amor y su magia —comento antes de echarme a reír a causa de los nervios—. ¿Me dejarás un tiempo para pensármelo?

—¿Volverás a Verona para participar en el concurso conmigo? —pregunta poniendo toda su atención en mis ojos—. Sé que tu madre está mal, pero... me gustaría ganar ese galardón una última vez. Además, el premio es económico y Carlo y yo hemos estado hablando y te lo quedarás tú.

—¿A qué viene tanta amabilidad? No lo entiendo...

—Tú me has ayudado a abrir los ojos y salir del hoyo en el que me encontraba —dice, y yo, sin poderlo evitar, me muerdo el labio inferior—. No ha sido fácil para mí. Estos meses de atrás han sido muy confusos y complicados, y tu llegada...

—Dirás mis ñoquis... —apunto y ella se echa a reír.

—Todo ha hecho que piense en mis sueños, en lo que deseo hacer de verdad y, bueno,

no está mal que te ayude a hacer realidad lo que deseas.

—¿Aunque eso sea no hacerme cargo de Giovanni's?

—Aunque eso signifique que debas volver a Milán y reabrir el restaurante de tu padre
—responde y soy incapaz de aguantar las emociones que me llenan por dentro.

—Eres...

«Como un hada madrina», pienso. Y, segundos después, me doy cuenta de que Amelia es mucho más que eso para mí.



31

NO LE TENGAS MIEDO AL FUTURO

Milán. 15 de marzo, 2014

Abigail se encontraba en el dormitorio de su padre aquella tarde observándolo en silencio mientras se dejaba llevar por una mezcla de frustración, tristeza y amor. Él yacía en la cama sin ser consciente de que su hija lo acompañaba. Su rostro, marcado por la palidez del cáncer que lo estaba consumiendo, no parecía siquiera el mismo de años atrás; había perdido la fuerza, las energías y cada día que pasaba Paul se sentía más y más cansado. El suave murmullo de la respiración del hombre llenaba la habitación creando una atmósfera de quietud y reflexión, provocando que ella rescatase de su mente esos momentos que había vivido junto a él.

Paul había sido su inspiración desde que tenía memoria. Además de su padre, se había convertido en su mentor en la cocina. Juntos habían explorado los sabores del mundo creando platos que encantaban y regalaban un viaje inolvidable para aquellos que los probaban. La cocina no solo se había convertido en la profesión de ambos, sino también su pasión compartida y el vínculo que los había unido de una manera especial.

El hombre se encontraba en las últimas etapas de un cáncer implacable, y Abigail luchaba por contener las lágrimas mientras lo observaba sabiendo que pronto tendría que enfrentarse al mundo sin él. La incertidumbre del futuro se apoderaba de ella con el paso de los días llenándola de miedo y dudas, envolviendo sus días en un manto gris del que no podía salir. En cuestión de meses, semanas o tal vez días, la única persona que verdaderamente la conocía se iba a marchar de este mundo dejándola sola y era incapaz de pensar en ello sin echarse a llorar.

Mientras que ella permanecía sumergida en sus pensamientos, Paul abrió sus ojos lentamente, encontrándose con el precioso perfil de su hija. Un padre siempre tenía sus preferencias y esa chiquilla con la nariz repleta de pecas y los ojos como los suyos, le había robado el corazón desde el día que escuchó su llanto.

—Aby... ¿qué haces aquí, mi pequeña?

Abigail se apresuró a abandonar sus pensamientos para tomar la mano de su padre, sintiendo el calor reconfortante de su piel arrugada.

—Siempre estaré aquí, papá, contigo —respondió ella luchando por mantener la compostura.

Paul asintió débilmente dedicándole una sonrisa, con sus ojos bañados por una mezcla de amor y preocupación. Él más que nadie conocía a su hija y sabía que verlo de aquella manera

y tener que enfrentarse a todo eso la estaba dañando y superando.

—¿Qué te aflige tanto, pequeña? Háblame.

Abigail respiró hondo, pasó una de sus manos tratando de borrar las lágrimas que le habían empañado los ojos y decidió levantarse de la silla para acomodarse en la cama junto al cuerpo de su padre.

—No sé cómo encararé el futuro sin ti, papá. Tú has sido mi guía, mi apoyo... No sé si podré seguir adelante sin ti a mi lado. —Paul levantó una de sus manos y la dejó caer sobre el bonito pelo de su hija, acariciándolo con suavidad, regalándole un beso en la frente—. Todo está tan oscuro ahora que no sé si encontraré mi camino.

—Aby, escúchame. Siempre estaré contigo, en cada paso que des —le recordó acariciando su mejilla—. Pero tú tienes la fuerza suficiente, dentro de tu corazón, para alcanzar las estrellas y hacer realidad tus sueños.

Ella asintió notando un nudo en la garganta mientras sus lágrimas caían por sus mejillas mojando el pijama de su padre.

—Pero, papá, ¿cómo voy a hacerlo sin ti? ¿Cómo sabré si estoy tomando las decisiones correctas?

—Confía en ti misma, Aby. Confía en todo lo que te he enseñado y recuerda que no estás sola, que tienes a tu familia, a tus amigos, a quienes te aman y quieren verte triunfar. Déjate llevar por su amor y su apoyo. —Se aferró a las palabras de su padre, encontrando consuelo y fuerza en ellas, abrazándolo con energía como hacía cuando era una niña.

—Gracias, papá. Gracias por todo lo que me has dado...

—Te amo, Aby. Nunca lo olvides. —Se incorporó un poco y besó la mejilla de su padre, sintiendo el amor y la gratitud inundar su corazón.

—Te amo también, papá. Siempre lo haré.

La habitación se llenó de silencio una vez más, pero esta vez, Abigail se aferraba a la certeza de que su padre siempre estaría con ella, guiándola en cada paso del camino, guiándola en cada cruce y levantándola de cada caída. Con su corazón lleno de determinación se preparó para enfrentar el futuro sabiendo que el amor de su padre sería su luz en la oscuridad. Mientras que Paul, cerró los ojos y volvió a dormirse con el corazón calmado y tranquilo.



32

¿SALIMOS A TOMAR ALGO?

AMELIA

Milán. 30 de enero, 2024

Milán se encuentra bañada por las luces de los edificios y por esa oscuridad que apenas deja ver lo que hay más allá del horizonte. El hotel en el que me hospedo estos días parece un rascacielos y las vistas de la ciudad son increíbles. Verona es mucho más pequeña y menos cosmopolita, sus edificios apenas tienen un par de alturas y para recorrerla de extremo a extremo necesitas poco más de unas horas. Aquí todo parece más lejano, menos asequible y más distante; aunque no deja de ser parte de Italia, y su encanto se ve plasmado en cada rincón o pequeño escondrijo, me siento como una visitante más, asombrada y perpleja. Y eso que no es la primera vez que la visito.

Hace unos minutos que me di un baño y me vestí para pasar la noche fuera. Tengo pensado visitar el restaurante de unos amigos, así que estoy dejando pasar el tiempo hasta que sea la hora oportuna de montarme en un taxi e ir a verlos. Han pasado años desde que James y Teka abrieron su local en esta ciudad, y me alegra saber que no les ha ido nada mal; así que he pensado que estaría bien darles una sorpresa y, de paso, hablarles de mi decisión y de las últimas novedades de mi vida. Quizá sean los primeros en saber que me he vuelto a enamorar, porque sí, lo estoy, y esa es una de las razones por las que estoy aquí.

Los tres nos conocimos en uno de los tantos concursos en los que he participado desde que me hice cargo de Giovanni's y desde entonces hemos mantenido el contacto y forjado una amistad que ni siquiera el espacio, el trabajo o el tiempo ha podido romper. Ellos fueron los que elaboraron el *catering* de mi boda, los que hicieron que ese día fuera inolvidable para todos los invitados y, aunque me encantaría que Abigail me acompañase esta noche, he decidido darle el tiempo que necesite para que piense en todo lo que le dije ayer. No sé qué era lo que esperaba cuando nos vimos en la cafetería, pero estoy segura de que ni siquiera se lo imaginaba. Soy consciente de que mi llegada a Milán la descolocó y lo único de lo que me arrepiento es de no haber estado delante de ella para ver su cara. Son muchas las cosas que quiero decirle, emociones a las que me ha costado ponerle una etiqueta. Sin embargo, he querido ir poco a poco, primero el trabajo y después, todo lo demás. No es fácil digerir todos los cambios que está experimentando, y quiero que esté segura de lo que va a hacer cuando le diga que siento algo fuerte por ella.

Esta mañana, aprovechando el sol que hacía, decidí dar un paseo. Acabé en una

peluquería en la que me han hecho un cambio radical que ha conseguido que parezca una mujer muy diferente; se terminó lo de llevar el pelo enroscado en la cabeza, también lo de usar gafas para ocultar mi expresión por miedo a que me descubrieran.

Son las nueve cuando me coloco el abrigo, busco mi bolso y salgo del dormitorio rumbo al ascensor. Tengo la reserva hecha para las diez, así que tendré tiempo de sobra para reunirme con James y Teka antes de que comiencen el servicio y deban centrarse por completo en el trabajo. Será una velada repleta de sabores únicos y me muero por viajar a la Toscana en cada uno de sus platos.

Ya en el taxi me veo rodeada por la calidez de la calefacción. No me lleva demasiado tiempo darle la ubicación al conductor, así que me dejo llevar a través de un viaje por la ciudad. Con los ojos puestos en lo que veo a través de la ventanilla y las manos sujetando mi bolso, me relajo hasta tal punto que dejo la mente en blanco, silenciando todos mis pensamientos y me acomodo lo suficiente como para olvidar donde estoy. Lo único que me saca de mi estado de relax es un mensaje que ni siquiera espero recibir y que me arranca una sonrisa en cuanto lo leo.

|| *Abigail:*

¿Haces algo? ¿Salimos? Me gustaría enseñarte algo.

Es tan oportuna que soy incapaz de no echarme a reír. Dirijo mis ojos hacia el reloj de la pantalla del teléfono y suspiro a la vez que niego un par de veces. Si le digo de vernos tendré que romper mi visita, si le digo de no vernos es muy seguro que me arrepienta. Sé que le prometí a los chicos que iría pero, ahora mismo, si tengo que elegir entre ellos y Abigail, ella gana la batalla, así que decido responder:

|| *Amelia:*

¿Ya has cenado? ¿Qué te parece si cenamos y después nos tomamos una copa? Dime donde nos vemos. Voy montada en un taxi.

Cuando lo envío, sonrío y me muerdo el labio mirando mi reflejo en el retrovisor. Estoy segura de que se sorprenderá al ver mi corte de pelo y me encanta la idea de poder verla hoy.

|| *Abigail:*

La última vez no comimos comida china, ¿te apetece esta vez? Te llevaré a mi restaurante favorito.

Sonrío y comienzo a teclear un mensaje de vuelta:

|| *Amelia:*

Dime la ubicación y te veo allí.

Mientras que me envía su respuesta, decido buscar el teléfono de James y llamarlo. Se va a decepcionar en cuanto le diga que no iré esta noche, pero creo que si juego bien mis cartas, puedo hacer que ese plan resulte aún más increíble y entretenido para todos. La notificación del mensaje llega cuando James responde con su bonito acento inglés mezclado con un italiano que no ha terminado de aprender.

—No debes de tener mucho trabajo cuando coges el teléfono así de tranquilo — bromeo—. ¿Me enseñarás algún día a no estresarme en la cocina? Porque vamos... lo tuyo es de otro mundo.

—¡Lia!, ¿ya estás viniendo? —me pregunta provocando que frunza la nariz a sabiendas del disgusto que le voy a dar—. Te hemos guardado la mejor mesa de la terraza.

—La verdad es que te llamo para decirte que me ha surgido algo importante —comento en un intento por no hacerlo sentir mal—. Sé que os dije que iría, pero me acaban de invitar a cenar y...

—No puede ser, ¿estás saliendo con alguien? ¡Cuándo pensabas decírmelo!

—No salgo con nadie —respondo con rapidez—. Al menos no aún. Es una amiga.

—¿Y cómo se llama esa «amiga» desconocida? —El interés de James provoca que suelte una carcajada—. ¡No te rías! Esa mujer debe ser muy interesante para romper tus planes. Sé cuánto odias que eso pase.

—Lo sigo odiando, pero los planes están para romperlos, ¿no es verdad?

—Siempre que lo hagas por algo que valga la pena, sí.

—¡James! ¡Deja el maldito teléfono y vuelve a la cocina! —escucho gritar a Teka en la lejanía.

—Bueno, te dejo trabajar, pero escucha, necesito algo de ayuda —comento antes de colgar la llamada—. Mañana por la noche. Sé que los miércoles cerráis el restaurante, pero... ¿habría posibilidad de que me dejéis la cocina?

—¿Qué pregunta es esa? Mi casa es tu casa.

—Gracias, es que tengo una idea en mente que espero que a Abigail le guste —digo sin darme cuenta de cómo ha sonado.

—Debe ser bastante importante para que te tomes la molestia de pedirme el restaurante...

—¡Cállate! —le pido echándome a reír de nuevo—. Dale las gracias a Take de mi parte. Prometo que no quemaré la cocina.

—No la uses tampoco para hacer manitas, que nos conocemos.

—¡No voy a hacer nada de eso! —le grito a través del teléfono.

—Bueno, nunca se sabe... —Ahora es él quien se ríe—. Creo que debo dejarte. No quiero que Take se ponga de los nervios.

—Creo que ya lo está.

—Pásalo bien, ¿de acuerdo? Ya me contarás cómo va la cita.

—Te lo haré saber.

La llamada se cuelga un par de segundos después, y cuando leo la dirección que Abigail me ha enviado, lo único que hago es mencionárselo al taxista y dejarme llevar hasta ella.



33

EL SABOR AGRIDULCE EN LOS LABIOS

ABIGAIL

El fresco de la noche cae contra mis mejillas calientes tras pasar unas horas en el interior del mejor restaurante asiático de todo Milán. Tengo el estómago hinchado y es normal teniendo en cuenta que hemos estado a punto de probar toda la carta. No me imaginaba que Amelia tuviese tan buen estómago o que su curiosidad por los sabores fuese tan fuerte que la llevase a preguntar por las salsas de según qué platos. Hemos vivido un momento algo vergonzoso cuando le pidió a un camarero conocer al chef, aunque no creo haberme sentido tan nerviosa como ese hombre una vez que se acercó a la mesa.

Beber tanto licor de arroz ha provocado que mis piernas estén algo flojas y que mis labios luzcan una sonrisa imborrable. No he dejado de reírme después de la tercera copita y gracias a eso, la velada se ha transformado por completo en una más ligera y agradable. Conocerla lejos de Verona me ha permitido darme cuenta de cómo es de verdad. Con ese nuevo look apenas soy capaz de acordarme de aquel moño enrevesado con el que la conocí, y ahora, tengo delante de mí a una mujer que, si antes me atraía, ha conseguido que me pregunte si sería capaz de volver a Milán y olvidarme de ella.

Esta mañana me animé a contarle a Josef lo que me dijo Amelia días atrás. Alucinó mucho más de lo que lo hice yo y no dejó de preguntarme por cosas a las que ni siquiera yo pude dar respuesta. He intentado darle vueltas en frío, consultar con la almohada, hacer una lista de cosas a favor y cosas en contra, pensar en mi madre y en lo que quiero conseguir de cara al futuro. No quiero sentir que abandono a nadie y quizá el problema en todo esto recae en mis hermanas y en su falta de comprensión y empatía hacia mí.

El ruido de la puerta del Akasaka llama mi atención y cuando giro mi mirada hacia ella, aparece atándose los botones de su abrigo. He intentado que no se me note a lo largo de la noche pero está tan guapa y atractiva que cada vez que se cruzan nuestras miradas, algo se remueve dentro de mí.

—Sí que hace frío... —comenta y le dedico una sonrisa antes de llevar la mirada hacia ambos lados de la calle—. ¿Vamos a tomar esa copa o con el sake es más que suficiente?

—¿Me lo estás preguntando en serio? —Niego con la cabeza—. Dijimos de salir a tomar algo y... —Señalo con una de mis manos—. Te voy a llevar al local que visitaba a menudo cuando tenía dieciocho.

—¿Quieres que nos miren en cuanto atravesemos la puerta?

—¿Acaso salir a tomar unas copas tiene edad? —pregunto levantando una ceja—. Lo que piensen los demás debería darte igual.

Quizá es el alcohol que hemos bebido, no lo sé, pero decido tomarme de su brazo y tirar de ella para que comience a caminar. Sé que mi cercanía la ha puesto tensa porque tarda en reaccionar y dejarse llevar hacia el *pub*.

—¿Eras de salir mucho de fiesta? —me pregunta con curiosidad.

—La verdad es que no —admito, dejando escapar una pequeña risa y observando por un momento el cielo—. Yo no tuve tanto tiempo para eso como mis hermanas. Desde muy pequeña supe lo que quería, así que mis tiempos libres los usaba para ayudar a mi padre en el restaurante.

—Entiendo... —Seguimos caminando en silencio durante unos segundos—. ¿Y qué fue del restaurante de tu padre? Nunca me lo has comentado.

—Una vez que él enfermó tuvimos que cerrarlo —le explico con cierta melancolía en la voz—. Piccolo's era un local pequeño y familiar. Lo llevaba mi padre a solas y a veces le ayudaba en la cocina o sirviendo las mesas. Cuando los médicos nos dijeron que el cáncer no tenía cura, que solo podían darle tratamientos paliativos y demás, cerramos. Por más que él quisiera no tenía fuerzas, había días que apenas podía moverse de la cama así que decidieron cerrarlo.

—¿Decidieron?

—Cuando le detectaron el cáncer yo estaba en París estudiando —le hago saber a la vez que la miro a los ojos—. Él quería que yo tuviese un título oficial y me animó a marcharme a Francia.

—Vaya...

—Fueron unos años bastante difíciles, pero tuve suerte de terminar a tiempo para pasar con él sus últimos meses. —Sin querer, se forma una mueca de tristeza en mis labios—. Y agradezco que fuese así porque, gracias a él, encontré la fuerza suficiente para seguir adelante una vez que se marchó.

Amelia mantiene el silencio, se hunde en sus pensamientos y durante largos minutos me arrastra con ella. Me gustaría saber qué está pensando, pero parte de mí sabe que es en Anne y, de repente, los recuerdos de nuestro beso y de cómo se marchó de mi apartamento me interrumpen para crear un fogonazo que me deja atontada y me hace suspirar.

—Tuviste suerte de poder despedirte de él —dice y centra sus ojos en mí—. Anne murió en un accidente de coche y yo estaba trabajando en el restaurante cuando sucedió. La última vez que la vi fue en casa, mientras desayunábamos y lo siguiente a eso fue...

—Horrible...

—El único que sabe esto es Carlo, pero... —Hace una pequeña pausa—. Cuando la vi en el hospital, todo mi mundo se me vino abajo. Ella se llevó parte de mí, quise meterme de lleno en el trabajo porque quería retener su recuerdo y estuve a punto de hundir el restaurante por mi terquedad.

—No es terquedad... simplemente... —suspiro y me coloco delante de ella—. No querías que se perdiese con el tiempo. Yo hice lo mismo, ¿sabes? —aseguro echando una mirada a mi alrededor—. Bueno, no lo mismo, pero sí algo parecido. —Me río y me muerdo el labio—. Decidí que Piccolo's no podía desaparecer y aunque no está operativo, sigue existiendo.

—¿De verdad?

—Sí. Hay cosas de las que no nos podemos desprender con facilidad.

No sé si mis palabras le han servido de algo, pero su gesto se suaviza y cuando empezamos a caminar de nuevo, parece más tranquila y algo más feliz. No puedo ni imaginarme lo mal que lo ha pasado, lo mucho que ha sufrido y por eso creo que soy una egoísta al sentirme mal por pensar en lo que tenemos.

—¿Cómo era Anne en la cocina? —Me mira y se toma un par de segundos para mirar el cielo.

—Era una persona que se sumergía tanto en su trabajo que se olvidaba hasta de sí misma. Yo tenía que ir tras ella recordándole que tenía que tomarse un descanso, que debía comer... —Sonríe—. Y para serte sincera, ella era capaz de gestionar el restaurante por sí misma sin mí.

—¿Y por qué no te animaste a dejar la cocina y hacerte cargo de la bodega hasta ahora? —Mi pregunta provoca que fije sus ojos en mí y que deba apartar la mirada hacia otra parte por la intensidad con la que lo está haciendo—. Quiero decir... Si sabías que ella podía hacerlo sola, ¿por qué te olvidaste de tu sueño?

—Es una buena pregunta... —dice en un intento por reflexionar—. Supongo que era lo que esperaban que hiciera y es lo que hice —comenta sin más—. Además, la idea de compartir mi día a día con Anne me encantaba.

—¿Y no os peleabais? ¡Porque madre mía! —Me echo a reír—. Estar al lado de tu pareja todas las horas del mismo día debe ser....

—Maravilloso —afirma y se coloca delante de mí—. ¿No te has imaginado nunca compartiendo tu amor por la cocina con una persona que la ame tanto como lo haces tú?

Su pregunta llega a mí como un dardo que enciende una oleada de calor que me recorre todo el cuerpo y se me instala en las mejillas. Obvio que me he imaginado algo así; siempre he querido poder compartir con mi pareja mi amor por la cocina, pero nunca conseguí salir con alguien que la amase tanto como yo, o que no me juzgase por elegir a mi familia antes que a mi profesión.

—Claro que lo he imaginado —respondo mordiéndome el labio—. Pero la idea de poder echarla de menos, de llegar a casa y explicarle lo que ha pasado, de que ella me cuente cómo le ha ido el día... —Me encojo un poco de hombros—. Creo que me gusta mucho más eso.

—Esos momentos también se dan si convives a diario con tu pareja.

—Pero la monotonía y la falta de emoción, resta. —Señalo antes de guiñarle un ojo y seguir caminando—. Hay emoción en extrañar a alguien. Piensas en cómo está, en qué estará haciendo, en si estará pensando en ti, en si le estará dando vueltas al último beso que os disteis...

Amelia no dice nada, la conversación vuelve a quedarse en silencio y gracias a ello, avanzamos lo suficiente para llegar a una avenida principal; a lo lejos se escucha el ruido del tráfico, y las luces de la ciudad caen por las fachadas de los edificios iluminando también las aceras. Se escucha el choque de nuestro calzado contra el suelo, pero eso no es lo que me importa sino los latidos de mi corazón y su ritmo frenético.

—Si te lo preguntas, te he echado de menos —suelta sin saber si le importa o no saber cómo me siento—. Llevaba varios días intentando coincidir contigo porque no sabía cómo hablar sin forzarte y...

—Yo fui incapaz de mandarte un mensaje. Por eso vine a verte.

—Podrías haberme llamado si querías algo —respondo sin comprender nada—.

Tampoco hacía falta que vinieses hasta aquí para comentarme lo del restaurante.

Todo pasa demasiado rápido, como una estrella fugaz que surca el cielo y nos sorprende con un deseo brillando en nuestros ojos. No sé qué ocurre, tampoco por qué pasa, solo sé que frena sus pasos y que en cuestión de segundos sus labios buscan los míos regalándome un beso que sabe a salsa agridulce y que despierta todos mis sentidos.



34

PERDÓN POR LO DE AYER

AMELIA

Milán. 30 de enero, 2024

Las horas han pasado lentas frente a mis ojos y apenas he podido dormir pensando en cada uno de los besos que le di ayer a Abigail. No fue uno, ni dos, ni tres, creo que saqué todas mis ganas contenidas, que lo necesitaba y ahora que no la tengo cerca vuelvo a sentirme así. Tengo cuarenta años y me siento como una niña de dieciocho pensando en ella, en nosotras y en cómo se ha dado todo. Carlo tenía razón, solo debía dejarme llevar, disfrutar y gracias a eso he regresado a esos años en los que besar lo era todo.

Cuando quedamos para cenar y tomar algo jamás pensé que acabaríamos bebiendo y bailando en un *pub* en mitad de Milán, acercándonos un poco más. La dejé en su casa a regañadientes porque no quería irme y volver al frío dormitorio del hotel. Al parecer solo necesitaba permitirme dar este paso para volver a ser yo porque ahora, ese sentimiento de culpabilidad ha desaparecido por completo. No sé si lo mío con Abigail funcionará pero lo único que pienso es en vivir y seguir adelante con mis sueños.

El reloj marca las doce del mediodía y en mi mano llevo el teléfono con la ventana de nuestro chat de WhatsApp abierta. He intentado escribirle un mensaje varias veces, pero no logro encontrar las palabras. El primero que escribí era demasiado corto y frío. En el siguiente rompí ese toque con un par de emojis, pero visto que no me gustaban, los borré y empecé a redactar algo que ni siquiera yo entiendo. Así que he decidido llamarla, me será mucho más fácil.

Si Carlo estuviera aquí me diría que me estoy comportando como una niña de instituto, que soy una mujer adulta y que debo afrontar esto como lo que es. A ella le gusta, ella me gusta a mí, ambas estamos solteras y tenemos todo un futuro por delante en una ciudad que espero, podamos recorrer juntas en algún momento.

Venir a Milán es sin duda una de las mejores decisiones que he podido tomar porque conocer a Abigail en su estado natural me ha hecho pensar en muchas cosas. Después de nuestra conversación en la cafetería me di cuenta de que Giovanni's no es su sueño sino un puente y no es que la juzgue, al contrario, todos los que han salido de la escuela de cocina necesitan un buen restaurante para comprender cómo es este mundo. Pero sí que me ha hecho plantearme si es bueno o no para ella dejar en sus manos un restaurante como el nuestro.

Aún no me ha dado una respuesta y eso quiere decir que se lo está pensando, así que yo también tengo un tiempo para darle vueltas a todo este asunto y buscar un camino que la lleve a hacer realidad sus sueños, y que haga que Giovanni's encuentre de nuevo la excelencia que tenía cuando Anne seguía viva.

Tras soltar un suspiro y liberarme de todos mis pensamientos, me siento en el borde de la cama y llevo la mirada hacia las vistas que hay a través de la ventana. Me pregunto qué estará haciendo ahora, quiero invitarla a que me acompañe a visitar el restaurante de James y no sé si tendrá planes o no, así que presiono su número en la pantalla y me llevo el teléfono a la oreja esperando que responda.

El silencio se forma durante unos segundos, la llamada suena y, al segundo toque, salta el mensaje del buzón de voz. Con una mueca en los labios decido volver a llamarla pero al igual que antes, vuelve a colgarse y eso me pone de los nervios.

—Vamos, Aby, cógelo...

Insistente, marco una tercera vez y aguanto la respiración en un intento por evitar que la llamada termine y, cuando se descuelga, sonrío de oreja a oreja.

—¿Hola? —me responde otra mujer y de pronto, la sonrisa se me apaga

—Eh... hola —respondo sin saber muy bien qué decir—. ¿Está Abigail? La he llamado un par de veces y no me ha cogido el teléfono. Necesito hablar con ella —explico en un intento por no sornar desesperada.

—Lo siento, ahora mismo está muy ocupada —dice y no sé por qué me incomoda tanto—. ¿Quieres que le deje un mensaje?

—No, es igual. Ya la llamaré más tarde.

Ni siquiera le doy tiempo a que me responda, cuelgo la llamada y, en un estado de *shock*, dejo el teléfono sobre la cama. Me pregunto quién será esa chica, si será una de sus hermanas, si será una amiga o si será... Me llevo una mano a la frente y antes de seguir pensando estupideces, me pongo en pie y me dirijo hacia el baño para empezar a vestirme. Fui una tonta por no comentárselo ayer por la noche pero estábamos tan embobadas que se me pasó por completo decirle los planes que tenía para hoy.

Los minutos pasan mientras que me maquillo y me arreglo el flequillo con una mano. Sin quererlo, y a la vez que me pinto los labios, el recuerdo de Aby regresa a mi memoria y soy incapaz de escaparme de él; pienso en el sabor de sus labios, cómo encajaban con los míos y solo despierto cuando choco con el reflejo de mi propia mirada en el espejo.

—Me estoy comportando como una adolescente, ¡Dios mío!

El teléfono me sorprende y, queriendo que sea Abigail, salgo corriendo del baño para ir en su búsqueda y descolgar.

—¿Aby?

—¿Aby? —me pregunta mi hermano—. ¿Desde cuándo te tomas tanta cercanía?

—No me tomo ninguna cercanía de nada... —Miro a un lado y a otro como si mi él pudiese verme—. Estaba esperando su llamada y...

—¿Ya has podido hablar con ella?

—Lo hice, pero aún no he recibido una respuesta. Además, estoy pensando en algunas cosas y, no sé, todo es un lío ahora mismo.

—El concurso es el domingo... —me recuerda y suelto un suspiro—. No quiero meterte prisa pero nos descalificarán y no podremos presentarnos al siguiente si eso pasa.

—¿Y crees que no lo sé? Te recuerdo que he participado en él los años anteriores.

—Sé que lo sabes —dice y se echa a reír—. Solo te lo decía porque...

—Porque eres una agenda electrónica, sí.

—Entonces, ¿las cosas van bien con... Aby? —pregunta con curiosidad.

—Sí, ya te contaré. —De pronto, un par de tonos interrumpen la llamada y cuando aparto el teléfono de mi oído, me doy cuenta de que es ella y sonrío—. Oye, Carlo, te dejo. Luego hablamos.

—Pero...

—¿Era necesaria tanta efusividad? —me pregunta usando las mismas palabras que yo le dije la mañana que llegó a Verona y vino a por sus llaves del apartamento. Soy incapaz de no reírme y tampoco ella, pues la escucho desde el otro lado—. ¿Querías algo? Estaba ayudando a mi hermana en la cocina y tenía las manos repletas de harina.

—Ah, que era tu hermana...

—¿Quién pensabas que era?

—No, nadie. —Carraspeo—. Siento haberte interrumpido —le digo y me muerdo el labio inferior—. Voy a ir al restaurante de unos amigos y estaba pensando que me gustaría que vinieses conmigo.

—¿Amigos?

—Sí, bueno, son los dueños de uno de los mejores restaurantes de Milán y hoy cierran así que... —Me encojo de hombros como si ella pudiese verme—. Había pensado que podríamos ir juntas y trabajar el plato para el concurso.

El silencio se forma al otro lado de la línea. No quiero sonar insistente, tampoco dejarle ver que no me importa lo que decida, pero deseo que me acompañe y que hagamos esto juntas independientemente de lo que pase.

—Supongo que puedo escaparme... —añade algo pensativa—. ¿Cuál es el restaurante?

—El Cantine Milano.

—¿¡Qué!? —me grita obligándome a apartar el teléfono de mi oreja—. ¡Claro que voy! ¡Ese restaurante es...! Sería idiota si desechase la idea de cocinar allí contigo.

—¿Segura? —Levanto una ceja.

—Segurísima.



35

TRADICIÓN Y VANGUARDIA EN UN POSTRE ITALIANO

ABIGAIL

Debo admitir que el Cantine Milano me ha sorprendido incluso más que el Giovanni's. No hay comparación entre uno y otro, aquí todo es mucho más moderno, más vanguardista, más minimalista. Desde la decoración hasta los platos que James y Teka nos han preparado como sorpresa para comer son una representación de lo que los comensales pueden encontrar en su interior y me he dado cuenta de que al restaurante de Amelia le falta eso, una temática que unifique todo y convierta ese rincón del mundo en un paraíso.

Me dijo que solo vendríamos a trabajar, pero sus amigos quisieron sorprenderla y, al final, pasamos un buen momento con ellos. Ahora hemos dejado atrás el menú degustación, las conversaciones, las risas y el vino para centrarnos en el trabajo. El próximo domingo es el concurso y aunque no le confirmé que iría con ella, lo cierto es que me apetece muchísimo hacerlo. Además, creo que ya sé qué es lo que debo hacer para desprenderme del malestar que llevo dentro desde que me mudé a Verona y creo que con eso será suficiente para volver y seguir adelante con los planes que tenía.

Ella se encuentra junto a mí, sumergida en el movimiento de un cucharón en el interior de una olla de base ancha. Hemos decidido, después de darle muchas vueltas, probar con un plato clásico italiano, modificarlo conforme avanzamos con la receta para darle un toque nuestro que represente la mezcla de nuestras vidas y de todo nuestro recorrido hasta el momento. Aunque yo optaría por un postre que ejemplifique el comienzo de esta relación que, sin preverlo, nos ha unido a las dos.

Con el cuchillo deslizándose sobre la tabla que hay frente a mis ojos, decido poner mi atención en el corte antes de llevarme un dedo por delante. La concentración es uno de los ingredientes estrella en la alta cocina, pero yo no puedo dejar de mirarla y pensar en todos esos besos que nos dimos la noche anterior. Aún puedo sentir sus manos rozando mi mejilla mientras bailábamos, el sabor del alcohol mezclándose en nuestra boca y cómo mi corazón se agitó cuando se sujetó de mi cintura. Todo tiene que estar bien organizado en una cocina, sí, pero ahora mismo, no puedo pensar en ello sino en las ganas que tengo de volver a besarla.

Me encantaría que mi padre estuviese vivo para hablarle de ella y de cómo está cambiando mi vida. Él decía que no debía temer al futuro, que debía dejarme llevar por el corazón y por las personas que deseaban mi bien. Y aquí estoy, junto a un hada madrina que, además de cocinar bien, hace que me tiemble el corazón.

El aroma del vino procedente del interior de la cazuela y que baña el salteado que hemos comenzado a elaborar hace unos minutos, huele de maravilla y despierta mis sentidos devolviéndome a la realidad. Mi mirada choca con la de ella y, tras una sonrisa, volvemos a centrarnos en lo que hacemos, cada una a lo suyo, en silencio. Al menos hasta que mis ganas de hablar lo rompen por completo.

—¿Cómo se ha tomado tu familia que quieras dejar la cocina? —pregunto con curiosidad buscando una cuchara con la que probar el salteado tras echarle las hierbas frescas que cortaba hace unos segundos. Remuevo con tranquilidad a la espera de que se desprendan los aromas y una vez que creo que lo han hecho, le acerco el cucharón a la boca—. Prueba.

Amelia abre su boca y tras soplar un poquito el contenido, se lo lleva a la boca. Se toma un par de segundos para saborearlo y disfrutarlo y, cuando lo traga, se muerde el labio y espero impaciente a su veredicto.

—Me gusta, pero creo que si le añadimos unas setas y hacemos una crema, sería la base perfecta para la carne que estamos asando —comenta pensativa—. O como relleno de unos raviolis también sería perfecto, pero... —Niega un par de veces con las manos—. No, tenemos que pensar en otra cosa.

Decido llevar la cuchara a la cacerola y probar el sabor de la salsa para dejar que se despierten mis sentidos y mi imaginación. Cierro los ojos y, de repente, me encuentro en mitad del monte, acariciando la hierba y sintiendo la brisa fresca en las mejillas.

—Esto sabe como un paseo por la montaña... —digo una vez que abro los ojos y me centro en ella—. Quizá podríamos jugárnosla y hacer algo diferente.

—¿Como qué?

—¿Un postre? —propongo levantando una ceja—. Estos días he estado ayudando a mi hermana con unos dulces para el colegio de mis sobrinos y bueno... —Me encojo de hombros de manera desinteresada—. Podríamos presentar un postre típico que parezca lo que es pero que, al llevarlo a la boca, no sea lo que se espera de él.

—¿Que parezca ser una cosa y no lo sea? —pregunta al no entender lo que le digo—. Explícate.

—Sí —afirmo mientras busco un tomate y lo pongo sobre el banco de la cocina—. Imagínate este tomate. Tú lo puedes poner en un plato, pero una vez que el comensal lo parta por la mitad, encontrarse con que, en su interior, se esconde un pastel —explico con cierta emoción en mis palabras—. Podríamos buscar un postre tradicional y transformarlo en otra cosa que haga que el jurado se sorprenda.

—¿De dónde has sacado esa imaginación?

—De leer demasiados libros de cocina —le respondo echándome a reír—. ¿Te gusta la idea?

—Me gusta, pero... ¿qué postre podemos transformar?

—¿Un tiramisú? —Levanto la ceja de nuevo—. Es muy tradicional y podríamos transformarlo en un plato salado. Por ejemplo, con la carne que estamos asando, esta salsa y la crema de setas que has mencionado.

—Estás loca, pero... —Se lleva las manos a la cintura y afirma un par de veces—. Ya me

estoy imaginando la cara de los jueces cuando se den cuenta de lo que es en realidad —dice y sonrío encantada con la idea—. ¿Qué hacemos con todo lo que hemos cocinado?

—Podemos guardarlo y me lo llevaré a casa. Te seguiré la idea y rellenaré unos raviolis. Estoy segura de que a los niños les encantarán.

—¿Niños?

—Mis sobrinos, los hijos de mi hermana Katy y de su marido Josef —comento mientras apago el fuego y me muevo por la gran cocina en busca de un recipiente donde poder conservar el relleno—. A ellos les encanta que les cocine, así que cada vez que los visito es casi una obligación hacerlo. Y ahora que estoy viviendo en su casa se están aprovechando.

—Estoy segura de que no te importa...

—¡Claro que no! —Me río—. Tan solo con ver sus ojos brillantes me muero de amor. Mi padre decía que cocinar era una forma de expresar tu afecto por la familia y bueno...

Amelia se me queda mirando y yo a ella. No he podido evitar fijarme en el pintalabios rojo que lleva puesto, en cómo eso acentúa la palidez de su piel y esos bonitos ojos oscuros que combinan a la perfección con ese corte nuevo de pelo. Han pasado horas desde que me besó y me dejó sin aliento y, por extraño que parezca, sigo sintiendo ese cosquilleo en mis labios.

—Debe ser increíble —asegura llevando la mirada hacia nuestro alrededor—. Yo nunca he cocinado para mi familia. No es que no hayan probado mis platos, puesto que han venido a comer muchas veces a Giovanni's, pero no he hecho nada pensado exclusivamente en ellos.

—¿De verdad? —afirma un par de veces—. Bueno, aún puedes hacerlo, tienes tiempo y te animo a que lo hagas cuanto antes.

—Quizá lo haga...

La conversación se queda en silencio y decido dedicarme a recoger todo el lío que hemos armado en cuestión de unas horas. No sé cuánto tiempo estaremos liadas con la creación del falso tiramisú de boletus, pero no me importa porque lo que me interesa es que ambas consigamos que sea una obra de arte que lleve de nuevo a Giovanni's a ganar el concurso.



36

EL CORAZÓN DICTA EL CAMINO QUE DEBEMOS SEGUIR

AMELIA

Milán. 31 de enero, 2024

Las horas han pasado y ahora Milán se sumerge en una madrugada oscura y silenciosa. No recordaba lo adictivo que era hacer magia en la cocina, lo mucho que me gusta crear y poner algo de mí en un plato. Abigail se ha pasado el día recordándome que nuestro oficio es creativo, que al igual que un pintor pone parte de sí mismo en un cuadro, nosotros lo hacemos mediante los sabores y los aromas. Yo nunca había visto mi oficio como algo así, pero debo admitir que ese falso tiramisú que hemos preparado es una obra maestra.

—Estoy agotada... —susurro y enderezo un poco mi espalda para intentar sacarme el cansancio de encima.

—Y lo dice una chef de Estrella Michelin. —Abigail, con ese humor pícaro me arranca una pequeña risa—. La verdad es que he perdido la cuenta de las horas que hemos estado metidas allí adentro.

—Han sido demasiadas, pero ¡oye! Tenemos el plato para el concurso —aseguro reflexionando en el domingo con cierta emoción—. Estaba pensando que podríamos volver a Verona el viernes.

—¿El viernes? —me pregunta y afirmo un par de veces—. Tendré que organizar todo... Yo había pensado en coger el tren de última hora el sábado.

—Pero llegarías agotada y...

—Y llegaré —dice y me da un pequeño empujón con su cuerpo—. Además, no lo he mencionado, pero he pensado mucho en lo que me comentaste.

—¿Y...?

—Seré le próxima chef de Giovanni's si me prometes algo. —Levanta un dedo y me señala—. Que, aunque seas mi compañera hasta que me acostumbre ello, vendrás a cocinar conmigo una vez a la semana.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio —confirma y después se echa a reír—. Quiero poder disfrutar de lo de hoy un poquito más.

—¿Estás segura?

—Mucho. Sé que mi sueño ha sido siempre tener mi pequeño restaurante, pero... —
Deja las palabras en el aire—. Quiero formar parte de tu gran familia, conocer a todos,
llevar mi esencia a Giovanni's y ponerme a prueba. Creo que será una oportunidad perfecta
para crecer y aprender.

—No te detiene nada, ¿eh?

—Una aprende a ser fuerte con los años —me dice y soy incapaz de frenar mis
impulsos—. Pero has sido tú la que me ha impulsado a creer que puedo con todo lo que me
proponga.

—Y tu padre. No te olvides de él.

—Mi padre te trajo a ti —susurra y cuando se acerca a mis labios, mis ojos se posan
sobre los suyos—. Mi hada madrina.

Dicen que el corazón marca el rumbo que debemos seguir, que es el único músculo de
nuestro cuerpo que sabe a la perfección lo que deseamos y, en este momento, el mío no solo
me marca el camino, sino que me ha abierto los ojos y me ha mostrado con claridad que
Abigail puede con todo. Sin embargo, hay algo que decido por ella, y eso es ser el hada
madrina que dibuje el camino perfecto que la llevará a conseguir sus sueños.



37

HAY ESTRELLAS EN EL CIELO QUE BRILLAN COMO SUS OJOS

AMELIA

Aún no sé cómo hemos terminado aquí. He perdido la cuenta de cuantos besos nos hemos dado o las veces que mis dedos se han enredado en su precioso pelo castaño. Me he sumergido en su sonrisa y he navegado tanto en sus ojos azules que Milán se ha convertido en algo insignificante a su lado. Ni siquiera me había percatado de lo mucho que deseaba hacerle el amor y de lo liberador que se siente expresar sin palabras todas esas emociones atascadas dentro. Ahora creo que sería capaz de disfrutar de estos momentos sin miedo a caer en las inseguridades provocadas por el miedo.

Abigail es sencillamente suave, no exige, es pausada, paciente. No he necesitado decirle que me he convertido en una niña que está aprendiendo a gatear de nuevo, que me siento torpe y, a veces, humildemente idiota. Que a pesar de todo lo que nos está pasando, mi corazón camina lento porque desea que todo esto funcione y siga adelante todo el tiempo posible.

A veces el destino coloca en nuestro camino a una persona que, de forma inesperada, se convierte en un faro que brilla en la noche. Yo me creía perdida en una madeja de recuerdos, en el incesante eco del pasado. Llegué a creer que era insignificante, que lo que yo aportaba no valía para nada, que la magia se había escapado de mis manos y se había convertido en un residente pasajero. Sin embargo, ahora, cada beso que nos damos me devuelve a los orígenes de aquella mujer que tuvo la oportunidad de alcanzar sus sueños y los vio sepultados, de repente, por la obligación de seguir los consejos de su padre.

—¿En qué estás pensando? —Abigail, con el roce de una de sus manos en mi mejilla, me trae de vuelta a la realidad y borra todos mis pensamientos con facilidad—. Tienes la mirada perdida en alguna parte.

Yo le dedico una sonrisa y me coloco de lado, apoyándome con el codo sobre la cama para mirarla desde la lejanía. Hace una hora que llegamos al hotel, que caímos en la cama y disfrutamos de una oleada de caricias y besos que han dejado mis labios hinchados y todo mi cuerpo temblando.

—Pensaba en la Amelia del pasado —respondo buscando su mano y acariciando sus

dedos con los míos—. Han pasado casi veinte años desde que me vi obligada a ser la chef de Giovanni's, ¿sabes? Y no me había dado cuenta de lo mucho que me dolió que mi padre le asignara a Isabella y Carlo la gestión de la bodega hasta ahora.

—Tuvo que ser difícil...

—Más que eso —digo llevando la mirada a las sombras que forman las cortinas sobre la pared—. Yo no tenía ni idea de cocinar así que tuve que aprender a la fuerza. No se me daba mal, pero no era lo que quería hacer —le explico y suelto un suspiro—. Tuve suerte de que Anne apareciera como si nada en una fiesta de amigos porque de no ser por ella, creo que no hubiese durado tanto en la cocina.

—Pero lo haces genial —asegura y se incorpora para mirarme de frente—. Tienes carácter y un gusto especial para los sabores —me recuerda con una sonrisa pícaro y juguetona—. Tu andadura en la cocina empezó mal, es cierto, pero eso no quiere decir que no seas una buena chef. Solo que... hay algo que te gusta mucho más.

—Ni siquiera te imaginas la suerte que tienes de haber nacido con ese don que tienes —le susurro y, de nuevo, me acerco hasta besar sus labios. Abigail es una chef increíble, sé que se llevaría perfectamente con el equipo, pero hay algo que no termina de gustarme—. Estoy segura de que les vas a encantar a todos. Incluso a mi madre e Isabella.

—¿Eso crees? —pregunta con algo de miedo—. Me da miedo no caerles bien o que crean que he sido yo la que te ha echado de la cocina del restaurante.

—No te preocupes por eso. Voy a hablar con ellas y contarles todo lo que ha pasado —comento en un intento porque se tranquilice—. Y lo entenderán. Además, solo tú podrías manejar un equipo de...

—¿Veinticinco personas?

—Treinta. —Levanto un par de veces las cejas—. Pero piensa que todos ellos están para seguirte a ti. Yo estaré contigo los primeros meses. Sé que puede parecer mucho de golpe y es posible que te agobies, pero piensa esto, el concurso será tu bautizo, tú has tenido la idea del tiramisú y todos los halagos y el reconocimiento serán para ti.

—¡No seas tonta! Si lo ganamos, lo haremos las dos. —Me golpea en el estómago con una mano—. He estado pensando que me gustaría conocer a los chicos antes de nada. Quiero saber si están contentos en sus puestos, si les gustaría dedicarse a otra cosa... no sé. —Se encoge de hombros—. Quiero que todos sean felices, ¿me entiendes?

—Le diré a Carlo de organizar algo —respondo con una sonrisa en los labios—. Sería una buena forma de presentarte y que los conozcas. Algunos de ellos llevan toda la vida con nosotros, pero hay otros que son recién llegados. Como tú.

—Así no me sentiré tan sola. —Se echa a reír.

—Nunca estarás sola, me tendrás a mí.

Me sonrío y después, se acerca para besar mis labios y quedarse en ellos todo el tiempo posible. Por unos segundos me imagino cómo será tenerla en Verona, disfrutar de su compañía en el restaurante, de su sonrisa mientras desayunamos y de todo lo que eso significa. Es increíble que hayamos llegado hasta aquí, pero me siento feliz.

—Siempre me he preguntado por qué elegiste Giovanni's en vez de abrir tu pequeño restaurante de ensueño —le digo acariciando su mejilla con suavidad.

—Por ti... —responde—. Tú has conseguido que sienta que va a ser mi hogar, que todo lo que pase allí me hará volar y alcanzar lo que quiero.

—Pero...

—Pero todo será maravilloso, ya lo verás.

Abigail me da un piquito en los labios y cuando se levanta de la cama, empieza a vestirse. No quiero que se marche, pero debe hacerlo y ella también lo sabe. Aún no estamos en ese momento, sin embargo, me encantaría poder invitarla a quedarse.

—Avísame cuando llegues a casa de tu hermana, ¿de acuerdo?

—Lo haré... —susurra y cuando se pone las botas, se acerca para besarme de nuevo—. ¿Te apetece venir a comer mañana?

—Me encantaría.

—Pues nos vemos mañana. Buenas noches...

—Buenas noches, Aby.



38

COCINAR CON AMOR

ABIGAIL

Sonrío y aunque he intentado evitarlo, no puedo. Tengo el gesto clavado a las mejillas y han empezado a dolerme hace tanto que, al final, me he acostumbrado a ello. Hace unas horas que llegué a casa y, a pesar de haberlo intentado, no he podido dormir nada. Una ducha ha conseguido que mi agotamiento pese menos, y he recuperado algo de energía con un café solo y bien cargado. En casa aún duermen, todo está en silencio, así que he decidido cerrar la puerta y ponerme a cocinar. Ni siquiera les he podido contar que tendremos una invitada porque cuando llegué era muy tarde, así que les daré la sorpresa cuando se despierten.

Tal y como le comenté a Amelia, la idea de hacer unos raviolis caseros para todos era perfecta para hoy, así que llevo unos minutos elaborando la masa para la pasta, sumergida en los recuerdos compartidos con mi padre. La primera vez que hundí mis dedos en la harina estornudé tantas veces aquel día que todo fueron risas, presenciar la transformación de los ingredientes en algo tan delicioso fue espectacular y fue por ello por lo que me enamoré de mi oficio.

Es una lástima que el relleno que preparamos se perdiese tras mi decisión de pasar la noche con ella, pero no me arrepiento. Jamás habría pensado que acabaríamos en el dormitorio de su hotel besándonos y amándonos con la misma ansia con la que un buceador busca oxígeno tras sumergirse en las profundidades del mar a todo pulmón. Gracias a eso no puedo evitar sentir ese pequeño cosquilleo en el estómago, esas mariposas que han llegado de la nada y que me han sorprendido tanto como a ella.

La masa ya está perfectamente lista, tan solo debe reposar un poco para estirla y darle forma, así que es momento de pensar en un relleno que guste a todos y que sorprenda a mi invitada especial.

Sin hacer demasiado ruido, camino por la cocina para sacar los bártulos que necesito y los ingredientes que llaman la atención del interior del frigorífico. Lo mejor de vivir en casa de Katy es que nunca falta de nada; un gesto en su personalidad que heredó de mi padre. Dejo sobre la mesa espinacas frescas, la salsa de pesto que elaboré hace un par de días, queso azul y parmesano para rallar. Me giro y, tras observar el conjunto de todos los ingredientes, cierro el electrodoméstico y pongo mi atención en la despensa, de la que cojo nueces y almendras al natural.

Mi padre decía que todo lo que elegimos para llevar a cabo la elaboración de un plato debe aportar algo significativo al plato. Las espinacas suavizan el sabor pesado del queso, el pesto da un toque aromático, el parmesano no puede faltar en una comida italiana y las nueces, junto a las almendras, le dará al relleno ese toque *crunch* que tanto me gusta aportar a mis platos y que nadie espera encontrar.

No me lleva más que unos segundos colocar una sartén al fuego con un poco de aceite y comenzar a rehogar las verduras. Esto es algo muy rápido, solo necesito que estén en el fuego un poco para que suelten un poco el agua y luego no se escurra en el interior del ravioli. La masa debe descansar unos minutos, así que tengo tiempo de sobra para disfrutar del proceso.

—Espero que después recojas todo este desastre... —Katy, que aparece por la puerta de la cocina con el pijama aún puesto y unas ojeras terribles, provoca que me eche a reír—. No tengo ni fuerzas para respirar hoy.

—¿Tan agotador fue el viaje?

—Bastante y apenas lo pude disfrutar —resopla—. En fin, lo bueno es que ya estoy en casa y que tengo unos días libres.

—Y que vas a comer algo que te va a llenar de energía —comento con una sonrisa—. Estoy haciendo raviolis de espinacas con queso azul y un toque especial que no te diré.

Katy se mueve por la cocina, abre la nevera, sujeta la botella de leche con una de las manos y, tras cerrar la puerta con el trasero, se pone un vaso que se bebe casi de un trago. Yo, mientras, me dedico a mirarla y a remover las espinacas. Ya están casi a punto y lo único que me queda es ponerme a extender la masa y elaborar los circulitos que rellenaré poco después.

—¿Y esa sonrisa? —me pregunta obligándome a mirarla—. ¿Ha pasado algo interesante que me quieras contar?

—Imagino que Josef te habrá contado lo del restaurante. Eso me tiene bastante feliz —comento ocultándole lo que ha pasado con ella—. Además, hoy tenemos una invitada a la mesa y quiero que quede todo bien.

—¿Hablas de mamá? Tania me dijo que iría a por ella a mediodía.

—No, pero gracias por decírmelo. —Sonrío con cierta ironía, agradeciéndole el hecho de que pasemos en familia todo el día—. Hablaba de Amelia. La invité a comer anoche.

—¿Anoche? —Katy se sienta en uno de los bancos de la isla y me mira con curiosidad—. ¿Tuviste una cita?

—No fue una cita. Estuvimos en el restaurante de unos amigos elaborando el plato para el concurso del domingo.

—Pero Josef me dijo que te fuiste a eso de la una de la tarde...

—Dar forma a un plato tan especial como ese, no es fácil, Katy —comento mientras echo un poco de harina sobre el banco y comienzo a aplanar la masa con el rodillo—. Queríamos que fuese único, que hablase de ambas y que supiese a hogar.

—Pues si sabe a eso, créeme, a nadie le gustará, ¿tú has visto como tiene tu sobrina su dormitorio? —Señala con el dedo—. Huele a...

—¿Queso?

Nuestras risas se mezclan en el aire mientras que no dejo de amasar y dar forma a una masa lisa, suave, con un ligero aroma a especias y tan suave y elástica que podría elaborar unos *farfalle* con ella.

—Así que con Amelia no ha pasado nada... —insiste de nuevo—. Ya sabes que no está

mal que tengas una relación con alguien. La última no...

—Claire y yo tuvimos que dejarlo, y ya está.

—No, Claire lo dejó contigo porque no entendía tus razones para dejarlo todo por mamá —me dice levantando una ceja—. A menudo la gente que creemos que más nos conoce, no lo hace en absoluto. Fue demasiado fría.

Antes de que Claire y yo lo dejásemos cambié todos mis planes y dejé mi puesto en el restaurante en el que trabajaba para centrarme en mamá. Abandoné todos mis sueños, me aparté de mi camino y me olvidé de lo que me hacía feliz para cumplir una promesa que le hice a mi padre. Claire solo me protegía y preocupaba por mí, pero yo estaba demasiado ciega como para entenderla.

—Ella tenía razón, Katy. Solo quería que fuese feliz...

—¿Que fueses feliz? —me pregunta confusa—. Estabas cuidando de mamá, Aby.

—Pero no estaba en la cocina —rebato dejando el alisado de la masa para centrarme en ella—. Cuidar a mamá ha sido agotador y doloroso. Ver cómo poco a poco se perdía, cómo sus ojos dejaban de brillar y se sumergían en la nada, cómo de repente olvidaba algo tan sencillo como el día que era... —le cuento con los ojos repletos de lágrimas—. Mamá... —Llevo la mirada hacia el techo—. Le prometí a papá que cuidaría de ella y esa promesa provocó que abandonase lo que más he amado en mi vida. Yo soy feliz aquí —añado señalando la cocina—, con las manos en la masa, con el estrés de los pedidos, con el ruido de las ollas y los mil aromas flotando en el aire. ¡Este es mi sitio! Y Claire lo sabía...

—Pero tu familia...

—Es importante, ¡sí! —afirmo un par de veces—. Pero también lo es luchar por nuestro futuro, ¿o no lo crees así?

Katy me mira y durante varios minutos permanecemos en silencio. Es la primera vez que hablamos de esto, de lo complicado que ha sido todo para mí, de lo duro que ha sido apartarme de mi camino y convertir mi sueño en algo inexistente.

—Creo que iré a despertar a los demás, te dejaré aquí con... tus cosas.

—Sí, será lo mejor o no comeremos hoy —le digo y me centro en todo lo demás—. Los raviolis no se hacen solos.

Katy sale por la puerta de la cocina dejándome a solas con mis emociones, con mi pasado, con mis remordimientos, con un futuro que comenzó a escribirse hace tiempo y que compartí durante demasiados años con mi padre.

No me arrepiento de haber cuidado de mamá, pero debo reconocer que parte de mí no deja de pensar en lo que hubiese ocurrido de no hacerlo, de haber sido un poco más egoísta y haberme dedicado el tiempo que merecía.



39

UNA COMIDA EN FAMILIA

AMELIA

Recuerdo muy bien cuando fue la última vez que comí con mi familia. Fue la Navidad anterior a que Anne muriese y después de aquello, pese a los intentos que hice acabé odiando reunirme con ellos; las conversaciones con mi hermana y mi madre me dejaban a todas horas ese regusto amargo en la garganta. Su lástima hacia mí no me ayudaba a seguir adelante, y aunque no los culpo de lo mucho que me ha costado avanzar y salir de este bache, siento que lo he hecho yo sola y que no he podido contar con ellos para nada.

Desde que me monté en el taxi a la salida del hotel, no he dejado de preguntarme cómo serán las hermanas de Abigail. Ella me ha hablado un poco de ellas y, aunque lo he intentado, soy incapaz de imaginármelas.

Milán ha amanecido nublado y no me extraña, el invierno sigue con nosotros a pesar de lo cálido que puede ser el sol a estas horas de la mañana. Me había olvidado de la humedad, de lo heladas que se me ponen las manos y las orejas a causa del frío, de la necesidad de llevar guantes y bufanda y de lo indispensable que son los abrigos. He estado tan ocupada en mis cosas que ni siquiera he prestado atención a lo que me rodea más allá del restaurante, mi hogar y mis problemas. Encerrarse en una burbuja durante un tiempo e impedir que todo te traspase está bien cuando estás herida, pero lo que se siente una vez que esta se perfora y se rompe, no tiene explicación. Atrás ha quedado la Amelia destrozada y en el reflejo del retrovisor puedo ver a una mujer nueva, un fénix que ha renacido una vez más y que lo ha hecho con la fuerza suficiente para coger las riendas de su vida.

A través de las ventanas del taxi la ciudad se mueve a un ritmo lento, como si nada nuevo fuese a pasar. Todos avanzan en una dirección, hablan, sonríen, viven; algunas parejas cogidas de la mano disfrutan de un café en la terraza de un bar y los comercios se llenan de visitantes con la intención de regresar a sus casas con las bolsas repletas con todo lo que necesitan. Sí, la vida sigue, para mí, para todos, sin importar lo que suceda dentro de unas horas, días, meses o años.

Sumergida en mis pensamientos me abstraigo por completo de lo que me rodea para pensar en Anne. Carlo tenía razón al decir que ella se sentiría feliz de verme así, de saber que mi corazón late sin dolor, que sonrío no para ocultar las lágrimas o la tristeza sino por las emociones que siento. No obstante, me arrepiento de no haberle contado cuál era mi

verdadero sueño o que estaba cansada de vivir la vida que me habían impuesto; ella era mi mejor amiga, mi compañera fuera y dentro de Giovanni's, y a pesar de los años que compartimos juntas, algo me frenó. A veces aceptamos las cosas como nos vienen y aunque no está mal hacerlo, el error más común es olvidarte de que tú importas.

—Llegaremos en cinco minutos, señorita.

El conductor me mira a través del retrovisor y le dedico una sonrisa agradeciéndole el aviso y también la tranquilidad de un viaje que se ha amenizado con un silencio profundo que me ha permitido pensar en mí y en lo que haré una vez que regrese a Verona y termine el concurso. Estoy deseando que todos conozcan a Abigail, que la abracen como a una más de la familia y que ella se sienta cómoda y a gusto. Sin embargo, sigo dándole vueltas al hecho de que ella se vaya a hacer cargo de Giovanni's a cambio de no cumplir el sueño de abrir su pequeño restaurante.

Los minutos se acortan rápidamente y antes de que me dé cuenta de donde estoy, el taxi estaciona junto a una bonita casa unifamiliar de dos plantas rodeada por un jardín vallado que me roba una sonrisa. Yo siempre quise vivir en un lugar así, rodeada de esa naturaleza que había disfrutado desde que nací. Una vez fuera, la brisa fresca del mediodía choca con mis mejillas calientes y eso me obliga a acomodarme mejor la bufanda y sujetar con fuerza la bolsa que cargo conmigo y que contiene tres botellas de vino de la bodega de mi familia, un delicioso prosecco que espero amenice la reunión y que he comprado en una tienda especializada cerca del hotel donde me hospedo.

Atravieso el jardín con los nervios instalados en mi estómago y las ganas contenidas de ver a Abigail se dibujan en una sonrisa que no se me ha borrado desde que se marchó de mi dormitorio. Presiono el timbre pensando en que me encantaría volver a besarla, tener la oportunidad de arrancarle otro suspiro y observar cómo le brillan los ojos; pero sé que es mejor aguantar y no ocasionar un arranque de preguntas que estoy segura de que ninguna sabrá responder.

—¡Ya abro yo! —Escucho alto a través de la puerta y enderezo mi espalda sin saber bien con quién me encontraré al otro lado. El silencio provoca que me muerda el labio inferior y, cuando esta se abre, mis ojos chocan con una mujer joven, de pelo castaño manchado de mechas rubias y una mirada que me recuerda a la de Abigail—. ¿Tú eres...?

—Amelia —afirmo un par de veces con la cabeza—. Y creo que tú debes ser Tania, ¿o me equivoco?

—Has acertado de pleno. —Se ríe y se hace a un lado invitándome a pasar—. Disculpa por el follón, todo estamos un poco histéricos hoy. —Se encoge de hombros—. Mi hermana está en la cocina, pero ven, que te presento a todos.

Me guía a través de pequeños pasillos hasta dar con un salón amplio, adornado con un toque moderno minimalista roto por un rincón repleto de juguetes y algunas fotografías que adornan las paredes. Escucho la risa de los niños antes de que ellos se giren y también lo hagan los demás.

—¡Familia! —exclama Tania dado un par de palmas—. Esta es Amelia, la amiga de Aby —anuncia y después, me sonríe—. Estos pequeñajos de aquí son mis sobrinos, George y Kaya. Ella es mi hermana Katy y su marido, Josef —me presenta y le dedico a todos unos saludos silenciosos, exactamente igual que ellos a mí—. Y esta preciosidad de mujer es mi madre, Louisa.

Antes de acercarme para saludar a todos, me arrodillo y me centro en Louisa. Al hacerlo, reconozco en sus ojos esa mirada perdida de la que me habló Abigail, como la de

un marinero observando la nada. Sin embargo, presiono con suavidad su mano entre las mías y le sonrío con dulzura.

—Tiene una familia maravillosa, Louisa —le digo y cuando escucha mi voz, su mirada se encuentra con la mía y levanta una de sus manos arrugadas para acariciar mi mejilla—. Gracias por invitarme hoy a comer. Para mí es un placer estar aquí.

—Desiré... —me llama y le doy un beso en el dorso de la mano—. ¿Qué haces aquí? ¿Has venido a verme?

—Mamá no es...

—No pasa nada —le digo a Tania con una sonrisa sincera—. Sí, he venido a verte y estaré aquí todo el día, ¿qué te parece? —Louisa parece emocionarse y aunque no sé quién es Desiré, sé que por unas horas, ella será feliz con mi presencia—. Ahora voy a ver a tu hija, ¿de acuerdo? Aby está en la cocina.

—Siempre le digo a Paul que no es lugar para una niña tan pequeña, pero no me hace caso —comenta la mujer y suspira.

Cuando llevo la mirada a mi alrededor, puedo ver en los ojos de todos esas emociones que nacen y te abruman por la sorpresa. Estoy segura de que no esperaban una conversación como esta ni tampoco que Louisa me reconociese como Desiré, que no sé muy bien quién es. Sé, por mis abuelos, que esta enfermedad te hace olvidar y, a la misma vez, regresar al pasado; estoy segura de que esa mujer era alguien importante, indispensable y que alguno de mis rasgos provocaron que ella hilase sus recuerdos.

—Ven, vamos a ver a mi hermana... —propone Tania antes de que levante la bolsa mirándolos a todos—. He traído vino, un prosecco de la bodega de mi familia.

—¿De tu familia? —Josef, rompe el silencio que se ha formado de repente.

—¿Conoces la bodega GG? —pregunto con curiosidad—. Es de los Giovanni. Mi familia ha sido viticultora y bodeguera desde que mi padre se dedicó a ello —explico sin darle demasiada importancia a pesar de que esas tierras y sus uvas siempre han sido mi sueño—. Estas botellas son de la última reserva. Así que espero que las disfrutéis.

—Muchas gracias por el detalle... —Katy se acerca con una sonrisa apenas visible y me da dos besos; después, se centra en su madre—. Espero que mi hermana no te dé demasiados dolores de cabeza. Es experta en ello.

—No le hagas ni caso, Aby es... —comenta Josef echándose a reír.

—¿Qué soy?

Cuando escucho su voz, me es inevitable girarme y buscarla con la mirada. Está preciosa, algo manchada de harina, pero igual de bonita a como la recuerdo hace unas horas. Me sonrío y yo a ella, y a pesar de lo que me dije a mí misma antes de entrar, avanzo y la beso, convirtiendo ese instante en uno más íntimo y personal. En un anuncio de que no soy cualquier persona en su vida.



40

AQUÍ ES DONDE EMPECÉ A SOÑAR

ABIGAIL

Tengo el sonido de las risas de toda la familia grabado en la mente, lo mucho que disfrutaron todos de los raviolis, del sabor del prosecco mezclado con el chocolate de la tarta que trajo Tania para el postre, de la conversación que mi madre tuvo con Amelia y la cara de todos cuando ella me besó nada más llegar. Creo que ninguno en casa lo esperaba, ni siquiera ella, por eso fue tan especial y tan real, una manera única de presentarse ante todos y de hacerse un hueco en la familia. Yo no me había atrevido a mencionar lo nuestro porque necesitaba estar segura de que ella quería estar conmigo y ese gesto fue suficiente para confirmármelo.

No imaginaba que podría darse una jornada tan única como la que hemos disfrutado hoy y es por eso por lo que apenas puedo soportar la sonrisa que tengo. Ahora estamos a solas, hemos escapado de todos dejándonos llevar por el corazón, sujetas de la mano, sumergidas en nuestros pensamientos y quien sabe en qué más. El silencio nos rodea y aunque he querido romperlo en más de una ocasión, la verdad es que estoy disfrutando de ello tanto como de este paseo que nos está llevando en línea recta hacia uno de mis lugares favoritos.

Cuando papá decidió abrir Piccolo's, mamá me dijo que se pasó meses buscando el local perfecto. Él no quería que estuviese muy lejos de casa, necesitaba poder ir caminando y saber que en el caso de que hubiese una urgencia en casa, él podría acudir lo más rápido posible. Y una vez que lo encontró, el restaurante se convirtió en su segundo hogar. Mi madre me contaba que allí se pasaba horas y que no abrió sus puertas al público hasta que sintió que estaba tal cual él soñaba. Fue esa una de las razones por las que, tras su muerte, me prometí que jamás lo venderíamos y nos desprenderíamos de los recuerdos que bañan sus paredes. Para mí fue siempre como la casita del árbol a la que acudir cuando algo te ocurre y, después de su muerte, en ese lugar donde buscarlo y sentirlo cerca.

Durante la comida, mientras que la observaba hablar de su familia, de sus abuelos y del restaurante, pensé que sería bonito que ella conociese el lugar donde nació mi amor por la cocina. También es una manera simbólica de que mi padre la conozca a ella.

—¿Vas a decirme ya donde me llevas? —Amelia, que ya se ha cansado de mi silencio, frena sus pasos y me pregunta buscando leerme el pensamiento—. ¿O vas a mantener el

misterio hasta en un último momento?

—Quiero que lo veas por ti misma —respondo golpeando con mi cuerpo el suyo. Hace frío, así que en busca de algo de calor, me acerco a ella y me sujeto a su brazo instándola a seguir. No nos queda demasiado para llegar y mis nervios están a flor de piel. Sé que papá no podrá hablar con ella, pero su esencia sigue en ese lugar y estoy emocionada—. Tan solo te diré que es especial para mí, que nunca desaparecerá pero que echaré de menos una vez que me marche a Verona contigo.

Se me queda mirando y me besa en la frente con una dulzura que me arranca un suspiro y me obliga a abrazarla poco después.

—Aún no sé cómo has podido dejar todo esto por formar parte de Giovanni's —comenta con una franqueza que me atraviesa el pecho—. Tus hermanas son increíbles, ¿y tu madre? ¡Por favor! Yo, no creo que pudiese estar mucho tiempo alejada de ellos.

Emocionada por saber cómo se siente y qué es lo que piensa sobre mi familia, sonrío y le regalo un beso en la mejilla de agradecimiento.

—Que mamá te confundiese con su hermana gemela fue increíble...

—¿Tan parecidas somos? —afirmo un par de veces—. Vas a tener que mostrarme fotografías.

—Tengo los álbumes en casa, así que cuando lleguemos a Verona, te las enseñaré todas —le prometo antes de continuar caminando—. Es una lástima que papá no esté para conocerte. Le habrías encantado.

—¿Tú crees?

—¿Cómo no le iba a gustar una mujer que se está asegurando de hacer que mi camino hacia mis sueños sea más fácil? —pregunto con ironía, acariciando su brazo con el pulgar—. Aunque, pensándolo bien, quizá lo conozcas un poco hoy.

—¿De qué estás hablando?

—De que la esencia de las personas se queda grabada en el lugar que ellos amaron con todo su corazón —respondo mirándola a los ojos—. Todas las personas que mueren encuentran su propio santuario entre los vivos. Y el de mi padre está...

—En la cocina de su viejo restaurante, ¿verdad?

Que Amelia haya descubierto el lugar que vamos a visitar provoca que me sienta descubierta y feliz. En cuestión de pocos días nos estamos conociendo demasiado, como si estuviésemos leyendo el libro de nuestras historias.

—Eres la primera persona, fuera de la familia, que va a visitarlo —le digo con el corazón saltando en mi pecho—. Y no es que no haya tenido más parejas o no haya querido llevarlas, es que... contigo siento que él encajaría.

De repente, en sus ojos veo el brillo de la ilusión, de las emociones, del amor y el cariño. Mi padre decía que en el mundo hay personas que son como un faro en mitad de la oscuridad de la noche, con su luz muestran el camino que debes seguir y con sus manos te acompañan y te guían para cerciorarse de que llegas a buen término. Ella ha sido eso para mí desde que dejó en mis manos las llaves de mi nuevo hogar y me mostró todo lo que podía alcanzar si me dejaba llevar y pensaba en mí.

—Entonces, vamos —me susurra antes de besarme de nuevo y provocar que me tiemblen las rodillas—. Quiero conocer al hombre que ha hecho de ti una chef de los pies a la cabeza.

—Sí, no le hagamos esperar más...

Nuestros pasos se vuelven ahora más rápidos y en la segunda manzana, al girar a la

derecha, mis ojos chocan con las verjas cerradas de Piccolo's y su bonito letrero en rojo. Los toldos a rayas blancas y verdes están llenos de hollín y algo roídos por el tiempo que ha pasado desde la última vez que se extendieron. Los portones de madera de nogal sujetan las bonitas cristalerías y como si estuviese soñando despierta, me veo a mí misma correteando o entrando a toda prisa por ellas. Un nudo se me ata a la garganta y aguanto la respiración unos segundos antes de instarla a que siga caminando.

Las llaves suenan en mis manos cuando me agacho para abrir los candados y el sonido de los hierros oxidados al ser arrastrados nos da la bienvenida un par de segundos antes de que encienda la luz de mi teléfono para alumbrar el interior; a pesar de que aún es de día no quiero que tropecemos, sino que disfrutemos de esta visita juntas.

—Te presento a Piccolo's... —le digo señalándolo todo a mi alrededor. Sobre las paredes aún están los cuadros con las fotografías de la familia. Las mesas con su mantelería siguen intactas, así como las sillas y la decoración que tanto le costó a mi padre encontrar. Parece que el tiempo se haya paralizado aquí dentro y apenas soy incapaz de contener las lágrimas por lo que eso significa—. El lugar de mis sueños...

Camina a mi alrededor, en silencio, observando todo con tanto detalle que siento que quiere grabárselo por completo en la mente. Me mira un par de veces, se sumerge en sus propios pensamientos y, después, acaricia con sus manos esos pequeños detalles que llaman su atención.

—No me lo imaginaba así... —dice una vez que acaricia con sus manos la zona de servicio en la que el reloj de pared, con sus manillas paralizadas, se lleva toda su atención—. Parece que este negocio siga tan vivo como tú y yo.

—Katy no quiere venir aquí porque dice que papá lo mantiene en pie —confieso para caminar hacia donde está ella y sujetarme de su mano—. Yo creo que él sigue aquí, cocinando como lo hacía allí atrás, con su sombrero gigante rojo y ese mandil que en alguna ocasión me llegó hasta las rodillas —comento entre risas y lágrimas de añoranza—. Venir aquí me recuerda la razón por la que amo la cocina, ¿sabes?

—¿Y cuál es?

—Que la cocina es la magia capaz de hacerte viajar a lo largo de tu historia, a esos momentos repletos de felicidad... —le digo sin pensarlo demasiado—. Cada vez que cocino algo, mis sentidos se activan y me llevan a rescatar sabores que marcaron e hicieron de ese instante algo perfecto. Y eso es lo que quiero para mi futuro. Trabajar en un restaurante que hable de la vida y el hogar... —añado mirándola a los ojos—. Quiero lograr que todos se vean reconocidos en un plato y hacer que se sientan como en casa.

—Sabía que deseabas algo así...

—¿De verdad? —pregunto mientras que la arrastro conmigo hacia la cocina, metiéndonos de lleno en mi paraíso personal.

—Me encantaría ser capaz de hacer lo mismo que él —suspiro apoyando mi cabeza en su hombro—. Que mi restaurante sea mi segundo hogar y un lugar al que acudir a soñar.

La oscuridad cae sobre nosotras a pesar del brillo de la linterna de mi teléfono, pero eso no importa porque Amelia acaricia mi mejilla y besa mis labios, accionando la llama necesaria para encender el fuego, el mismo que arde en mi corazón y que le está dando sentido a mi vida estos días.



41

SUJETANDO LAS RIENDAS DE MI VIDA

AMELIA

Verona. 2 de febrero, 2024

Mi regreso a Verona se ha dado tan rápido que apenas he podido arrancarme de la piel el dulce aroma de Abigail. Cuando me marché a Milán lo hice porque Carlo me lo había aconsejado y porque parte de mí misma tenía miedo de perderla cuando apenas empezaba a conocerla y sentir cosas por ella. No necesitaba una excusa para ir a por ella, para viajar y contarle que tenía pensado que ella fuese la jefa de cocina de Giovanni's, pero tras nuestra visita al restaurante de su padre, mis ideas se quedaron más claras y no quiero ser la que meta a un pajarillo en una jaula.

Voy conduciendo camino de mi casa para reunirme con todos y hacer algo que debería haber hecho el día que el notario nos expuso los últimos deseos de mi padre. Me hubiese encantado no verme atrapada entre el deber y lo que deseaba de verdad, no sentirme obligada a seguir con sus planes por miedo a defraudar; pero así fue, y eso ya no lo puedo cambiar. Lo que sí puedo hacer es reescribir mi futuro y empezar de cero de la manera que deseo.

El ambiente húmedo de Milán ha quedado atrás y, frente a mis ojos, las laderas silenciosas repletas de viñedos dormidos me dan la bienvenida como lo han hecho toda la vida. Mi padre era el único que sabía que amaba la tierra y los cultivos, además de ver crecer las uvas, chafarlas con mis pequeños pies cuando se organizaba la fiesta de la cosecha y observar cómo maduraba el vino en las barricas. Yo nací para ser viticultora, para ser enóloga y fue para eso que estudié. La cocina era un don que había crecido conmigo, pero mi sueño estaba en el vino, en el aroma de una bebida capaz de despertar los sentidos y hacer que todo sepa mejor.

Me queda un par de kilómetros por llegar y no he dejado de rumiar todo lo que quiero decir. Ni Carlo conoce a qué se debe esta reunión y es mejor así porque estoy cansada de que él sea el único capaz de entenderme. No sé cómo se tomarán mamá e Isabella mi decisión, pero no me importa en absoluto porque seguiré hacia adelante por más que piensen que es una locura.

A lo lejos, entre las colinas, la villa de la familia asoma tal como la dejé a primeros de año. Parece que ha pasado una eternidad, ni siquiera me reconozco si me miro al espejo, pero eso quiere decir que he dado un paso, que he avanzado y subido todos los escalones

que necesitaba para escapar del hoyo en el que me encontraba y poder respirar. Además, nadie me iba a decir que luchar y seguir adelante me iba a entregar de nuevo la oportunidad de amar, porque sí, me he enamorado y es algo de lo que ya no puedo escapar. Ahora me siento feliz y con el corazón cargado de ilusión y ganas por empezar.

Tras atravesar el camino de árboles que se abre paso en el paisaje y que me llevan directa a la puerta principal, apago el motor del coche y me tomo un par de minutos para respirar profundamente. Abigail me pidió que la mantuviese al tanto de lo que ocurriría hoy, así que busco mi teléfono y comienzo a teclear un mensaje rápido:

|| Amelia:

Estoy ahora mismo en la villa. Espero que pronto la podamos visitar juntas.
Deséame suerte.

Tras darle al enviar, sonrío y salgo del coche cogiendo mi bolso con una mano. Ya no soy la Amelia rota por dentro, la perdida en sus emociones, la nerviosa e insegura, la dura. Soy una nueva mujer y no me cabe duda de que todos los notarán una vez que abran la puerta y me miren a los ojos. Porque si hay algo que representa mi cambio es mi sonrisa, mi corte del pelo y cómo late de rápido mi frenético corazón.



42

A VECES SE NECESITA PERDER PARA GANAR ALGO MUCHO MEJOR

AMELIA

El silencio recorre el salón de una manera tan arrolladora que se me ha metido dentro. Al venir sin avisar he pillado a Isabella en la bodega, pero Carlo ha ido a recogerla y ambos están de camino. Mamá, en cambio, se ha quedado tan perpleja de mi llegada que apenas ha sido capaz de preguntarme siquiera como me encuentro; ahora está en la cocina preparando lo que parece ser un almuerzo rápido para todos. Yo me he quedado aquí, recordando esos años en los que fui una niña feliz que corría por esta gran casa siguiendo los pasos de un hombre al que yo adoraba con todo mi ser. Mi padre para mí era un referente, había conseguido todo lo que tenía con esfuerzo y el apoyo de su familia y, aunque es cierto que fue ambicioso, serlo le permitió lograr que sus vinos fuesen los mejores de toda Italia. Su sueño. Yo deseaba con toda mi alma seguir sus pasos, hacer que las bodegas GG atravesasen la frontera y se expandiese por toda Europa, y que incluso en Francia o España pudiesen disfrutar de ellos. Me imaginaba a todas esas familias brindando como nosotros lo hacíamos cuando comíamos juntos, con las copas llenas de un delicioso y dulce prosecco. Tal como lo hice junto a la familia de Aby en Milán hace unos días.

El sonido de la puerta principal y unos tacones chocando con la piedra del suelo me avisan de la llegada de mis hermanos, y una vez que Isabella atraviesa el arco del salón y se me queda mirando, su gesto de sorpresa es tal que apenas puedo soportar la sonrisa.

—Te dije que nos habían cambiado a Lia por otra persona —murmura mi hermano antes de echarse a reír.

—Cambia ese gesto, parece que hayas visto un fantasma.

Carlo, pasa por su lado y se acerca a mí para abrazarme con todas sus fuerzas. Me sujeta de las mejillas como si aquí la pequeña fuese yo y me da un beso en la frente a sabiendas de todo lo bueno que me ha pasado.

—Te queda genial ese corte de pelo, hermanita —me susurra y me regala otro beso, ahora en la mejilla—. ¿Por qué la urgencia? Creía que había pasado algo.

—Y así es, pero no es nada malo —comento brindándole una sonrisa—. Quería reunirme con todos porque tengo algunas cosas que deciros.

—¿Y mamá?

Isabella, que por fin ha vuelto en sí, se lleva una mano a su barriga en un gesto maternal que la hace verse entrañable y adorable.

—En la cocina. Creo que le dio un *shock* al verme aparecer así... —Carlo se ríe y decido caminar con él hasta sentarme en el sofá que hay junto al ventanal—. No sé por qué tanto alboroto, solo me corté el pelo —comento con un tono de broma mirándolo a los ojos—. Sigo siendo la misma.

—Créeme, sí que pareces otra —dice mi hermana y me dejo caer sobre el respaldo—. La última vez que estuviste aquí tenías los ojos hinchados y las ojeras amoratadas eran... —Levanta las manos y las deja caer pesadamente—. Eras un desastre, y mírate ahora. ¿Se puede saber qué te ha pasado?

—Ya lo he dicho, nada malo —respondo sin dar demasiados detalles—. Solo que he salido del hoyo en el que estaba y he visto la luz de nuevo.

—Ya veo...

—Estos días en Milán me han servido para pensar mucho en mí, para darme cuenta de algunas cosas y ubicar mi futuro de ahora en adelante —explico un par de segundos antes de que mi madre aparezca de nuevo—. ¿Tan mal me queda? —Señalo mi pelo.

—¡No es eso! —exclama mi hermana—. Es que no esperábamos verte tan...

—¿Cambiada?

—No, cariño... —Mi madre se acerca a mí y se sienta justo a mi lado sujetándome de las manos—. Es como si te hubieses quitado años de encima. Tu gesto está tan... descansado y tus ojos...

—Supongo que es porque me siento feliz.

—¿Feliz? —Carlo es el primero que lanza su pregunta—. ¿No será por lo que me dijiste antes de irte?

—¿Qué sabe él que nosotras no sepamos? —Isabella se sienta con dificultad colocándose un par de almohadas a su espalda—. ¿Por qué siempre es el primero en enterarse de las cosas buenas?

—Quizá porque es el único que se ha dedicado a escucharme a lo largo de este año... —suelto a sabiendas de que mis palabras han sonado como un dardo que se ha dividido en dos partes golpeando a mi madre y mi hermana a la vez—. Y antes de que habléis, dejadme que lo haga yo —añado levantando una mano—. Cuando Anne murió, vosotros erais lo único que me quedaba. Os necesitaba y en vez de apoyarme, de sujetarme y abrazarme, os dedicasteis a recordarme lo desgraciada que era, lo mucho que había perdido y lo sola que me había quedado.

Isabella y mi madre se miran y después, centran su mirada en Carlo y en mí.

—¿Sabéis lo difícil que ha sido para mí esto? —pregunto colocando una mano en mi pecho—. Mamá, tú perdiste a papá, ¡deberías de haberlo entendido mejor que nadie! —exclamo dolida con ella—. Perder a tu pareja se siente como si te arrancaran una extremidad. Su presencia sigue ahí constantemente, pero no está y esa falta te hace sentir incompleta.

—Cariño...

—Deja que siga, mamá —le pido mirándola a los ojos—. Este año he intentado seguir con mi vida porque de no haberlo hecho me habría hundido en la miseria. Necesitaba sujetarme a lo único que tenía de mi mujer para poder respirar —les cuento con los ojos enrojecidos en un intento por soportar las lágrimas—. No me estaba escondiendo de nada,

no me estaba apartando, solo intentaba sanar unas heridas que aún me dolían y que vosotras no podíais curar, ¿lo entendéis?

—Pero nosotras estábamos preocupadas por ti, Lia —responde Isabella—. Lo único que queríamos era esto... —Me señala—. Que volvieses a ser la misma.

—Jamás volveré a ser la misma —le digo con franqueza—. Anne se llevó una parte de mí que no regresará nunca. Me ha costado mucho darme cuenta de que ya no soy esa mujer que fui a su lado, la que seguía sus pasos en la cocina, la que la dejaba brillar, la que la ayudaba a ser una de las mejores chefs del país —rememoro en voz alta—. O la que se empapaba de su sabiduría para crecer y mejorar cada día mientras que hundía sus sueños en un baúl oscuro de su memoria.

—¿De qué estás hablando? —Isabella, confusa, frunce el ceño—. Tu sueño siempre ha sido formar parte de Giovanni's. Se lo dijiste a papá delante de mí.

—Escuchaste la mitad de la conversación —le indico—. Yo quería formar parte de Giovanni's, pero jamás quise ser chef. Mi lugar estaba en la vinoteca, ¡soy enóloga, Bella! —le recuerdo levantando las manos—. ¡Papá me eligió a mí para llevar la cocina porque no tenía más opciones! —le explico señalando a ella y a Carlo—. La única de los tres que había heredado del abuelo el amor por la cocina soy yo.

—Eso es cierto... —Mi madre, que ha estado en silencio todo el tiempo, lo rompe y se fija en Isabella para asentir un par de veces—. Vuestro padre era consciente de lo que deseabais cada uno, pero no podía dejar en manos de un desconocido el restaurante. Fue por ello por lo que lo dejó en manos de Amelia a la espera de que ella supiese encontrar un buen chef. Aunque estoy segura de que jamás imaginó que se quedaría allí tantos años.

—¿Quieres decir que...?

—Que tu padre no quería que fueses la chef principal —admite provocando que las lágrimas avancen por mis mejillas—. Pero tú te quedaste porque Anne apareció en tu vida y el amor te impulsó ciegamente a hacerlo.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —pregunto aún más dolida—. Sabías que papá no quería eso para mí y me dejaste...

—¿Hubieses aceptado mi recomendación? Vosotras hacíais un equipo increíble —dice acariciando una de mis mejillas, borrando así mis lágrimas—. Sabes que hubieses seguido adelante y que no te hubiese importado hacerlo.

—Pero no es justo...

—No lo es, pero ahora puedes conseguir aquello que siempre has querido. —Carlo se levanta de su asiento y se coloca a mi lado—. Y estoy seguro de que has encontrado a alguien que pueda llevar Giovanni's en tu lugar.

—Lo cierto es que no...

—¿Cómo que no? Si me dijiste que Abigail...

—¿Quién es esa? —Isabella, sin tener idea de nada, nos interrumpe.

—Ella iba a ser la chef que me acompañase en Giovanni's la próxima temporada —le cuento con una sonrisa en los labios—, pero me temo que no podrá ser.

—¿Se quedará en Milán con su madre al final?

—No, no lo hará, pero no puedo encerrarla en un restaurante como el nuestro —le digo a Carlo—. Necesita un lugar familiar, un espacio en el que escribir historias, un rincón del mundo al que llamar hogar. No un Estrella Michelin que apenas te deja tiempo para respirar.

—¿Entonces? ¿Quién llevará el Giovanni's al final? —Carlo, nervioso, me mira a los ojos

con incertidumbre—. Apenas hay tiempo para buscar otro chef, y el concurso es dentro de dos días. ¡Joder!

—Por el concurso no te preocupes, Abigail y yo nos presentaremos juntas —le anuncio sonriendo de nuevo—. Estoy segura de que tenemos oportunidades de ganar. Ella tuvo una idea increíble y os encantará —aseguro—. Y respecto al restaurante. Bueno, Anne consiguió que Ismail y Martha fuesen los mejores. Creo que ya va siendo hora de que les demos un aumento, ¿no os parece?

—¿Y tú qué harás?

—Yo sujetaré las riendas de mi vida y volveré a los vinos —les explico soltando un suspiro—. Y si me lo permitís, voy a entregarle a Aby las llaves del restaurante del abuelo. —Miro a todos a la espera de que no pongan una sola pega—. Ella tenía pensado dejarlo todo por venirse a Verona. Su madre está muy enferma, tiene toda su vida en Milán y su sueño siempre fue el de tener un lugar que fuese suyo y creo que al abuelo le encantaría que alguien como ella avivase el fuego de su cocina.

—¿Estás loca? ¿Qué tiene de especial esa mujer para que quieras hacer algo así? —espeta Isabella con crudeza y, en ese momento, hago lo que nunca pensé que haría en mi vida.

—Esa mujer es la razón por la que hoy estoy aquí pensando en mi futuro, en mi vida y en mis sueños —digo sin más colocando una de las manos en la mesa que nos separa—. Ha hecho que mi corazón sane y me ha dado una razón para seguir adelante.

—Creo que lo que tu hermana quiere decir, es que... se ha enamorado.



43

EL RESTAURANTE DEL ABUELO

AMELIA

Las horas han pasado tan rápido que ni siquiera me he dado cuenta de ello. A lo largo del año pasado habría deseado que terminasen de esta manera, pero hoy no era ese día y quería que mi visita se alargase todo el tiempo posible. He disfrutado como nunca de la compañía de mi familia, he conseguido reír sin fingir, recordar sin echarme a llorar, vivir pensando en el futuro y, sobre todo, hablar de una mujer que no es Anne y que me apetece muchísimo ver. La conversación que he tenido con mamá, Isabella y Carlo ha provocado que me sienta feliz, y sé que aún lo seré más con el paso del tiempo. Ahora voy rumbo a un lugar que ha permanecido cerrado desde hace demasiado y que pronto volverá a brillar gracias a la magia que se filtra a través de las manos de Abigail.

Aunque Carlo se ha ofrecido a acompañarme, he decidido montarme en el coche y hacer esta visita a solas. La última vez que visité el restaurante del abuelo era muy pequeña, apenas tengo alguna imagen clara, pero las fotografías escondidas en los álbumes que guarda mi madre con recelo en casa me lo mostraron ideal: un pequeño rincón del mundo en el que soñar, un hogar que hacer crecer y brillar por completo. Aby no tiene ni idea de este cambio de planes, sigue pensando que se hará cargo de Giovanni's y estoy deseando que descubra con sus propios ojos lo que aguarda en Verona para ella.

Cuando estoy a punto de llegar a una de las zonas más bonitas de la ciudad, la arboleda de los jardines Giusti me dan la bienvenida recordándome que este espacio es un paraíso de ensueño. Aquí cualquier escritor, artista o fotógrafo se perdería durante horas creando arte para el mundo; pero para mi abuelo esto fue lo que lo animó a dejar que su don se transformase en su modo de vida, transformando la casa de sus padres en lo que todos conocieron como: Le Monde.

El sol cae y lo baña todo de un color dorado, y Aby es lo único que tengo en la cabeza en este momento. Mañana regresa y estoy deseando abrazarla, besarla, hacerle el amor y compartir con ella las pocas horas que nos separen hasta el concurso; porque una vez que el evento termine, empezará nuestra nueva vida y me temo que no tendremos tanto tiempo como el que deseamos en este momento.

Como si de una estrella fugaz se tratara, nuestras mentes conectan y el teléfono empieza a sonar. Soy incapaz de no sonreír al ver que es ella, así que decido descolgar y

llevarlo hasta mi oído para guardar silencio y que sea Aby la que comience a hablar.

—No me has comentado cómo fue todo. He estado preocupada —dice y me muerdo el labio inferior al imaginarla—. ¿Las cosas han ido bien?

—Mejor de lo que puedas imaginar...

—¿De verdad!? —pregunta con ese toque de sorpresa tan común en ella cuando no se espera algo—. Me alegra muchísimo. ¡Es un alivio!

—Estoy deseando que llegues a Verona.

—Tengo algo que hacer antes —menciona llamando mi atención—. No puedo volver sin antes hablar con mis hermanas y sin despedirme de mi madre. Cuando me marché la última vez lo hice con ese sabor amargo en la boca y quiero hacerlo bien esta vez.

—Ojalá estuviese allí contigo —confieso soltando un pequeño suspiro—, pero aquí te esperan algunas sorpresas que estoy deseando enseñarte.

—Ah, ¿sí?

—Así es, pero no me preguntes porque no sabrás nada hasta después del concurso —le explico soltando una pequeña risita—. Tienes que ser paciente.

—Algo que no se me da nada bien.

—Pues vas a tener que aguantarte —murmuro con retintín—. O la sorpresa no será tan perfecta como debe ser.

—Esperaré. Ahora debo dejarte, nos vemos mañana, ¿vale?

—Avísame cuando cojas el tren —le recuerdo—. Iré a recogerte.

—Vale. Hasta mañana.

—Hasta mañana... —susurro—. ¡Oye, Aby! —la llamo cuando estoy a punto de colgar.

—Dime, dime... —responde algo confusa—. ¿Qué ocurre?

—Pase lo que pase, sé sincera y abre tu corazón. No tengas miedo de hacerlo, ellas te quieren y te entenderán —le aconsejo con una sonrisa en los labios—. Nos vemos en nada.



44

A VECES NOS OLVIDAMOS DE QUE NUESTROS SUEÑOS VALEN ORO

ABIGAIL

Milán. 2 de febrero, 2024

La conversación con Amelia me ha dejado tan buen sabor de boca que no he podido evitar sentir que todo irá bien a partir de ahora. Aún me queda hablar con mis hermanas y comentarles mi decisión de mudarme de forma definitiva a Verona. Mañana volveré a la ciudad y esta ocasión lo hago sin el miedo que me sacudía por dentro la primera vez que me monté en el tren; en aquel momento estaba llena de inseguridades que se han ido volatizando con el paso de los días y también gracias a la confianza que ha puesto en mí. Ya no estaré a solas, tendré a mi lado un gran equipo, una familia que desconoce mi historia pero que sabe que pondré mi corazón en este nuevo proyecto.

Mi padre ha estado muy presente estos días en mi cabeza, él sería el primero en apoyar esta aventura; me sujetaría las manos, me miraría a los ojos y me diría que soy capaz de todo lo que me proponga, y es lo que pienso hacer aunque Katy o Tania no lo entiendan. Sé que ellas me querrían tener en Milán porque la idea de que mamá entrase en una residencia no les gustaba nada, pero yo soy la única que está entregando su vida, sus sueños y sus energías, y necesito que abran los ojos de una vez.

Mientras que bajo los escalones del primer piso hacia el salón, busco las palabras adecuadas para empezar la conversación. No sé cómo expresarles mis emociones, ni cómo hacerles ver cómo me he estado sintiendo a lo largo de estos años, cómo me afectó dejar mi oficio y apartarme de lo que más amo hacer en esta vida, y sobre todo cómo me ha dañado la enfermedad de mamá. Me encantaría que las cosas fuesen más fáciles, no tener que decirles absolutamente nada pero todos necesitamos una llamada de atención de vez en cuando y les ha llegado el turno.

Los niños están echando la siesta y Josef trabaja en su despacho. Avisé a Tania para contarle que mañana regresaba a Verona, así que le pedí que viniese a comer para tener un ratito para hablar.

—Por fin estás aquí, creía que se te había tragado el váter —comenta Katy una vez que me ve aparecer por el salón—. De pequeña hacías lo mismo, tardabas más de media hora en volver del baño.

—Estaba hablando con Amelia. —Levanto el teléfono—. Por eso tardé. Aproveché que estaba arriba para saber cómo estaba. Os manda saludos.

—Ay... el amor... —suspira Tania—. Me gusta mucho esa chica. Es muy de contrastes, parece seria pero, en cambio, es dulce, paciente y muy simpática.

—Y te olvidas de que es preciosa —apunto con una sonrisa.

—También tiene diez años más que tú —añade Katy.

—¿Y eso tiene algo de malo? —Me cruzo de brazos una vez que me siento en el sofá—. Yo no tengo dieciocho años, ¿lo sabes no? —Katy abre la boca y la cierra sin saber qué decir—. Nunca entenderé por qué le dais tanta importancia a la edad. Sabéis de sobra que mamá le sacaba seis años a papá.

—No es eso, la edad no importa. Tampoco es como que vayáis a tener hijos —dice Tania sin mucho tacto.

—¿Y quién te asegura que no los tendremos? —vuelvo a preguntar con tanta seguridad que la sorpresa en los ojos de mi hermana pequeña brilla con tanta intensidad que el verde pasa a ser azul de un momento a otro—. No tienes ni idea de lo que pasará en el futuro, así que no puedes afirmar esas cosas.

—Vale... perdón. —Levanta sus manos y hace un gesto de cerrar la boca.

—No sé qué te pasa últimamente —añade Katy ahora—. Cualquier cosa que te decimos, no te parece correcta o buena.

—No es eso.

—¿Entonces qué es? Porque no hay quién te entienda.

—Es que estoy en el momento más feliz de mi vida y parece que estáis intentando fastidiarlo con todas vuestras fuerzas —respondo sin mirarlas siquiera—. Seguíis queriendo hacerme creer que cualquier elección que tome, sea sobre mis relaciones o sobre el trabajo, es incorrecta si no es la que vosotras esperáis. Y ya empieza a molestarme.

—¡Eso no es verdad! —dicen ambas a la vez.

—Sí que lo es —afirmo poniéndome en pie para sentarme en el sofá de enfrente y poder mirarlas a los ojos—. El hecho de que haya decidido trasladarme a Verona no os ha gustado desde un principio. Que decidiera meter a mamá en la clínica para poder seguir con mi vida, tampoco. Que decida dejarme llevar y empezar mi relación con Lia... —Levanto las manos—. Y qué decir de mantener el restaurante...

—Si querías trabajar como cocinera podrías haberlo hecho allí —apunta Tania sin más—. Está muriéndose del asco.

—¿Ves? —le digo a Katy—. A estas cosas me refiero.

—No entiendo nada, ¿qué tiene de bueno tener un local pudriéndose con el tiempo cuando podrías abrirlo y hacer lo que más te apetece aquí sin que mamá deba pagar por tus decisiones? —habla Tania en un tono casi acusatorio—. ¡Ella estaba bien en tu casa! Estaba más lúcida, podía reconocernos y ahora... ¡confundió a Amelia con su hermana! ¡Por favor!

—¿Tengo que recordaros que la enfermedad de mamá es la culpable de que ya no recuerde ni cómo se llama? —pregunto mirándolas a los ojos—. ¡Mamá ya no existe! ¡Metéoslo en la cabeza! —Levanto las manos señalando una de sus fotografías—. Tan solo queda su cuerpo. El alzhéimer se ha encargado de borrar cada uno de sus recuerdos, cada nombre, fecha o cara. Esto avanza aunque no lo veáis, y ya sabéis lo que las enfermeras dijeron cuando vine corriendo desde Verona. —Hago una pequeña pausa—. Llegará un momento en el que deban sedarla porque puede hacerse daño a sí misma —les recuerdo con un nudo en la garganta—, y no puede vivir así. Ni ella, ni yo, ni vosotras.

—¡Pero la estamos abandonando, Aby! ¡Estamos dejando que muera sola en una residencia cuando podría estar en casa! —exclama Katy con dureza—. Eso es cruel y egoísta.

—Lo cruel y egoísta es que tú puedas tener tu familia, llevar a cabo tu trabajo soñado, disfrutar de tu matrimonio y de tus hijos mientras que yo debo abandonarlo todo por ser la que cuide de una mujer que cuando me mira lo hace como se fundiese con el horizonte —le digo sin apenas pensar—. ¿Tienes idea de lo devastador que ha sido para mí estar al lado de mamá todos estos años? —Dejo que las lágrimas corran por mis mejillas.

—¿Y por qué no has pedido ayuda? —me pregunta Tania con el gesto dolido—. Si tan mal lo estabas llevando solo tenías que haberlo dicho y te hubiésemos echado una mano.

—Las tres somos hijas de mamá, eso tenía que haber salido de vosotras dos. —Las señalo con una mano—. Pero no lo hicisteis, y no os reclamo que tengáis vuestras vidas, ¡eso es magnífico! Tan solo os pido que os deis cuenta de que yo también necesito vivir.

—Siento meterme en la conversación, pero Aby tiene razón. —Josef, que aparece de la nada con una taza de café caliente entre las manos, rompe la tensión que se ha generado entre nosotras—. No podéis exigirle algo así. Una persona que padece un alzhéimer tan severo como el de Louisa debe estar supervisada y vigilada por un equipo de expertos. No di mi opinión cuando vuestra hermana dijo que ingresarla en una clínica porque yo no era quién para hacerlo, pero creo que es la mejor elección que ha podido tomar. Así que, en vez de pedirle que se sacrifique, deberíais emocionaros porque después de todo ha encontrado la forma de cumplir sus sueños.

Katy y Tania se quedan en silencio mientras que me seco las lágrimas y agradezco en silencio a mi cuñado esa pequeña intervención. Sin él apenas habría podido terminar la conversación y habría vuelto a Verona con la sensación de no haber conseguido nada. Ahora, al menos, sé que alguien de la familia me apoya y que no soy la única que piensa que la residencia es la mejor opción para mamá.

—No es que no nos alegremos por ella... —Katy mira a su marido y él no duda en acercarse a ella y colocarle una mano en el hombro—. Supongo que tenemos miedo de perder a mamá igual que lo hicimos con papá y... —Se encoge de hombros y suspira—. Tú cuidaste muy bien de mamá, Aby, tan bien que hubo un momento en el que creí que el tiempo se había paralizado.

—Pero esta enfermedad es así... —digo con un nudo en la garganta—. A veces parece estable, pero luego las personas se hunden y...

—Odio saber que mamá no nos recuerda a ninguna —añade Tania con el gesto desencajado—. Odio que exista esta enfermedad y que nos haya tocado a todos sufrirla.

El silencio se ocupa de rodearnos y nos cubre con una manta cuando decido acercarme a ellas y nos abrazamos. Las emociones estallan como un castillo de fuegos artificiales y, en cuestión de segundos, rompemos a llorar las tres. Yo no esperaba que mi conversación con ellas fuese a provocar esto, pero ahora siento que es mucho mejor porque noto que estamos unidas y vamos en la misma dirección.



45

ESTOY DE REGRESO

ABIGAIL

Verona. 3 de febrero, 2024

Todas las personas que viajan conmigo ya se han levantado de sus asientos para tener preparadas las maletas antes de apearse del tren, pero yo permanezco sentada observando las vistas de las afueras de Verona al anochecer con mi teléfono en una mano y abrazando mi abrigo contra el pecho. No tengo mucho equipaje que arrastrar conmigo porque todo lo tengo en el ático y aunque el trayecto ha sido corto, estoy deseando darme una ducha caliente y ponerme algo de ropa cómoda. Ahora siento que regreso a casa, que estos días en Milán fueron una visita necesaria.

Hace unas horas, mientras que me despedía de mis hermanas, de Josef y de los niños, he percibido la extraña sensación de que mi padre también estaba allí, apoyándome, enviándome su fuerza y abrazándome. Sé que desde donde quiera que esté sus manos serán las que guíen las mías en la cocina, que su corazón está junto al mío, que su recuerdo hará que tenga los pies en la tierra y recuerde siempre cómo conseguí llegar hasta aquí, que será mi fuente inagotable de energía y que me empujará a no rendirme jamás por muy duras que sean las cosas.

Mañana es el concurso y aunque apenas hemos tenido tiempo de estar juntas para organizar todo lo que necesitamos, Amelia me ha comentado mediante mensajes que ya lo tiene todo preparado para que lo llevemos al pabellón donde se llevará a cabo. Al parecer habló con el equipo y la ayudaron, así que me alegra saber que estamos preparadas al cien por cien para dejar a todos con la boca abierta. No sé si ella tiene tanta confianza como yo en nuestro plato, pero me aseguraré de que quedemos en el primer puesto sea como sea.

Las luces de la estación y las diferentes vías me sacan de mi pequeña burbuja para avisarme de que ya hemos llegado. Con una sonrisa, decido ponerme en pie, colocarme el abrigo y colgarme del hombro la mochila que me llevé conmigo cuando me marché a toda prisa. Tengo que avisar a mis hermanas de que he llegado, pero lo haré una vez que me monte en el coche y vaya de camino a casa. Ahora lo único que quiero es besar a la mujer que ha hecho posible que este nuevo comienzo esté lleno de sueños cumplidos, de ilusión y de amor. Ella, que iba a ser mi compañera y se ha convertido en un hada madrina. Ella, que a primera vista parecía un espantapájaros y que ahora me parece la mujer más bella del mundo.

Cuando bajo las pequeñas escaleras mis ojos la buscan entre la gente. Tardo unos minutos en reconocerla, con ese corte de pelo rebelde con el que me sorprendió estando en Milán y que junto a sus gafas de pasta, le dan ese toque tan serio y sexy que hace que se me caiga la baba. Amelia me sonríe y sin esperar a que llegue a su lado, comienza a caminar hasta interceptarme y besar mis labios sin decir nada. Yo rodeo su cintura como si no la hubiese visto en años y cuando nos separamos, apenas soy capaz de aguantar una pequeña risa.

—S  que me has echado de menos... —susurro y acaricio una de sus mejillas con cariño—. Apenas han pasado unos días...

— Y qué? —pregunta tan sonriente como yo—. Estaba deseando que llegaras para poder decirte que te espera una sorpresa de bienvenida en casa.

—Te dije que tan solo quería darme un baño caliente y tumbarme en el sofá contigo... —murmuro como si fuese una niña enfurru ada que es arrastrada de la mano hacia el aparcamiento—. Quiero estar descansada para mañana,  sabes lo importante que es?

—Sí que quieres ganar. Y yo también lo quiero. —Me mira a los ojos—. Pero no pude hacer esto para ti la primera vez porque no era el momento, así que deja que lo haga ahora.

—Miedo me das... —Suelto una carcajada—. Solo espero que no sea demasiado emotivo porque si no me echar  a llorar y ya lo he hecho demasiado estos días.

— Tan intensas fueron las cosas por casa?

—Bueno, creo que lo justo y necesario. —Me encojo de hombros un par de segundos antes de llegar a donde est  aparcado su coche—. Las tres teníamos muchas cosas atascadas dentro y cuando las expusimos nos dimos cuenta de que, al final, nos sentimos todas igual.

—Me alegro de que pudieses aclarar todo y regresar aquí con esa bonita sonrisa dibujada en los labios. —Señala y, como si fuese una adolescente, me avergüenzo—. Anda, sube. Tu sorpresa nos espera.

Impaciente por saber de qué se trata, me siento en el lugar del copiloto y cierro la puerta un poco antes de que ella arranque el motor. Mientras me coloco el cinturón soy incapaz de no mirarla y dedicarle un par de sonrisas cómplices que nacen de la nada, reflejo de lo que me hace sentir. Soy consciente de que apenas empezamos a conocernos, que tan solo hemos compartido unas semanas juntas, que puede que la magia de los primeros besos se termine en algún momento, pero quiero disfrutar de esto al máximo, llenarme de ello, sentirlo muy adentro y empaparme de esta sensación que creía haber olvidado después de que Claire se marchase a Brooklyn.



46

FORMAS PARTE DE NUESTRA FAMILIA

AMELIA

Es un alivio que Aby no me haya preguntado en ningún momento por lo que le espera cuando lleguemos a casa porque tendría que haber disimulado y no se me da bien. La primera vez que ella llegó a Verona yo ni siquiera sabía su nombre, era reticente a que alguien que no fuese Anne pisase la cocina del restaurante y no estaba abierta a darle la bienvenida a nadie en mi vida; lo único que quería entonces era que me dejaran tranquila, que el tiempo se detuviese y que ella volviese a la vida para seguir caminando hacia el futuro de su lado. Me sentía perdida, sola.

Tras hablarlo mucho con Carlo, pensamos que se merecía una fiesta de bienvenida a la familia. Abigail no formará parte del equipo una vez que el restaurante abra sus puertas, pero ha organizado su carta y ha puesto todo su corazón en el plato que presentaremos en el concurso así que reunimos a todo el equipo de Giovanni's y les pedimos que fingieran un poco con el fin de no desvelarle esa gran sorpresa que aún aguarda por ella.

Mientras que dejamos que el ascensor nos lleve al último piso, no puedo evitar aguantar la sonrisa. Hace mucho que no sonrío así, que no disfruto de algo tan sencillo como organizar una pequeña fiesta sorpresa, que no pienso en hacer feliz a alguien y que no sueño a lo grande. Ella no será la única que empiece a hacer realidad sus deseos a partir de la próxima semana.

Cuando la puerta se abre, la invito a que pase primero. Es la primera vez, desde que nos conocemos, que le he abierto las puertas de mi casa y no es porque no quisiera hacerlo, pero Anne aún estaba demasiado presente y no podía entregarle mi corazón a alguien cuando ella aún seguía tan viva a mi alrededor. Ahora quiero que con este gesto se sienta como en casa, aceptada, bienvenida y, sobre todo, acompañada. Sé que lo ha dejado todo para venir, que se ha enfrentado a sus hermanas para sujetar las riendas de su vida y ser la dueña de su propio mundo, y hay que celebrarlo brindando.

—Por fin voy a descubrir qué guardas aquí adentro —me dice y, con las llaves en la mano, me giro para mirarla a los ojos—. Quería decirte algo antes de que me dejes entrar por completo en tu vida, Lia...

—¿Qué ocurre?

—Solo quiero darte las gracias por confiar en mí, por haber conseguido que me sienta

segura y capaz de todo lo que me proponga —afirma acercándose un poco más, lo suficiente para verme reflejada en sus ojos gracias a las luces del pasillo del edificio—. Me has hecho fuerte y, pase lo que pase, funcione o no lo nuestro, quiero que sepas que no me marcharé.

—Yo también tengo que agradecerte una cosa —respondo levando las cejas—. Esos ñoquis al prosecco me cambiaron la vida. Tú me ayudaste a darme cuenta de que aún podía ser feliz, de que mi vida y mis sueños eran valiosos. —Acaricio su mejilla—. Me recordaste lo importante que es la familia y que el amor nunca se termina por mucho que la persona a la que amamos muera —digo con el corazón agitado y la voz tomada por las emociones—. Anne no está aquí, pero sé que allá donde esté estará de acuerdo conmigo si digo que tú eras lo que yo necesitaba para brillar de nuevo.

—No digas eso... tú ya brillas sola. —Se ríe y sin más, me besa en los labios—. Solo necesitabas que alguien te abriese los ojos y te recordase qué era lo que te hacía realmente feliz en este mundo —susurra un poco después—. Y ahora, vamos a por mi sorpresa. Ya no puedo esperar más.

Las risas nos acompañan mientras que muevo las llaves entre mis dedos y abro la puerta para dejarla pasar. Todo está oscuro, pero en cuestión de segundos las luces se encienden y antes de que Aby pueda tomar cuenta de quién está dentro, todos gritan un «¡Bienvenida!» que la deja perpleja, provoca que se le deslice la mochila del hombro y oculte su sonrisa temblorosa bajo sus manos. Es posible que no conozca a nadie, que ni siquiera sepa la razón por la que todos se han reunido allí para ella, pero puedo ver la ilusión de sentirse querida brillando en sus preciosos ojos verdes, y eso es más que suficiente para quererla un poquito más.

Isabella es la que rompe el encanto del momento y junto a su marido, se acerca para abrazarla y presentarse. Mi madre lo hace después junto con Carlo y su ahora prometida y, poco a poco, se acercan todas las personas que forman parte del equipo de Giovanni's llenándola de abrazos, de ánimos para el concurso y de agradecimientos por haberme traído de vuelta. El padre de Aby decía que en la cocina de un restaurante el equipo debe considerarse una familia, y justo delante de mí está la mía.



47

FALSO TIRAMISÚ

AMELIA

Verona. 4 de febrero, 2024

El día del concurso ha llegado y, tras una noche repleta de confesiones y deseos, Abigail y yo hemos llegado al recinto con las pilas cargadas y la seguridad de que podemos ganar sin importar lo que cocinen los demás. Es la primera vez desde que Carlo la contrató como chef de Giovanni's que lleva puesta la chaquetilla del restaurante y el color burdeos de la tela contrasta de maravilla con esos bonitos ojos que tiene y cada una de las pecas que adornan su nariz. El pequeño hoyuelo que se le forma al sonreír no se ha borrado desde que despertamos juntas a primera hora y espero que siga ahí una vez que acabe esta dura jornada. Hoy nos jugamos mucho más que un trofeo porque, aunque ella no lo sepa, el premio podrá usarlo para poner en marcha un negocio que sé que será todo un éxito en el futuro.

Carlo me dijo que este año somos unos cincuenta participantes, pero desde nuestro puesto en la sexta fila, me da la sensación de que aún somos más. No es que me abrume, tampoco me preocupa, nosotras tenemos que centrarnos en nuestro plato, medir bien los tiempos y tenerlo todo preparado una vez que este acabe.

Todos los platos pasarán dos cribas. La primera, la presentación. La segunda, la cata. También se tiene en cuenta nuestro trabajo en equipo, la limpieza y la complicidad en la cocina. Así que debemos esforzarnos y hacerlo bien, olvidarnos del premio final y disfrutar al máximo de nuestra primera vez juntas en cocina.

—¿Nerviosa? —le pregunto para romper su concentración y obligarla a que centre su mirada en mí—. Vamos a hacerlo genial. —Le guiño un ojo—. Confío en ello.

—¿Te has dado cuenta de que soy la más joven? —pregunta pasando por alto mis palabras, recorriendo con su mirada a todas las personas que nos rodean—. Parece que soy la que menos experiencia tiene.

—Los años en este mundillo no te catalogan como la mejor del concurso —respondo en un intento por apartar esos pensamientos de su mente—. Lo hace el plato que cocines, y el tuyo va a dejarlos a todos con la boca abierta.

—Dirás el nuestro —me recuerda—. Vamos a cocinar las dos.

—Sí, pero la idea es tuya y, como tal, debes llevarte el reconocimiento.

—Pero hoy cocinamos las dos y el resultado depende de ello. —Coloca una de sus

manos sobre mi pecho—. Y si lo hacemos mal no importa lo buena que sea mi idea. Será un fracaso para ambas.

Abro la boca para intentar rebatir sus palabras, pero antes de que pueda encontrar las adecuadas, ella se acerca y me besa. Había olvidado lo que era sentir mariposas, notar que te revolotean por dentro hasta dejarte sin aire. Apenas soy capaz de frenar mi sonrisa, pero debo hacerlo porque los jueces del concurso rompen el silencio en el recinto y nos obligan a todos los presentes a escucharlos.

—Empieza lo bueno... —susurro y Aby me sonrío—. Recuerda...

—Debemos ser una —me dice y me guiña el ojo—. Eso se nos da bastante bien. —Y, sin esperarlo, me da un pequeño pellizco en el trasero que me deja sin habla y provoca que se me escape una risa floja.

—Bienvenidos a todos y a todas. Hoy es un día especial para los que estamos aquí —habla uno de los jueces—. Son muchos los años que llevamos organizando este concurso y nos complace decir que cada año sois más los restaurantes que os animáis a presentaros a él —añade con una sonrisa de oreja a oreja, siendo apoyado por el resto de los cinco que permanecen en pie sobre el escenario—. Espero que la jornada de hoy sea de las mejores que hemos tenido en años. Os agradezco de antemano el esfuerzo, y... ¡disfrutad!

Todos estallamos en aplausos y el sonido se extiende por el recinto durante varios minutos. Lo único que nos invita a parar es uno de los chefs que levanta sus manos a la espera de que paremos y le dejemos hablar.

—Como bien ha dicho Luca, hoy es un día único, así que esperamos que todos los platos que presentéis sean eso, inigualables. —Con esas palabras llegando a nuestros oídos, Aby y yo nos miramos para dedicarnos una sonrisa cómplice—. Tenéis que sorprendernos. No nos vale algo sencillo y conocido. Queremos ver lo mejor de vosotros como cocineros, y esperamos que nos dejéis con la boca abierta.

—Estoy segura de que lo haremos —respondo en un susurro a sabiendas de que nuestro falso tiramisú va a brillar, y que tanto Anne como el padre de Aby nos ayudarán a que se alce como el mejor plato.

Me froto las manos impaciente, los jueces siguen hablando pero yo tan solo puedo pensar en una cosa: en lo emocionante que será ganar esto con Abigail y la cara que pondrá una vez que le desvele esa sorpresa que tengo preparada para ella. Es la primera vez que quiero esforzarme al máximo por llevarme un premio, por hacerlo bien en la cocina, por dejar a todos con buen sabor de boca y por recordarme a mí misma que, pese a los años que han pasado, la cocina siempre me ha gustado y me ha regalado momentos inolvidables.

—Ahora, por favor —llaman nuestra atención—. Ese reloj de ahí marcará el tiempo que os queda para finalizar el cocinado. Recordad que tenéis que servir seis platos y que debe estar acompañado con el color que os ha sido asignado según vuestra llegada —explican poniéndonos la piel de gallina—. Tenéis ciento treinta minutos para elaborar vuestro plato estrella, ¿lo habéis entendido todo?

—¡Sí, chef! —gritamos al unísono como un buen coro.

—¡Pues adelante!

Y así, sin más, la paz de recinto se rompe por el ritmo frenético de la cocina, por los latidos agitados de nuestros corazones y las esperanzas de ganar un premio que marcará el principio de una nueva era en nuestras vidas.



48

MECLÁNDONOS TÚ Y YO

ABIGAIL

Nuestras manos se mueven al compás, como dos pianistas que tocan a la vez el mismo teclado. Lo único que escucho es el sonido de los utensilios, las indicaciones que Amelia me va dando y nuestras respiraciones. Diría que, en el fondo, como un pequeño zumbido, está mi corazón que late a toda prisa recordándome lo importante que es este momento para nosotras.

Ante nuestros ojos la cocina se baña en aromas. En el horno se están tostando unos frutos secos junto a una carne de pollo que en cuestión de minutos, y junto a un delicioso pan casero, se convertirá en un paté al que daremos forma de bizcochillos. La idea es llevar un plato salado vestido de tiramisú, con su toque de café, su crema salada de boletus y todo el sabor del chocolate espolvoreado. Al principio son cosas que parecen no combinar, muchas elaboraciones que hay que atender por separado, pero en conjunto es una explosión de sabores que te desborda los sentidos.

Está tan concentrada que no me extraña que haya sido una de las chefs principales de Giovanni's desde hace tantos años. Su padre no estaba equivocado al elegirla, tiene un don para este oficio y aunque no se haya formado como tal, le gusta y no hay más que verla para notarlo. Me apena saber que tarde o temprano lo dejará para dedicarse en cuerpo y alma a su gran pasión, porque lo hace tan bien que a mí no me importaría compartirlo con ella; es por eso por lo que le pedí que me acompañase, que se animase un día a venir a cocinar conmigo.

Desconectando un poco de lo que estoy haciendo, recorro con la mirada el resto de cocinas de nuestro alrededor. Todos trabajan a un ritmo frenético mientras que el reloj avanza robándonos segundos que se desvanecen como el humo que asciende de las ollas y sartenes que están al fuego. La sincronización entre ellos es espectacular, parecen piezas del mismo engranaje, un mismo cuerpo, un alma repartida en dos cuerpos que bailan al mismo son.

Mi padre decía que todos los que trabajan en la cocina tienen su papel en la elaboración de un plato. Cada uno se encarga de que una parte del trabajo se elabore de la forma adecuada, de que no falte nada. Ahora, frente a mis ojos y rodeada por más de cien personas, me doy cuenta de ello y de lo importante que es rodearse de profesionales

dispuestos a dar el máximo de sí mismos. Y yo tendré un equipo increíble, una familia y a Amelia, sea cual sea el futuro que nos espere recorrer a las dos.

—Aby, hay que empezar a emplatar o se nos echará el tiempo encima —me dice y, en ese instante, vuelvo a mi estado de concentración inicial—. Vamos con un poco de retraso. Todos han comenzado a hacerlo hace unos minutos.

—No te preocupes. Lo nuestro es más artístico que técnico.

De un momento a otro, comienza a apartar las cosas del banco de la cocina para repartir los seis platos que debemos presentar a los jueces; todos llevan una etiqueta verde esperanza y el sello de Giovanni's grabado en color dorado. Me siento nerviosa, pero es el último empujón y pienso culminar este plato con la sensación de haber llevado a cabo una obra de arte que nadie olvidará.

—Necesito la gelatina —le indico y, rápidamente, como buena ayudante que es, coloca delante de mí la bandeja con unos rectángulos elaborados de una gelatina realizada a partir de los jugos de la carne y el delicioso prosecco de las bodegas GG. Una por una las coloco en el centro del plato, formando esa cama sobre la que descansarán el resto de la composición —. ¿La crema?

Ella quería que fuese el artífice del plato, así que las manos me tiemblan lo suficiente para recordarme lo importante que es esto para todo el restaurante. Con cuidado, sujeto la manga pastelera que esconde la crema de boletus y comienzo a dar forma a esos montoncitos sobre los que colocaremos el paté que hemos elaborado hace muy poco.

—¿Qué te parece? —le pregunto y ella levanta sus pulgares—. Debe dar la sensación de que es un tiramisú. Si no lo logramos, el efecto que buscamos desaparecerá.

—Hasta el momento, no creo que nadie se percate del cambio.

Con una sonrisa, termino de colocar la primera capa de crema, y un par de segundos después, comienzo con las láminas de paté, que posiciono justo encima con mucho cuidado, buscando que se hundan lo suficiente en la crema para así, ir a por la siguiente capa.

Los minutos pasan volando, y en cuestión de segundos, mi ritmo se eleva y me visualizo a mí misma adornando la última capa de un tiramisú salado que hasta me dan ganas de probar. Los adornos hechos con la manga pastelera están espectaculares y es Amelia la que le da el toque final espolvoreando cacao y café soluble en polvo. Sé que va a estar delicioso, que van a alucinar una vez que lo prueben, y no puedo esperar a saber lo que dirá el jurado al respecto.

—¡Falta un minuto! —gritan los jueces al conjunto, y como si nada, comienza una cuenta atrás que me pone el vello de punta y me hace temblar.

Todo está hecho, sí, pero nosotras no dejamos de limpiar, de ordenar, de añadir pequeños detalles que pueden ser lo que resalte por encima de todos los demás. Y una vez que todo acaba y suena la bocina que marca el final, rompemos la tensión que nos ha acompañado con un abrazo y un beso que transforma el agotamiento en un millar de emociones que acaban con todo y nos recuerdan lo importante que es disfrutar.



49

TENGO UNA SORPRESA PARA TI

AMELIA

Verona. 6 de febrero, 2024

—Y el ganador de este año es...

La pausa se alargó durante largos segundos. Los chefs de los restaurantes que habían pasado la primera criba silenciaron sus labios y se miraron los unos a los otros sabiendo perfectamente quién había ganado el premio ese año. No había nadie que no supiese que su plato era el mejor, sin embargo, la solución no la tenían los chefs que se habían presentado, sino los jueces y ese sobre rojo que sujetaba uno de ellos en las manos.

Amelia miró a su compañera de reojo, quería y deseaba recibir ese premio porque era consciente de lo importante que iba a ser para su chica una vez que la sorprendiera. Abigail, al contrario, en lo único que pensaba era en entregarle a Giovanni's la fortuna de ser premiado un año más, apartando el dolor que había experimentado todo el equipo tras la muerte de su jefa de cocina y, con ello, obsequiar a todos con ese trofeo.

Una pensaba en la otra, así había sido desde que se conocieran y el destino había sido partícipe de esa unión tan repentina y casual. Ahora no estaban solas, pasase lo que pasase en el futuro contaría la una con la otra, y eso era, por encima de todo lo que ocurriese, lo más importante.

—¡El restaurante Giovanni's con su falso tiramisú de boletus!

Cuando Amelia escuchó el veredicto y miró a los ojos a su compañera, supo que la vida siempre guardaba algo de luz para aquellos que lo habían perdido todo, que nunca había que hundirse porque siempre hay esperanza y que el corazón, por mucho que sufra, vuelve a latir una y otra vez con fuerza.

Abigail, en cambio, se echó a llorar por todo lo que significaba ese instante. Pensó en su padre, en su madre y en sus hermanas. Regresó al pasado y se acordó de aquella niña que soñaba, y de aquella mujer que lo dejó todo para entregarse en cuerpo y alma al cuidado de su madre; el destino siempre te regalaba oportunidades y ahí estaba la suya, y se sentía increíblemente feliz.

Fue un momento irrepetible, inigualable y que daría comienzo a una nueva vida. Un borrón y cuenta nueva, un inicio brillante y apasionante en el que solo ellas decidirían qué

hacer y hacia dónde ir.

El sonido de los aplausos aún sigue muy presente en mis oídos y la felicidad late con la misma fuerza que lo hace mi corazón. Sigo pensando que haber ganado el concurso era lo único que faltaba para que este año 2024 fuese el gran comienzo que todos necesitábamos. La marcha de Anne nos dejó muy tocados y aunque me centré en mí misma olvidándome por completo del resto, sé que cada uno de ellos sufrió a su manera el vacío que dejó en nuestras vidas. Ahora sonreímos con la esperanza de que en los próximos meses lo haremos mucho mejor, de que el futuro brillará más que el pasado y que seremos felices, más de lo que alguna vez habíamos pensado que seríamos.

Tras una fiesta que se alargó varias horas y los efectos del champán que Carlo, mi madre e Isabella prepararon para la celebración, la resaca sigue tan presente como nuestras sonrisas. En los ojos de Aby puedo ver esa emoción brillando con fuerza, así como la ilusión por comenzar a trabajar en aquello que tan bien se le da. No he querido decirle donde vamos, cree que hoy disfrutaremos de una mañana con mi familia y aunque esto es verdad, haremos una paradita antes por un lugar que sé que la va a enamorar. Tuve que esperar un poco para traerla porque quería que Tania, Katy, Josef y los niños estuviesen presentes; todos ellos nos están esperando allí, escondidos en ese local que volverá a brillar una vez que Abigail obre su magia. Paul estará orgulloso de ella y Piccolo's tendrá la oportunidad de renacer de sus cenizas con más fuerza que nunca.

—Sí que está lejos la villa de tu familia... —comenta y le dedico una sonrisa—. Cada día que pasa, Verona me parece aún más grande y bonita.

—Eso es porque te ha embrujado —digo guiñándole un ojo—. Lo hace con todas las personas que la visitan y aunque algunas salen indemnes, otras no pueden escapar de su hechizo.

—Ya veo... —Se echa a reír—. A mi padre le encantaría este lugar. Él siempre decía que le hubiese encantado vivir en la Toscana, con las vistas de los campos en el horizonte, disfrutando del sol cada día. Es algo idílico, ¿verdad?

—Así crecí yo —le cuento reviviendo esos momentos de la infancia en los que los viñedos formaba parte de mi vida—. Corría por el campo, me comía las uvas antes de que estuviesen maduras y ponía a mi padre de los nervios.

—Qué traviesa. —Abigail suelta una carcajada y yo también—. Yo jugaba con las paletas de cocina pegando golpes a las sartenes —continúa hablando mientras mueve las manos simulando el ritmo de una canción—. Mi madre decía que iba a ser músico, pero mi padre ya sabía qué era lo que a mí me gustaba.

—Me hubiese encantado conocer a tu padre, de verdad.

—A él también le habría gustado conocerte a ti —confiesa y después, busca mi mejilla para acariciarla—. Estoy segura de que se habría propuesto, entre otras cosas, devolverte el gusto por la cocina.

—¿Quién ha dicho que se me hayan perdido las ganas de cocinar? —Mi respuesta provoca que Aby busque mi mirada, que busque más allá de mis ojos con la esperanza de que lo que hicimos en el concurso se repita—. Lo único que pasa es que me he dado cuenta de que necesito darme la oportunidad de decidir por mí misma dónde hacerlo —medito en voz alta—. Ya sabes que a mí me obligaron, que no pude decir que no y eso me condicionó demasiado.

—Entonces... ¿lo de los vinos?

—Lo he hablado con Isabela y con Carlo —digo con los ojos puestos en la carretera—. Mi hermana pronto tendrá que tomarse unos meses cuando nazca el bebé, así que me haré cargo de la bodega mientras que ella esté fuera. Ambas hemos pensado que es una buena idea lo de abrir el mercado al resto de países europeos, así que tenemos que trabajar en ello y ver qué tal se da. Pero después... —susurro pensativa—. He pensado en volver a la cocina.

—Entiendo... —Abigail se sumerge en un largo silencio y, tras este, vuelve a centrar su mirada en mí—. Eso quiere decir que nos veremos más de lo que tenía planeado.

—¿Y no te gusta la idea?

—Sí, ¡claro que sí!

—Lo dice la que me comentó que verse a menudo reducía la magia en una pareja.

Apenas puedo soportar la risa que atraviesa mis labios al saber que se ha retractado de sus propias palabras, dejándome ver que, como yo, desea que disfrutemos de la cocina juntas. Algo que me ha sorprendido hasta a mí y que me ha obligado en tan solo veinticuatro horas a plantearme un futuro que creía tener claro desde que hablé con la familia hace apenas unos días.

—Ya estamos a punto de llegar... —anuncio, y ella se recompone para dejarme ver su bonita sonrisa—. Vas a amar este lugar tanto como yo, ya lo verás.

Rodeadas por la belleza de las mediaciones de los jardines, estaciono el vehículo en un hueco libre y la invito a bajar para que se reúna conmigo. Puede escucharse de fondo el canto de algunos pajarillos disfrutando del sol y la brisa fresca del mediodía; y el olor a naturaleza te hace creer que no estamos en Verona sino en mitad de la nada, apartadas de toda civilización posible.

—¿Dónde están los viñedos? —pregunta con curiosidad mirando de un lado a otro, sujetándose a mi mano para que sea yo la que le muestre hacia dónde vamos—. ¿Más allá de los árboles?

—Sí, pero antes, vamos a otro sitio —le confieso por fin—. ¿Te acuerdas de que tenía una sorpresa para ti? —pregunto con curiosidad—. No era la fiesta de bienvenida, era esto.

Abigail no dice nada, pero sigue mis pasos mientras que avanzamos por la acera rodeándonos de la vegetación que hace brillar de una manera especial esta zona de la ciudad. Caminamos juntas unos metros hasta que el edificio de tres plantas y paredes de piedra se levanta delante de nosotras; el rótulo de forja oxidado con el nombre del restaurante de mi abuelo brilla sobre la piedra blanca, y las ventanas de madera desconchada dejan ver la de tiempo que este lugar ha permanecido cerrado.

—Este es... —dice cuando recuerda lo que le conté—. ¿Qué hacemos aquí?

En ese momento me giro para quedar frente a sus ojos y busco sus manos para entrelazar nuestros dedos. Son muchas las cosas que tengo que agradecerle, pero solo hay una manera de hacerlo y es haciéndola feliz de verdad. Así que me muerdo el labio, echo una mirada al edificio y la miro a los ojos de nuevo.

—Sé que Carlo te contrató para que fueses la jefa de cocina junto a mí en Giovanni's —explico recordando la primera conversación que tuve con él y lo mucho que me negué ante esa idea—. Que para ti fue muy duro, que tuviste que enfrentarte a tu familia, pensar en lo mejor para tu madre y romper la promesa que le hiciste a tu padre —añado echando fuera todos mis nervios con un suspiro—. Pero en estas semanas que hemos compartido juntas me he dado cuenta de que tu sueño no es trabajar para un restaurante gigante, sino reabrir Piccolo's, rescatar el recuerdo de tu padre y transformarlo en un local en el que crear

recuerdos repletos de felicidad.

Aby, que no sabe qué decir, me mira con los ojos repletos de emoción, con algunas lágrimas contenidas por sus pestañas y ese gesto que me encantaría romper con un beso en este momento.

—A veces necesitamos que alguien nos ayude, que guíe nuestros pasos hacia ese camino que nos llevará a conseguir nuestros sueños —continúo acercándome a ella un poco más—. Tú has hecho que mi corazón herido comience a sanar. Que tu amor, tu fuerza, tu ilusión se me contagie para recordarme qué era lo que más me apasiona hacer... —susurro—. Lograste que escuchase a mi corazón por encima de toda obligación y que mirase hacia mi futuro sabiendo que lo que he decidido es lo que realmente me hará feliz.

—Tú...

—Déjame seguir —le pido acariciando su mejilla—. Llegaste a esta ciudad sin nada. Dispuesta a entregar todo lo que tenías para conseguir que Giovanni's volviese a brillar después del bache que había sufrido con lo de Anne. Y aunque tú no me lo digas, sé que tu sueño es trabajar para ti, ser tu propia jefa, hacer realidad la promesa que le hiciste a tu padre, así que... —Me giro y le señalo el restaurante de mi abuelo—. He pensado que este sería un lugar perfecto para que Piccolo's renazca de sus cenizas, ¿no te parece?

Abigail me mira sin saber qué decir y cuando lleva su mirada más allá de mí, Tania, Katy, Josef y sus sobrinos salen del interior del local dándole una sorpresa que la hace romperse en lágrimas y reír a la vez. No necesito preguntar cuál es la respuesta porque, una vez que se ve abrazada por su familia, las emociones lo inundan todo.

De pronto, nuestras miradas se cruzan y todo lo demás desaparece para obligarnos a centrarnos la una en la otra. Un beso es nuestro lenguaje y aunque no le he dicho que deseo compartir con ella este sueño, sé que lo sabe, que lo intuye y que esa decisión la hace tan feliz como a mí.

La cocina para mí había significado obligación, sobreesfuerzo, exigencia. Pero con Abigail a mi lado he descubierto que sabe a felicidad, a pasión, a imaginación, a poesía, pasado, recuerdos y diversión. Y quiero que siga siendo así, porque nunca se sabe cuándo va a ser la última vez que pueda disfrutar de ella, y quiero hacerlo con una sonrisa en los labios, como Paul y Anne lo hicieron: viviendo al máximo y con el corazón lleno de amor.



50

¿EL INGREDIENTE ESPECIAL?, ES EL AMOR.

Milán. 6 de agosto, 2012

Aquella mañana, Abigail se encontraba de pie junto a su padre en la amplia cocina de Piccolo's, compartiendo un momento especial como tantos otros que habían mantenido en el pasado. La pasión por la cocina corría por las venas de ambos, y cada movimiento, cada gesto, parecía formar parte de una danza coordinada entre padre e hija. Ella observaba con admiración a su padre mientras que él sacaba a relucir su experiencia entre fogones mezclando sabores con la maestría de quien ha pasado toda una vida entre ollas y sartenes. Desde pequeña había sido su sombra en la cocina, absorbiendo cada conocimiento, cada técnica que él le enseñaba con paciencia y dedicación. En cuestión de meses comenzaría sus estudios, era su momento de brillar y de demostrarle al mundo lo que había aprendido de él.

—¿Qué te parece si preparamos esa receta de tallarines que tanto te gustaba cuando eras pequeña? —propuso Paul con una sonrisa cómplice en los labios. Eran muchas las elaboraciones que con los años habían llevado a cabo juntos, pero muy pocas las que tuviesen un significado especial en sus vidas. Ese plato era el primero que le había cocinado a su hija, el primero que Abigail había disfrutado desde su trona y Paul guardaba grandes recuerdos de aquel momento.

—Me encantaría, papá... —Emocionada, se dispuso a lavarse las manos y colocarse uno de los mandiles de trabajo para no manchar su ropa—. Será nuestra última vez antes de que comience mis estudios.

—Y saldrás de la academia siendo una de las mejores de tu promoción. Estoy seguro de ello.

—Tienes demasiada confianza puesta en mí...

Juntos se sumergieron en la elaboración del plato, moviéndose al ritmo que marcaba la receta, con la confianza y la complicidad que solo un equipo bien coordinado puede tener en la cocina. Abigail se sentía en su elemento, dejándose llevar por el amor y la pasión que su padre había cultivado en ella desde pequeña. Mientras trabajaban, compartían anécdotas y recuerdos, como si cada ingrediente añadido trajera consigo una historia que rescatar del baúl de su memoria.

El tiempo pareció detenerse en aquel santuario donde ambos se entregaron por completo a su arte, envolviéndolos por completo. Sin ser conscientes de ello, los minutos pasaron de largo, la cocina los embrujó enfocando sus sentidos en cada aroma y sabor. Ambos habían nacido para dar forma a las emociones, para convertir un sencillo plato de pasta en algo mucho más significativo. Vibraban bajo la misma melodía, vivían bajo el mismo son y era por ello por lo que la relación que compartían era tan única y especial.

—Aby, cierra los ojos un momento —solicitó Paul de repente, interrumpiendo la armonía de la cocina. Ella obedeció dejando que la oscuridad la envolviera mientras se concentraba en los sonidos y los olores a su alrededor. Pasó varios minutos en silencio, hasta que finalmente su padre habló de nuevo—: Ahora, ábrelos. —Al hacerlo, se encontró con una sorpresa frente a ella. Sobre la encimera reposaba el plato que habían estado preparando juntos, pero algo en él parecía distinto y no supo reconocer qué.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó con curiosidad.

Paul le dedicó una mirada llena de significado antes de responder.

—Describeme el plato que tienes delante de tus ojos.

—Pues... es un plato de tallarines a la boloñesa con ralladura de parmesano y albahaca fresca —respondió con seguridad sin saber muy bien por qué su padre le pedía aquello—. ¿Lo he hecho bien?

—Sí, pero ahora quiero que cojas un poco, lo llesves a tu boca y cierres los ojos —le dijo ofreciéndole un tenedor—. Y cuando lo hagas, quiero que me lo describas de nuevo.

Abigail miró a su padre y después, observó el plato con atención preguntándose qué detalle había pasado por alto. Fue entonces que tomó un poco y cerró los ojos dejando que el sabor inundara sus sentidos. Instantáneamente fue transportada al pasado, a aquellos días de su infancia en los que cocinar con su padre era su mayor alegría. Recordó el aroma reconfortante de las especias, la sensación de orgullo al ver la sonrisa en el rostro de su padre cada vez que probaba uno de sus platos.

Una lágrima se deslizó por su mejilla mientras lo disfrutaba, sintiendo cómo el amor y los recuerdos se mezclaban en cada bocado. Había olvidado lo poderoso que podía ser un simple plato de comida, cómo podía evocar emociones y recuerdos que creía perdidos en el tiempo. Paul la observaba con cariño sabiendo que aquel momento era mucho más que compartir un instante en la cocina. Era una lección de vida, un recordatorio de que el amor y la pasión eran los ingredientes más importantes en cualquier receta.

—¿Qué me dices ahora? —preguntó el padre con una sonrisa tierna.

Ella abrió los ojos y le devolvió la sonrisa con el corazón repleto de emociones.

—Es perfecto, papá. Como siempre lo ha sido.

En aquel instante se abrazaron, uniendo sus corazones en un momento de pura conexión y complicidad. En la cocina del restaurante Piccolo's el amor era el ingrediente principal de todos y cada uno de los platos que se servían. Podían parecer simples, sencillos, sin demasiada elaboración, pero aquel que se sentaba a la mesa y los disfrutaba, volvía a su casa con el corazón pleno, rescatando de su memoria instantes que traían la felicidad a sus vidas sin importar por lo que estuvieran pasando.

Eso era la cocina para Paul, un arte para expresar amor, para viajar al corazón de las personas y hacerlos vibrar de emoción. Abigail descubrió que el amor, algo transparente e intangible sabía a su plato de tallarines favorito y, emocionada, deseó descubrir en un futuro a qué sabía el amor para cada una de las personas que eran importantes para ella. Porque sabía que solo así podría hacerlas reír, sonreír... y demostrarles cuánto las quería, cuánto le

importaban y cuánto las necesitaba.



EPÍLOGO

Pocas fuerzas son tan poderosas y tan profundamente arraigadas en nuestra esencia como el amor; es esa energía intangible pero palpable que nos envuelve, nos impulsa y nos transforma. Un hilo conductor que teje los momentos más significativos de nuestras vidas, coloreando cada experiencia que vivimos con matices de pasión, ternura y compromiso.

Ese conjunto de emociones complejas que nos hacen vibrar es el ingrediente estrella que da sabor a nuestras vidas. Es como el condimento perfecto que hace que cada día sea más sabroso y esté más lleno de significado. Desde los pequeños gestos de cariño hasta los momentos más trascendentales que nos dejan sin aliento se manifiesta en innumerables formas, adaptándose a las circunstancias y a las personas que lo experimentan. Es fascinante cómo puede sanar las heridas más profundas, cómo puede cerrar las grietas en nuestros corazones y restaurar la fe en nosotros mismos y en los demás.

En los momentos de oscuridad, cuando todo parece desmoronarse a nuestro alrededor, emerge como una luz tenue guiándonos como un faro hacia la esperanza y la sanación. Es el bálsamo que alivia nuestro dolor, el abrazo que nos reconforta en la soledad, la voz que nos susurra al oído que todo estará bien, el sabor y el aroma que nos lleva de viaje al pasado y convierte el vacío de la pérdida en un recuerdo feliz. También es el motor que impulsa nuestros sueños y aspiraciones, la fuerza inspiradora que nos anima a perseguir nuestros deseos más profundos, que nos hace volar y alcanzar las estrellas desafiando los límites de lo posible.

Esta emoción es tan diversa como las personas que lo experimentan y los sabores que existen en el mundo. No a todos nos gusta lo mismo y, por tanto, no todos amamos de la misma manera. Algunos lo hacen mediante el arte, la escritura, la cocina; otros con gestos de cuidado y ternura; y algunos con silencios que hablan más que cualquier palabra. Esta diversidad es lo que hace de esta emoción algo tan fascinante y enriquecedor.

A lo largo de nuestra vida nos encontramos con diferentes tipos de amor: el romántico que nos hace palpar el corazón y nos llena de mariposas en el estómago; el filial, que nos une a nuestros padres, hermanos y seres queridos en un vínculo irrompible de apoyo y afecto; el amistoso, que nos brinda compañía, risas y complicidad en los momentos buenos y malos; y el propio, que nos enseña a valorarnos y a cuidarnos a nosotros mismos con compasión y aceptación. Cada uno de estos tipos tiene su propia magia, su propia manera de transformar nuestras vidas y darnos un sentido de plenitud. A través de las relaciones que cultivamos y los lazos que formamos, aprendemos y crecemos descubriendo nuevas facetas de nosotros mismos y del mundo que nos rodea. Pero es imposible olvidar que, a pesar de su belleza, también puede ser complicado y doloroso, y que a veces nos empuja a toparnos con desafíos y obstáculos que ponen a prueba nuestra fe en él. Experimentar el desamor, la decepción, la desilusión y la pérdida nos hace preguntarnos un millar de veces

si vale la pena seguir creyendo en algo que parece tan efímero y esquivo. Sin embargo, es en ese instante cuando nos damos cuenta de lo mucho que lo necesitamos.

En los momentos más oscuros de nuestra vida el amor persiste como una llama que arde en lo más profundo de nuestro ser recordándonos que somos dignos de amar y ser amados, que nuestras experiencias —dolorosas o no— son parte de nuestro viaje y que es a razón de ellas que renacemos y nos convertimos en mejores personas. Al final del día es lo que nos hace humanos, el hilo invisible que conecta nuestras almas y nos une con el resto del mundo. Nos enseña a mirar más allá de nuestras propias necesidades y deseos, a valorar la belleza y la singularidad de cada ser que encontramos en nuestro camino.

Así que vale la pena amar con valentía y entrega porque cuando la noche cae, y nos recogemos en nosotros mismos, es todo lo que realmente importa y el regalo más grande que podemos dar y recibir en este viaje llamado *vida*.

FIN



AGRADECIMIENTOS

Hoy me siento agradecida de teneros a todos vosotros. A esas almas llenas de luz que han llegado a mi vida. A esas que día a día me aportan amor y que hacen de un día gris uno lleno de color. A todos los que me empujan a seguir adelante, a luchar por mis sueños y por todo lo que amo. Y, sobre todo, a los que ya no están, porque gracias a ellos soy, orgullosamente, la mujer que soy.



DEL ANONIMATO AL SALTO LITERARIO

En el encantador universo de la literatura romántica surge una nueva voz que ha conquistado corazones desde su reciente incursión en la autopublicación. Verónica Espinosa, una autora apasionada, ha tejido un cautivador tapiz repleto de amor y emociones que comenzó mucho antes de que se conociera su nombre.

Desde su infancia, Verónica se vio envuelta en el fascinante mundo del romance. Las novelas, con sus tramas intrincadas y sus personajes inolvidables, capturaron su corazón desde temprana edad. Sin embargo, no fue hasta la adolescencia que encontró en la escritura una vía para explorar y expresar sus propias emociones.

Su pasión por el romance floreció con cada palabra que plasmaba en el papel, convirtiendo sus escritos en un reflejo auténtico de sus experiencias y anhelos más profundos. El amor, en todas sus formas y matices, se convirtió en el hilo conductor de su narrativa, tejiendo historias que actualmente resuenan en los corazones de quienes se han aventurado a adentrarse en sus novelas.

A pesar de su innato talento, mantuvo sus creaciones en la intimidad durante años. Fue en el verano del año 2023 cuando, finalmente, decidió compartir su primera historia con el mundo. Un valiente salto hacia lo desconocido que reveló no solo su destreza narrativa, sino también su compromiso con la representación LGBTQ+ en el género romántico.

Las novelas de Verónica Espinosa son más que simples relatos de amor, son testimonios vibrantes de la diversidad y la riqueza de las experiencias humanas. Sus personajes llenos de vida desafían los estereotipos convencionales y dan voz a aquellos cuyas historias a menudo se pasan por alto en la narrativa tradicional.

Con un estilo literario que envuelve al lector en una danza de emociones, esta autora ha llegado para quedarse en el panorama de la novela romántica lésbica. Sus obras, impregnadas de sinceridad y pasión, son un regalo para aquellos que buscan el amor en todas sus formas, recordándonos que, al final, el corazón no conoce barreras ni etiquetas.

Así, la pluma de Verónica Espinosa se erige como una luz brillante en el horizonte literario, iluminando el camino para las generaciones futuras de lectores y escritores que ansían ser parte de un mundo donde el amor es la fuerza que une todas las páginas de la vida y la ficción.

SIGUE A LA AUTORA EN SUS REDES SOCIALES



[@veronicaespinoza.autora / @AutoraVeronica /
@veronicaespinoza.autora / @veronicaespinoza]



TODAS LAS NOVELAS DE LA AUTORA



TODAS LAS NOVELAS DE LA AUTORA:
amazon



INDICE

INDICE

<u>1</u>
<u>2</u>
<u>3</u>
<u>4</u>
<u>5</u>
<u>6</u>
<u>7</u>
<u>8</u>
<u>9</u>
<u>10</u>
<u>11</u>
<u>12</u>
<u>13</u>
<u>14</u>
<u>15</u>
<u>16</u>
<u>17</u>
<u>18</u>
<u>19</u>
<u>20</u>
<u>21</u>
<u>22</u>
<u>23</u>
<u>24</u>
<u>25</u>
<u>26</u>
<u>27</u>
<u>28</u>
<u>29</u>
<u>30</u>
<u>31</u>
<u>32</u>
<u>33</u>

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[DEL ANONIMATO AL SALTO LITERARIO](#)

[TODAS LAS NOVELAS DE LA AUTORA](#)